DÉJATE

Seducir



SARAH RUSELL

DÉJATE Seducir

SARAH RUSELL

Primera edición.

Déjate seducir

©Sarah Rusell

©noviembre, 2024

©imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo

Capítulo 1



Si había algo que le gustaba a mi jefe, era organizar una buena fiesta de Halloween para los empleados de la revista que dirigía.

Cada año alquilaba el club más famoso de Seattle desde hacía décadas, contrataba un cáterin y los canapés y la bebida no faltaban en toda la noche.

Y tampoco la música, puesto que el club ponía a nuestra entera disposición al DJ que contrataba los fines de semana para dar ambiente a esas noches.

Estaba terminando de prepararme cuando sonó mi móvil y vi que era una videollamada de mi madre, que me hizo sonreír.

—Hola, mamá.

—Ay mi niña, pero, ¿de qué te has vestido? —preguntó al verme— ¿Te has pintado una calavera en la cara?

—Voy de Catrina, mamá, la Catrina mexicana.

—Eso es como la muerte, vaya.

—Algo así, pero yo soy una Catrina monísima —le hice un guiño.

—Tú eres guapa y punto, que tienes esa belleza malagueña que le faltaba a *Siatel* —sí, ella no pronunciaba el nombre de la ciudad en la que vivía con mi madre desde hacía tres años ni practicando.

—Claro que sí, pero para la fiesta de Halloween del jefe no iba a vestirme de flamenca.

—¿Cómo qué no? Te podías haber puesto un vestido blanco con salpicaduras de pintura roja, igualita que la Carrie esa de la película.

—Lo que me faltaba —reí—. ¿Te gusta el maquillaje? Me he visto un tutorial en Internet para que me quedara bien.

—Me gusta, no da mucho susto. Eso sí, que no te vean los niños por la calle que salen corriendo.

—Mamá, los niños hoy se ponen disfraces que dan más miedo que el mío.

—También es verdad, que he abierto a un grupo para darles caramelos, y había uno que llevaba su cabeza cortada como en una bandeja. Tú estás preciosa —sonrió—. Pásatelo bien.

—Eso pretendo. Os veo mañana para comer.

—Te voy a preparar un guiso de pollo, que te veo más delgada.

—Tú siempre me ves más delgada, y tengo unas buenas caderitas —reí—. Mañana nos vemos, te quiero.

—Y yo, mi niña. Mándame luego una foto de cuerpo entero.

—Sí, tranquila. Adiós.

Corté la videollamada y me eché un vistacito en el espejo de cuerpo entero que tenía en la habitación.

Lo mío me había costado maquillarme, pero tenía claro que para este año me vestía de Catrina.

Había seguido al dedillo el tutorial en Internet, y para no ser una de esas maquilladoras profesionales del cine, me había quedado bastante bien.

La base era de maquillaje en el tono de mi piel, ligeramente bronceada, sobre ella una fina capa de maquillaje blanco en la parte de la frente, la nariz, un poco las mejillas y toda la parte de la barbilla y hasta el lóbulo de las orejas.

En la frente me había dibujado un corazón rojo invertido delineado en negro con una pequeña gotita que caía del centro.

Los ojos iban en negro y con una especie de cenefa en verde, también delineada en negro, decorado con lunares blancos en el centro.

La nariz la había pintado también en negra, como si de la de una calavera se tratase, y los labios de un bonito rosa suave, además de las líneas negras que hacían las veces de simulación de dientes, y de la comisura salían unas finas y sutiles ramas también en negro.

Colorete rosado en los pómulos y como adorno final para la parte de arriba, unas rosas en rosa oscuro a modo de tiara en la cabeza, además de unos pendientes de aro grande con pequeñas bolas blancas colgando.

El vestido era negro, de encaje y con la falda de vuelo, las mangas acaban en un guante en el dedo medio, y me había puesto unas botas negras y rosas hasta las rodillas que encontré perfectas para esta noche.

Iba hasta el club en coche y aunque a estas alturas de octubre ya refrescaba, allí estaría a cubierto, así que me puse una cazadora de cuero negra que tenía, dando ese aire de Catrina sexy y un poco rebelde que me había quedado monísimo.

Cogí el bolso y le puse un mensaje a mis amigos y compañeros de trabajo para avisar que ya salía de camino.

Subí al taxi que pedí poco antes y ya me había dicho que estaba en la puerta, y le di la dirección donde tendría lugar la fiesta.

De los treinta años que tenía, siete llevaba viviendo aquí, en Seattle, ese lugar al que vine a los veintidós a disfrutar de un mes de vacaciones, y me enamoré, no solo de la ciudad, sino de un joven que me conquistó y por quien dejé mi Málaga natal un año después.

Pero esta noche no era para recordar cosas del pasado, sino para disfrutar de la fiesta de empresa.

Llegué al club y vi a varios de los empleados bajando de sus coches al mismo tiempo. Entré y me recibió la música que ya resonaba en cada rincón mientras el personal del cáterin paseaba entre las mesas bandeja en mano ofreciendo canapés y bebidas.

Cogí una copa de vino y miré a los más de doscientos compañeros de la revista en la que trabajaba, todos divirtiéndose y riendo.

Había disfraces para todos los gustos, desde diosas del Olimpo, ninfas y hadas, así como alguna que otra *Catwoman*, pasando por Loki y su famoso hermano Thor, dios del trueno, astronautas e incluso vaqueros.

—¡¡Martina!! —cuando gritaron mi nombre según me acercaba a la barra, vi que era Janet, mi mejor amiga desde que entré en la revista hacía ya cuatro años, y a su lado estaba Eric, nuestro compañero y responsable del departamento de Recursos Humanos de la revista.

—¿Cómo has sabido que era yo? —reí al llegar junto a ellos y les di un abrazo.

—Nos dijiste que te vestirías de Catrina, y eres la única en toda la fiesta —sonrió—. Estás impresionante, nena.

—¿Tú por qué vas de monja sexy? —pregunté.

—Soy una monja sexy poseída que necesita un exorcismo, de ahí el cura que tengo al lado —señaló a Eric.

—Soy como el exorcista, me falta la música.

—Eric, a ti con lo bueno que estás, quien te vea no sabrá si pedirte la comunión, un exorcismo o una alegría para el cuerpo —dijo Janet, y nos echamos los tres a reír, porque sí, la jodida era americana de toda la vida, pero tenía un arte que parecía prima mía de Málaga.

—Atrás, demonio, sal de este cuerpo inocente —acercó la cruz que llevaba colgada al cuello hasta ella.

—Sobre todo inocente —reí—. Si Janet entra en una iglesia a confesarse, el cura sale de allí directo para El Vaticano a que lo exorcicen a él.

—Uy, lo que ha dicho, ni que fuera yo una descodada que se ha liado con cientos o miles de hombres, vamos, por favor.

—Seis en el último año, por si lo has olvidado —contestó Eric, dando un sorbo a su copa—. A dos por mes de media, Janet.

—¿Qué quieres? Toda mujer antes de encontrar al hombre indicado tiene que conocer a más de un sapo a lo largo de su vida —dijo ella, encogiéndose de hombros, y casi acabé escupiendo el sorbo de vino que había dado.

—Tú tienes una charca importante de ellos, y todos miembros de varias apps de citas —le recordé.

—Algún día encontraré el indicado, como decía mi madre.

—Pues nada, a ver si entre tanto sapo lo encuentras —sonreí.

Pasaron con una bandeja de canapés y cogimos algunos, nos fuimos hacia una de las mesas donde estaba el grupo de redactores de la revista con los que mejor nos llevábamos, y nos quedamos charlando con ellos.

Y entonces vimos a nuestro jefe, Steven Turner, un atractivo y alto hombre de cuarenta y dos años, con el pelo castaño y los ojos marrones como el chocolate, que se adueñó por un momento del micrófono del DJ.

—Buenas noches a todos, y feliz Halloween. Espero que estéis disfrutando, que haya comida y bebida suficientes, y que como cada año os divirtáis. También quería daros las gracias por ser

parte de la revista, por vuestro compromiso con ella y conmigo, y anunciaros que estamos nominados al premio a revista del año por décimo año consecutivo —todos aplaudimos y vitoreamos—. De esos diez hemos recogido seis premios, así que —levantó su copa—, a por el séptimo en un par de semanas.

—¡A por el séptimo! —gritamos todos.

Nuestro jefe sonrió devolviéndole el micrófono al DJ y bajó de allí para volver a la mesa en la que estaba.

—¿De qué va disfrazado el jefe? —preguntó Janet.

—¿De qué va a ser? De ejecutivo —rio Eric, pues Steven Turner tan solo llevaba uno de sus trajes de trabajo.

Eché un vistazo a la mesa en la que estaba y vi que lo acompañaban otros dos hombres, también trajeados, pero ambos con un antifaz negro que mantenía su rostro bajo el anonimato.

Uno de ellos me observaba sin disimular siquiera, y solo aparté la vista de él cuando Janet me cogió del brazo para llevarme junto con Eric hasta la pista de baile.

Y allí nos plantamos los tres al ritmo de Thalía, bailando y cantando a gritos el estribillo.

—Arrasando con la vida, cosechando la alegría, no ha obstáculo que me impida, disfrutar de un nuevo día…

Se animaron varios compañeros más y cuando acabó la canción fuimos en busca de una copa.

—Tengo que ir más al gimnasio —dijo Janet con la respiración entrecortada—. Me falta fondo. Eric, apúntame al tuyo, te contrato de entrenador personal.

—No aguantas ni un día con este —reí.

—¿Quieres apostar?

—No, no, mejor no, que la última vez perdí.

—Perdonad, chicos —miramos a Eva, la secretaria de Eric, que estaba disfrazada de duendecilla—. Es hora de la rifa. Ya sabéis, lo que se recaude por los besos va para el hospital infantil, como todos los años. ¿Os apuntáis, jefe?

—Solo si me aseguras que pagas tú para besarme a mí, Eva. Te doy yo el cheque de cinco de mil dólares.

—Jefe, no puedo —se sonrojó mientras sonreía.

—Ya veo a Grace mirándote —reí, pues ella era la que más pujaba para besar a mi amigo.

—Eva, por lo que más quieras, bésame tú —le pidió.

—Niña, a mí me dice eso un cura, y acabo en el Infierno por pecadora —soltó Janet.

—Eres mi jefe, no puedo hacerlo. ¿Os apunto entonces?

—Claro que sí, cariño —sonreí, lo hizo y se marchó.

La rifa era algo que no podía faltar, y con lo que recaudábamos, Steven Turner hacía una donación a nombre de la revista al hospital infantil, donde él mismo iba para entregar el cheque.

No es que consiguiéramos millones de dólares como en galas benéficas de otros multimillonarios, pero con lo que recaudábamos aportábamos nuestro granito de arena a esos pequeños que lo necesitaban.

Seguimos disfrutando de la buena música, de los canapés y la bebida, haciéndonos fotos que subir a nuestras redes, incluso le envíe algunas a mi madre, y posando para las que subirían en la revista en los próximos días.

Dejé a mis locos y mejores amigos un momento hablando con redactor del departamento de deportes para ir al cuarto de baño y aproveché para disfrutar del silencio, pues al menos allí la música no se escuchaba tan fuerte.

Cuando salí iba tan distraída mirando el móvil, leyendo el mensaje de mi madre en el que decía que Janet no podría ser monja en su vida, que no me di cuenta de que se acercaba alguien por el pasillo hasta que choqué de lleno con ese cuerpo duro y fibroso, momento en el que mi móvil se fue al suelo.

—Ay, Dios, que no se haya muerto el móvil —dije agachándome a cogerlo, pero vi aquella enorme mano yendo por él antes que yo.

—Parece que sigue vivo —aquella voz, varonil y sexy como ninguna otra que hubiera escuchado antes, hizo que toda mi piel se erizara.

Al levantar la vista me encontré con unos ojos azules de lo más impactantes, por no hablar de ese hoyuelo que se formaba en su mejilla por esa sonrisa de medio lado.

—Gracias, si se hubiera muerto, me daba algo a mí. Tengo toda mi vida y la de mi jefe en este cacharro.

—Entonces están los dos de suerte.

—Sí. Gracias otra vez —me despedí con la mano y me alejé de aquel hombre, que por el antifaz y el traje reconocí que era uno de los que estaba con Steven, el jefe de la revista.

Qué bien olía, ¿cuál sería ese perfume? Y, ¿cómo era posible que me hubiera estremecido de ese modo? Nunca me había pasado antes, o al menos no desde hacía una pila de años, como decía mi padre.

Regresé con los chicos y continuamos con esa noche de fiesta, esperando que llegara el momento rifa de besos, como bautizamos a aquella parte de la fiesta.

Capítulo 2



La música nos llevaba cada poco tiempo hacia la pista a bailar, ya fuera bachata, salsa o alguno de los clásicos que el DJ pinchaba a petición de los más veteranos de la revista.

Y entre bailes, copas y risas pasamos aquellas dos horas hasta que Steven se hizo de nuevo con el micrófono.

—Damas y caballeros, hadas, duendes, diosas, vaqueros, astronautas —enumeró algunos de los disfraces y todos reímos—. Ha llegado el momento que todos estabais esperando, el momento rifa de besos —vítores y aplausos resonaron por la sala—. Vamos a empezar con los primeros.

Mientras Eva le llevaba a nuestro jefe la lista de los empleados que se habían apuntado este año para esa rifa y que él pudiera ir llamándonos en grupos de tres, nosotros nos tomamos una copa pues sabíamos que en los años que Eva era la secretaria de Eric nos dejaba para los últimos.

Y así fue, después de una hora escuchando a los compañeros pujar para darle un beso a los que estaban allí esperando, nos llamó a nosotros.

—Empezamos con Janet —dijo Steven—. Aquí tenéis a la monja más sexy de la noche, ¿quién ofrece los primeros cien dólares por un beso suyo?

—¡¡Cien dólares!! —gritó uno de los compañeros del fondo.

—¡David sé que has sido tú! —rio Janet— Sube un poco, no te asustes.

—La madre que la parió —reí, pero con David teníamos confianza, era uno de los redactores con los que nos llevábamos bien.

—¿He oído ciento cincuenta? —preguntó Steven.

—Doscientos dólares.

—¡Ay, Billy, que te como! —gritó de nuevo, y es que él era el otro redactor con el que congeniábamos muy bien.

—¿Alguien ofrece doscientos cincuenta?

—Quinientos.

—Ese David, cómo mola, se va a ganar el beso de esta monja —canturreó ella moviendo las caderas.

—¿Qué ha bebido? —preguntó Eric riendo.

—Que yo sepa, no ha pasado del vino.

—Pues se le ha subido que da gusto.

La puja por el beso de Janet siguió, y acabó en seiscientos dólares que ofreció uno de los contables. Ella le cogió ambas mejillas y le dio un beso de lo más sonoro.

—Es el turno de nuestro cura, ese que esta noche puede expiar todos vuestros pecados —dijo Steven, que el jodido disfrutaba con las rifas.

—Queridas compañeras, este cura os ofrece un exorcismo cuando acabe la fiesta.

—Janet, por Dios —rio Eric.

—¿Qué? Igual pujan más.

—Empezamos la puja como siempre, con cien dólares —dijo el jefe.

—¡Trescientos dólares!

—Ahí tienes a Grace —murmuré con una risita.

—Creo que, desde hace veinte años, cuando tenía trece, no he vuelto a rezar, y estoy por hacerlo ahora —me dijo.

—Muy bien, la puja ha subido rápido.

—¡¡Cuatrocientos dólares!! —gritó alguien del fondo.

—¡Ole esa Afrodita! —exclamó Janet— ¿Quién ofrece quinientos?

—Janet, que eso lo pregunto yo —rio Steven.

—Ay, jefe, lo siento, que me he emocionado.

—¡Quinientos!

—Grace ofrece quinientos, ¿alguien puja por seiscientos?

—¡Setecientos!

—Y seguimos subiendo, muy bien.

—Venga, que te libras de Grace —le dije a Eric.

—Dios te oiga, como dice tu madre.

—¡Ochocientos cincuenta dólares!

—Pues se ve que no me ha escuchado —reí tras la puja de Grace.

—¿Alguien ofrece novecientos? —preguntó Steven, y Eric estaba sudando a mi lado— ¿Nadie? Vamos, que es para el hospital infantil —nada, ni una sola compañera se atrevía a pujar más que Grace.

—Yo creo que las tiene a todas amenazadas para que no pujen —dijo Janet.

—Eso pienso yo —contestó Eric con un suspiro.

—Ochocientos cincuenta dólares a la una —cuando el jefe comenzaba la cuenta atrás, no había manera de que alguien pujara más—. A las dos… Ochocientos cincuenta dólares a las tres. Grace, pasa a recibir tu beso.

—No has rezado suficiente, Eric —le dije.

—Ningún año me libro.

Y vimos llegar a Grace, esa mujer de treinta y seis años, altiva y que miraba al resto de mujeres de la revista como si fueran mosquitos a su alrededor, contoneándose con ese disfraz de enfermera sexy que dejaba poco a la imaginación.

—Cielito, ya estoy aquí para recibir mi beso —le dijo mientras deslizaba una de sus uñas rojas por el pecho de Eric.

—Acabemos pronto, Grace, que le toca a Martina —contestó él, que se acercó para darle un beso rápido en los labios, como hacíamos todos en este momento.

Salvo que Grace era mucha Grace y siempre hacía una de las suyas. Llevó la mano hasta coger la cruz que Eric llevaba al cuello y lo atrajo hacia ella para besarlo como si fuera a comérselo.

—Un placer pagar por ese beso, cielito. Solo espero que un día te decidas a darme algo más que esto —le dijo con un guiño y se fue.

—Toma —le di un pañuelo para que se quitara toda esa capa de pintalabios que le había quedado en los labios.

—Y para cerrar el momento rifa de besos, tenemos a Martina, la Catrina mexicana de la noche.

—¡Guapa! —escuché que gritaban Christine y Erika, las redactoras que formaban ese cuarteto con el que solíamos tomar café en los descansos.

—La puja al igual que todas, comienza con cien dólares —dijo Steven.

Fueron pujando todos los compañeros al igual que con Janet, que se había proclamado ayudante del maestro de ceremonias y animaba a que pujaran más.

—Vamos, chicos, que no todo el mundo puede decir que ha recibido un beso de una muerte tan sexy —comentó Janet.

—Quinientos dólares —ofreció uno de los compañeros que había cerca, y sonreí en agradecimiento.

Ofrecieron seiscientos, ochocientos, y alguien incluso pujó con mil dólares, que era por norma general la puja más alta que hacían por un beso de cualquiera de los empleados que nos ofrecíamos para darlos.

Y cuando todos creímos que el compañero que ofreció mil dólares se haría con mi beso…

—Cien mil dólares —escuchamos decir.

Todas las miradas fueron en la misma dirección en ese momento, hacia la mesa en la que los dos hombres con traje y antifaz que acompañaban a Steven seguían allí con un vaso de whisky cada uno.

Y había sido él, el hombre de los ojos azules con el que choqué en el pasillo al salir del baño. No lo supe solo porque había reconocido su voz, sino por el modo en el que esa mirada intensa y penetrante me observaba.

—El beso de los cien mil dólares, nena, qué fuerte —dijo Janet.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó Eric.

—No sé, estaba antes con Steven. Será un amigo suyo.

—Sea quien sea, si paga cien de los grandes por un beso tuyo, es que le has gustado. También te digo que, si pujan ese dinero por mí, me lo llevo al cuarto de baño y le hago que pequemos juntos.

—Janet, por Dios —reí.

—Caballeros, esta es la puja más alta que hemos tenido en los años que se lleva celebrando la fiesta y la rifa de besos. Estarán de acuerdo conmigo que tenemos un claro ganador. Por favor, venga a recibir su beso —dijo Steven.

Tras dejar el vaso en la mesa caminó con decisión, con elegancia y al mismo tiempo con un aura de poder que antes no había visto. Cuando estaba a solo unos pasos de mí, lo vi sonreír de medio lado y ese hoyuelo volvió a aparecer.

—Nos encontramos de nuevo —dijo con esa voz que hacía que mi cuerpo reaccionara de inmediato.

—Has pujado demasiado, no debiste.

—Es para una buena causa —contestó mientras se acercaba aún más, y noté su mano en la cadera—. Ahora, quiero mi beso.

Se inclinó, me mordisqueó suavemente el labio inferior y sentí sus labios sobre los míos, un leve roce, hasta que con la punta de la lengua comenzó a abrirse paso y buscó la mía.

Cerré los ojos y tuve que agarrarme con fuerza a su chaqueta para no caerme, porque en ese momento me temblaron tanto las piernas, que habría acabado en el suelo.

Cuando se apartó se me escapó un jadeo, lo miré y tenía esa sonrisa de medio lado tan sexy con el hoyuelo en la mejilla mientras sus ojos me observaban fijamente.

—Un placer recibir mi beso —hizo un guiño y se apartó.

—Madre mía, sí que te ha tenido que besar bien, qué carita de lela se te ha quedado —dijo Janet cuando nos quedamos solos.

—No me habían besado así en mi vida.

—No lo jures, que se te ve —rio Eric.

Miré hacia la mesa donde había vuelto aquel hombre del que no sabía nada, solo que besaba de un modo increíble, y tras coger su vaso y acabarlo de un trago, me miró de nuevo con un guiño y una sonrisa de medio lado.

No mentía, pues aquel había sido el mejor beso que me hubieran dado nunca.

Capítulo 3



Estaba aún en la cama y me desperté al escuchar una notificación de mensaje en el móvil, estiré el brazo y lo fui buscando con la mano, sin siquiera abrir los ojos. No sabía qué hora era, pero después de la fiesta llegué tarde y tan cansada que estaba segura que no debía haber dormido más de cuatro horas.

Abrí los ojos poco a poco, acostumbrándolos a esos primeros rayos de sol que entraban por la ventana, y vi el nombre de mi amiga en la pantalla.

Desbloqueé el móvil entrando en el mensaje y leí.

Janet: *Buenos días, señorita del beso de los cien mil dólares. Seguimos sin saber quién es el pujador misterioso, ninguno de los compañeros en la fiesta lo había visto antes, así que, sí, ese hombre debe ser un buen amigo del jefe, que sabe lo que hace cada año para haber ofrecido tanto. ¿Sabes que la recaudación final fueron ciento diez mil dólares? Cuando aparezca Steven Turner con ese cheque en el hospital, a la directora le da un infarto. Nos vemos mañana en la oficina. Dales un beso a tus padres de mi parte.*

Sí que había sido el año que más habíamos recaudado, sí, y el hecho de que nadie supiera quiénes eran esos dos hombres con antifaz que había en la fiesta, era raro porque en la revista nos conocíamos todos.

Me levanté y fui a darme una ducha, si había algo que me relajaba era quedarme bajo el agua caliente más tiempo del necesario, pero sin llegar a arrugarme como una pasa.

Envuelta en una toalla y con otra en el pelo fui hacia la cocina para prepararme un café, pero antes me detuve en el salón para encender una vela pequeñita aromática de coco, era mi ritual para desayunar.

Y mientras se hacía el café puse pan a tostar para ir a ponerme algo de ropa cómoda para estar en casa antes de salir a comer a casa de mis padres.

Mi piso era pequeño y coqueto, suficiente para mí. Tenía el salón con cocina en tipo *loft*, un

pequeño balcón acristalado en el que me gustaba desayunar con las vistas del parque que había frente a mi edificio, el cuarto de baño y el dormitorio.

En el salón tenía un rincón de trabajo con un escritorio, el portátil, la Tablet y un par de estantes con mis libretas, bolígrafos y marcadores de colores. Era la asistente del jefe de redactores de noticias relacionadas con el mundo del cine y la televisión, y debía llevarle la agenda siempre al día.

Me preparé las tostadas con aguacate y un poco de pavo y fui a mi balcón a sentarme. Vivía en una quinta planta, pero disfrutaba con las vistas del parque, ese lugar rodeado de árboles en el que muchos salían a correr a primera hora, solos o en pareja, y había quien lo hacía con sus perros.

Adoraba vivir ahí, y estaba orgullosa de lo que había conseguido en esos años.

Mis padres, Raúl y Jimena, tenían sesenta y cinco años y estaban jubilados, ambos fueron los dueños de una inmobiliaria en Málaga y decidieron venderla hacía ya tres años para venirse aquí, a Seattle, y estar más cerca de mí, pues era su única hija.

Se conocían desde los veinte años, eran parte del mismo grupo de amigos y solo un año después los dos decidieron dar el paso y empezar a salir, se casaron a los veinticinco años y pusieron en marcha su inmobiliaria juntos. Siempre quisieron tener hijos, pero al ver que pasaban los años y estos no llegaban, se pusieron en manos de los médicos y tras varios intentos de inseminación artificial, llegué yo cuando tenían treinta y cinco años.

Tenían sus buenos ahorros y se habían comprado aquí una casa en la que vivir y disfrutar del descanso, como ellos decían.

Tenía una sola planta, dos habitaciones, salón con chimenea, cocina y tres cuartos de baño. Por no hablar del jardín y el porche donde me encantaba sentarme a tomar café con ellos.

No es que les entusiasmase la idea de que yo dejara todo por amor, pero, como ella decía, eran mis padres y si yo era feliz ellos también.

Lo mío con Alec duró cuatro años, ese primer año desde que nos conocimos hasta que me mudé con él, y los tres siguiente que vivimos juntos. Tenía veintiséis años cuando se acabó la relación y como trabaja de asistente en la misma empresa en la que él era contable, hablé con mi jefe sobre lo ocurrido y me despidió para que pudiera tener un finiquito por los años que estuve con él. Siempre fue un hombre de lo más paternal conmigo y en alguna ocasión me dijo que Alec no era bueno para mí, pero no le creí.

Tuve que darle la razón cuando supe que mi novio me estaba engañando con una de sus compañeras de departamento.

Por suerte no tardé mucho en encontrar un nuevo trabajo y tampoco el apartamento al que me mudé, ese que compré con algunos ahorros y con la hipoteca que pedí y seguía pagando cada mes. Mis padres quisieron ayudarme con ella, pero me negué, aun así, todos los meses me ponían algo de dinero en la cuenta para pagarlo, no había manera de que no lo hicieran.

Durante años eché de menos mi tierra y a mis padres como era obvio, pero nada más, pues solo había tenido una buena amiga de la época del instituto y se mudó a Italia con su madre cuando tenía veinte años tras el divorcio de sus padres. No la había vuelto a ver desde entonces, perdimos el contacto y todo entre nosotras acabó.

Al mudarme aquí solo tenía a Alec y a sus amigos, esos que como era obvio me dieron de lado al romper con su amigo, y no me molestó en absoluto. Cuando entré en la revista conocí a Janet y Eric y en estos cuatro años que llevaba trabajando allí nos habíamos vuelto inseparables.

Quizás era porque ellos también dejaron todo atrás unos años antes y no tenían familia, pero se habían convertido en parte de la mía.

Revisé las redes y vi que ya habían subido a las de las redes todas las fotos y vídeos de la fiesta, entre los que estaban algunos de los besos de la rifa. Y sí, el mío estaba ahí, no solo en foto, sino en vídeo.

Sabía que mi madre me preguntaría por ello, como hacía siempre, y querría saber quién había sido esta vez de todos mis compañeros el que había pujado más alto.

Pasé el resto de la mañana lavando y guardando ropa, me vestí, salí de casa y cogí el coche para ir a comer a casa de mis padres.

No vivían muy lejos, estaban a unos quince minutos en coche, y en días como hoy apenas había tráfico, así que llegué un poco antes. Aparqué frente a la casa y entré con mis llaves, como siempre, esa que tenía para emergencias, pero que usaba cuando venía a verlos.

Sonreí en cuanto me llegó el olor del guiso de mi madre, por no hablar de que se me hizo la boca agua.

—Oh, vamos, eso es falta —escuché que decía mi padre desde el salón y supe que estaba viendo algún partido de fútbol de la liga española en diferido.

Era forofo del deporte, y disfrutaba de cada partido fuera cual fuera el equipo que jugara.

—Hola, papá —lo rodeé con los brazos por los hombros y le di un beso en la mejilla.

—Hola cariño. ¿Qué tal la fiesta de anoche?

—Muy bien, nos divertimos como todos los años.

—Tu madre me enseñó las fotos, ibas muy guapa —sonrió.

—Gracias. Voy a echarle una mano.

Lo dejé allí viendo el fútbol y fui a la cocina donde mi madre estaba cortando pan y ya tenía preparado un platito con queso. En cuanto escuchó mis pasos sonrió al verme.

—Mi niña —me dio un beso.

—Hola, mamá. ¿Puedo? —Señalé el queso.

—Claro, es para ti, que sé que te gusta picar un poquito antes de comer.

—Pues sí —reí.

Cogí un trozo que saboreé y abrí la botella de vino que tenía en la nevera para la comida. Y mientras la ayudaba a poner la mesa iba cogiendo queso.

Iba a coger el pan cuando llegó la pregunta de todos los años tras la fiesta.

—¿Qué compañero se ganó anoche tu beso?

—No era ningún compañero.

—Pero yo creí que a esa fiesta solo iban los empleados de la revista.

—Así es, pero el jefe invitó a dos amigos, con los que estuvo charlando casi toda la fiesta, y uno de ellos fue el que más pujo por mi beso.

—Ese del antifaz del vídeo —dijo y asentí—. Se veía un hombre grande.

—Alto sí que era, sí —reí—. Y tenía un cuerpo que se ve que trabaja en el gimnasio.

—¿Y cuánto pujó? ¿Llegó a los mil dólares?

—Y los superó.

—¿Cómo que los superó? Mil es lo máximo que han pujado otros años, ¿no?

—Sí, pero anoche ese hombre pujó mucho más, y claro, como era una buena causa.

—¿Cuánto más, cariño? —curioseó, y tragué saliva con fuerza antes de darle la cifra.

—Cien mil.

—¿¿Cuánto?? —Me miró con los ojos completamente abiertos, y sí, se llevó una mano al pecho.

—Cien mil dólares, mamá, no habíamos tenido nunca una puja así. Cuando el jefe lleve el cheque al hospital no se lo van a creer —sonreí.

—Cariño, ese es el beso más caro que has dado en tu vida.

—Desde luego.

—Pues si ofreció tanto, es que le gustaste. Y eso que ibas maquillada como la muerte, una muerte muy bonita sí, pero no se te veía esta preciosa cara que tienes —me acarició la mejilla.

—Mamá, como he dicho, esa rifa es cada año por una buena causa. Ojalá yo pudiera dar dinero en vez de ofrecer un beso para esos niños.

—Lo sé, cariño, pero ya sabes que cada quien aporta su granito de arena con lo que puede. Tu padre y yo les llevamos regalos en Navidad y sabes que les encana verlo vestido de Santa Claus.

—Me gusta verlo hasta a mí.

—Anda, vamos a comer que el guiso de pollo está listo.

Cogió la olla y fuimos al salón donde mi padre al vernos quitó el partido y puso el canal de noticias. Nos sentamos y disfrutamos de aquella comida familiar que durante años tanto eché en falta, pero que ahora no me perdía ni un solo momento con ellos.

Para el café, mi madre había preparado un pastel de tres chocolates, algo que sabía que era una perdición para mí. Y tras tomarlo me despedí de ellos y volví a casa.

En cuanto me puse el pijama me preparé un café y fui al sofá a tomarlo, cubierta con mi manta, aprovechando esa tarde de descanso para leer una novela que me tenía completamente enganchada e inmersa en sus páginas.

Capítulo 4



Cuando llegué esa mañana a la revista me avisó Karen, la chica de recepción, que el jefe quería tener una reunión con todos los jefes de departamento y sus asistentes, así que fui directa hacia la última planta, donde se encontraba su despacho, así como la sala de juntas.

Janet era la asistente de Steven, así que ya se encontraría allí cuando yo llegase.

—Aquí tenemos a la chica del beso de cien mil dólares —dijo nada más verme salir del ascensor con esa sonrisa en los labios.

Esa rubia de ojos azules con cara de muñeca de lo más angelical, nunca perdía la sonrisa y era algo que a veces nos contagiaba a los demás.

—No me llames así, por Dios —volteé los ojos—. Me ha dicho Karen que hay reunión. ¿Qué pasa?

—Sé lo mismo que tú —se encogió de hombros—. Solo me ha pedido que avisara a Karen para que os fuera informando según llegaseis. Tal vez sea para darnos las gracias por lo de la rifa de la fiesta.

—¿Cómo están mis chicas favoritas? —preguntó Eric poco después, y como siempre llegaba a las oficinas con su cabello castaño perfectamente peinado y unas gafas de sol cubriendo los ojos marrones que tenía.

—Divinas, ¿no sé ve? —contestó Janet llevando una mano a su cintura al tiempo que posaba con una pierna ligeramente adelantada de la otra.

—¿Qué tal la post fiesta? —nos dio un beso en la mejilla a cada una.

—Yo en casa tirada en el sofá, me hice una ensalada para comer, no tenía fuerzas para nada —dijo ella.

—Normal, si bailaste hasta sin zapatos —reí.

—No me lo recuerdes, que no sé cómo he podido ponerme hoy los tacones —resopló.

—Yo comí con mis padres, y por la tarde me acabé una novela que me tenía enganchada.

—¿Cómo están? Hace un mes que no los veo —Eric se apoyó en el escritorio de Janet y vimos salir del ascensor a varios compañeros que iban ya hacia la sala de juntas.

—Bien, están bien —sonreí—. Preguntaron por vosotros y dijeron que cuando os dé la gana vayáis a verlos.

—El próximo domingo vamos, dile a tu madre que haga un arrocito de esos de los suyos —dijo Janet.

—Buenos días —miramos al jefe cuando nos saludó al salir del despacho—. ¿Están todos en la sala?

—Casi todos —respondió ella.

—Bien, vamos para allá y les damos unos minutos para que lleguen.

Los tres asentimos, Eric y yo cogimos nuestros maletines y fuimos hacia el pequeño pasillo donde estaba el cuarto de baño que usaban Janet y las visitas, la salita donde ella se preparaba el café, y la sala de juntas.

Efectivamente muchos de los jefes de departamento y sus asistentes ya estaban allí, faltaban algunos, pero no tardarían en llegar.

Nos quedamos los tres juntos en un rincón de la sala y poco después vi que entraban dos hombres y una mujer a quienes no había visto antes por allí. Fueron directos hasta Steven y le estrecharon la mano, imaginé que tal vez eran jefes de departamento nuevos pues había algunas vacantes que cubrir tras las jubilaciones de algunos veteranos.

Uno de los hombres era rubio con ojos azules y llevaba un traje gris a medida que le sentaba como un guante. El otro era moreno con ojos marrones y llevaba un traje azul marino.
La mujer era rubia con unos bonitos ojos verde esmeralda y una sonrisa de lo más sincera.

—Creo que vamos a tener nuevos jefes de departamento —comentó Eric.

—Eso estaba pensando yo —respondí.

Mientras hablaba con ellos de algunas de las fotos que habíamos visto en las redes de la noche de la fiesta, tuve la sensación de que me observaban y, al mirar hacia donde estaba Steven con aquellas tres personas, vi que el rubio me miraba sin dejar de hablar con los demás.

Fruncí el ceño y volví a mi conversación con mis amigos, mientras el resto de compañeros llegaban.

—¿Estamos todos? —preguntó Steven, y tras comprobar que sí, retomó la palabra— Buenos días a todos, y gracias por venir a esta reunión de última hora. Quería haberla convocado antes, pero ya sabéis que después de la fiesta anual nadie hace caso a mis e-mails —dijo y todos reímos —. Como sabéis, aunque soy el director de *Turner Magazine*, hay gente respaldándome desde que la puse en marcha hace ya quince años. Empezó siendo una pequeña revista con artículos y se convirtió con el paso del tiempo en lo que todos conocéis. Para mí fue un proyecto universitario que pude llevar a cabo con algunos ahorros y la herencia que me dejaron mis padres al fallecer, como sabéis, pero necesité que me dieran una mano y ellos lo hicieron —señaló a los dos hombres que estaban a su lado—. Conozco a estos hombres desde el instituto, y ellos hicieron su fortuna invirtiendo en inmuebles. Compran y venden casas y edificios de pisos u oficinas, y no dudaron en tenderme una mano para que yo lograra llevar a cabo ese proyecto, convirtiéndose en socios inversores de *Turner Magazine* desde sus inicios, aunque siempre estuvieron más centrados en su empresa.

Todos escuchábamos con atención a nuestro jefe, pero yo no dejaba de sentirme observada por ese hombre, y si miraba de reojo me encontraba con su mirada de ese azul intenso.

—Su SEDE ha estado siempre en Manhattan y, aunque seguirán con ella, van a empezar a formar parte de *Turner Magazine* como directos al igual que yo, por eso os he reunido a todos, para que los conozcáis. Dereck Evans y John Collins estarán en la planta justo bajo la mía a partir de hoy —señaló al rubio y después al moreno—. Y ella es Kate Evans, hermana de Dereck, que pasará a ser la nueva jefa de redacción del departamento de moda.

—Hola a todos —saludó ella, levantando la mano al tiempo que sonreía.

—Si queréis decir algo —les ofreció Steven a ellos dos.

—Ante todo, deciros que el jefe aquí sigue siendo Steven —dijo el rubio, llamado Dereck, y a mí esa voz se me hacía un tanto familiar—. Nosotros nos encargaremos de encontrar más empresas para la publicidad de la revista.

—Tendréis que tenernos un poco de paciencia porque lo nuestro son las inversiones más que las noticias —comentó John, el moreno, haciendo que todos sonrieran.

—Yo además de jefa de departamento también seré redactora, así que, ¿quién es asistente de ese departamento? —preguntó Kate.

—Yo, soy Mandy —contestó.

—Ah, perfecto, en cuanto acabe la reunión me voy contigo —sonrió, y Mandy asintió.

El rubio, o sea, Dereck, es decir, el señor Evans, no dejaba de mirarme a cada poco, y yo estaba poniéndome nerviosa.

Pero más aún me puse cuando escuché las siguientes palabras de Steven, dirigidas a mí.

—Martina, dejas las noticias de cine y televisión y pasas a ser su asistente, como estarán en la misma planta puedes encargarte de los dos.

—¿Yo? Pero, si en mi departamento estoy bien, llevo allí cuatro años.

—Por eso, eres la asistente con más antigüedad después de Janet, y no voy a desprenderme de ella, así que te ascendemos a ti. Eric, Eva y tú, como responsables del departamento de Recursos Humanos, encontrad un nuevo asistente para Richard —les pidió, refiriéndose a mi jefe, o sea, a mi antiguo jefe.

Miré al rubio, que a partir de ahora iba a ser uno de mis nuevos jefes, y sonrió de medio lado haciendo que a mí se me abrieran los ojos al ver el hoyuelo que se formaba en su mejilla.

No podía ser, aquello debía ser una broma. ¿Mi nuevo jefe era el hombre que había pagado cien mil dólares por besarme en la fiesta?

Capítulo 5



Cuando salimos de la sala yo seguía en shock, ¿en serio ese iba a ser mi nuevo jefe?

—Martina, ¿qué te pasa? Estás blanca como el papel —dijo Janet cogiéndome del brazo.

—Sabemos que aprecias a Richard, pero te acaban de ascender —comentó Eric.

—No es por eso, es que… —miré hacia atrás y vi que en la sala aún estaban Steven y los tres nuevos jefes— Ese hombre, Dereck Evans, es el de la fiesta —murmuré para que nadie pudiera escucharme.

—¿Qué? —Ambos fruncieron el ceño.

—Esos dos estuvieron en la fiesta, hablando con Steven.

—Espera, ¿me estás diciendo que ese hombre es el que ofreció cien de los grandes por un beso tuyo? —preguntó Janet.

—Eso he dicho, sí.

—A ver, Martina, que llevaba un antifaz y no le viste la cara.

—Eric, ese hombre no ha dejado de mirarme en toda la reunión, por no hablar de que cuando Steven ha anunciado que va a ser uno de mis nuevos jefes, la sonrisa de medio lado que me ha dedicado ha dejado que viera el hoyuelo que se le forma en la mejilla, el mismo que vi la noche del beso. Y su voz, por el amor de Dios, que he reconocido su voz.

—Vale, cálmate —Janet me frotó el brazo.

—¿Cómo leches voy a calmarme? ¿Tú lo harías a sabiendas de que tu nuevo jefe pagó cien mil dólares por un beso?

—Beso que por lo que dijiste y lo que veo, dejó huella —dijo Eric con una sonrisa.

—No tiene gracia, Eric, esto no es empezar bien.

—Martina —me llamó Steven y vi que se acercaba con los tres nuevos jefes.

—Ay, mierda —murmuré.

—Puedes hacer el cambio de puesto ahora, ve por tus cosas y te instalas.

—Claro, sí —sonreí, y vi que el señor Dereck Evans no apartaba la vista de mí.

—Eric, espero que encontréis un reemplazo a la altura de Martina para Richard.

—Descuide, señor Turner —contestó.

—Bien, pues, todos a trabajar. Kate, Mandy te llevará a tu nuevo despacho.

—Perfecto, ¿vamos, cielo? —sonrió ella a Mandy, que asintió devolviéndole el gesto.

—¿Por qué no me podría haber tocado ser la asistente de ella? —murmuré a Janet y Eric antes de ir hacia el ascensor.

—Señorita Díaz —escuché la voz de mi nuevo jefe llamándome y noté un escalofrío por todo el cuerpo.

—¿Sí, señor Evans? —me giré y lo tenía a solo unos pasos de mí, era más alto que yo incluso con los tacones, y tuve que levantar la vista para que nuestros ojos se encontraran.

—Cuando se instale en su puesto venga a mi despacho.

—Claro —sonreí, y en el momento en el que se abrió la puerta del ascensor entré cogiendo el móvil del bolso, ya que había escuchado que me llegaba un mensaje.

Janet: *Pues tus nuevos jefes son muy atractivos, ¿y has visto el culo que les hacen los pantalones del traje?*

Martina: *No, no me he fijado en eso, Janet. Y deja de ponerme más nerviosa, ¿te recuerdo que mi nuevo jefe pagó para besarme?*

Resoplé apoyándome en el espejo del ascensor y fue cuando me di cuenta de que mis dos jefes estaban allí, y ambos sonrieron mientras salían, pues por suerte para mí habíamos llegado a la planta a la que debía mudarme.

Janet: *Pujó en una rifa por una buena causa. Que te besara un tío bueno después de meses, es un plus. Suerte en tu nuevo puesto. Nos vemos en la comida.*

La madre que la parió, tener amigas para esto.

El resto del trayecto en el ascensor hasta la que ahora iba a ser mi antigua planta se me hizo eterno, y lo peor fue que no dejé de pensar en el beso de aquel hombre.

¿Por qué Steven Turner no había hecho esa presentación antes de la fiesta? Me habría evitado el hecho de haber aceptado aquel beso, podría haberlo hecho de otro modo.

Dios, esto iba a ser una mala idea.

Metí todas mis cosas en una caja de las que encontré en el almacén, Richard puso al corriente de las nuevas noticias a los redactores antes de que me fuera y todos me despidieron con abrazos alegrándose por mi ascenso.

—Voy a echarte de menos, Martina —me dijo Richard, acompañándome al ascensor.

—Siempre puedes pedir que vuelva, yo lo haré encantada —contesté y él soltó una carcajada.

—No haría eso, un ascenso es lo mejor que te puede haber pasado. Gracias por aguantarme estos cuatro años.

—A ti por ser un buen jefe —sonreí—. No seas muy duro con mi sustituta o sustituto, ¿vale?

—Descuida, seré menos ogro que cuando tú empezaste.

—Eso espero, en serio, creí que lo hacías para que renunciara.

—Me alegro de que vayas a estar en la zona alta de la empresa. De verdad que te lo mereces.

—Muchas gracias, Richard.

Nos despedimos con un abrazo y entré en el ascensor para subir a la zona alta como había dicho Richard.

Aquella planta siempre estuvo vacía, tenía dos despachos, pero sabía por Janet que nuestro jefe solía usarlos a veces para reuniones con algunas de las empresas que pagaban por tener publicidad en la revista.

Por eso cuando puse un pie en aquella planta en la que no había estado nunca antes, y vi que a la izquierda había un escritorio completo y un sillón como los que tenía Janet, me sorprendió que lo hubieran montado en esos días.

Al igual que en todas las plantas del edificio, justo detrás del que iba a ser mi nuevo puesto estaba el letrero negro sobre el que se leía el nombre de la revista en letras doradas.

Aquel espacio era igual que la última planta, con paredes grises y muebles blancos, ventanales tras unos sofás y una mesita a modo de sala de espera, varias portadas de la revista de los números más importantes desde sus inicios, y un par de plantas que le daban el toque de color.

Suspiré mientras dejaba la caja en el escritorio y comencé a sacar y guardar mis cosas. Cuando tenía todo listo llevé la caja vacía a la sala en la que vi que tenía una cafetera y algunas tazas, así como una nevera, y regresé a mi puesto.

Eché un vistazo al nombre en la puerta que tenía más cercana a mi escritorio y vi que ese era el despacho del hombre que me había besado. Respiré hondo, me calmé contando hasta diez y fui hacia ella, donde llamé con un par de golpecitos.

—Adelante —su voz me llegó alta y clara, abrí y cuando me dejé ver, lo vi sentado en su escritorio trabajando en el portátil.

—Señor Evans, ¿quería verme?

—Sí, siéntese por favor, enseguida estoy con usted —contestó sin apartar la mirada del teclado mientras escribía.

Caminé hacia uno de los sillones frente al escritorio y el clic de mis tacones resonó en el despacho.

Me sorprendió ver que tenía algunos cuadros ya colgados, señal de que antes de la fiesta todo esto ya estaba organizándose para que los nuevos jefes se instalaran hoy.

Como siempre, alisé mi falda por la parte de atrás para sentarme y crucé las manos sobre mis rodillas, esperando a que terminara con lo que fuera que lo tenía tan concentrado.

Y sí, me tocaba disimular que no estaba nerviosa porque lo estaba, ese hombre imponía y además había pujado por un beso mío, y ahora era mi jefe. ¿Quién no estaría nerviosa en mi lugar?

—Bien, ya estoy con usted —dijo cruzando las manos sobre el escritorio, pero no lo dejé decirme nada más porque mis nervios y el hecho de que siguiera dando vueltas a aquel beso, hicieron que hablara.

—¿Por qué me besó?

—¿Perdón?

—La noche de la fiesta, por qué pujo por mi beso y no por el de cualquier otra compañera.

—Se le cayó el móvil al chocar conmigo, quise compensarla.

—¿Usted ya sabía quién era yo?

—No, solo sabía que era una de las asistentes de la revista.

—No estoy aquí solo porque sea la que más antigüedad tiene, ¿verdad?

—Veo que es perspicaz, señorita Díaz. ¿Sus padres son latinos?

—Españoles, de Málaga. Pero no es de lo que estamos hablando. ¿Por qué estoy aquí como su nueva asistente?

—Steven nos dijo que era la más antigua, que era eficaz y que sería buena para el puesto sin que tuviéramos que hacer entrevistas a personal nuevo.

—Si aquella noche le habló de mí, si ya sabía que podría ser su nueva asistente, no debería haberme besado, señor Evans.

—Cierto, pero antes de saber quién era la vi en aquel pasillo, y confieso que me sentí tentado —dijo mientras se ponía de pie, y caminó hasta apoyarse en el escritorio justo frente a mí—. Cuando vi que sería una de las empleadas que participaría en la rifa, no dudé en que haría la puja más alta para besarla.

—Debe saber que no mezclo trabajo con otras cosas —comenté, queriendo dejar claro mi punto—. Seré su asistente porque como ha dicho Richard, un ascenso es lo mejor que me ha pasado después de cuatro años en la revista —me puse de pie—. Pero no saldré de ahí, de ser su asistente. Ahora, ¿podría decirme cómo le gusta el café? Tengo que ir a ver también al señor Collins.

—Solo, muy cargado y caliente —contestó—. Y a John le gusta muy cargado, caliente y con un terrón de azúcar. No tiene que ir a preguntarle a él.

—Bien, si no desea nada más —hice por apartarme.

—Quiero el café en mi mesa cada mañana cinco minutos después de que me vea llegar —dijo.

—Así será, señor Evans.

—Y siempre que la llame, vendrá sin hacerme esperar más de un minuto.

—Entendido.

—Le enviaré ahora un listado de empresas que quieren publicitarse en la revista, quiero que las revise y me haga un informe detallado de cada una de ellas, que vea si es viable y encaja con nosotros. Mañana cuando me traiga el café quiero que hablemos sobre ello.

—Perfecto, me pondré con ello en cuanto lo reciba. ¿Algo más, señor Evans?

—Nada más, puede volver al trabajo.

Asentí, caminé hacia la puerta y cuando giré para cerrarla me di cuenta de que me había estado mirando todo el tiempo. Se incorporó y en cuanto lo vi darme la espalda para volver a sentarse, cerré la puerta.

No, estaba claro que este hombre y yo trabajando juntos íbamos a ser una mala, malísima combinación.

Fui hacia el despacho de mi otro jefe, llamé a la puerta y entré cuando me dio paso.

—Ah, hola —sonrió—. Señorita Díaz, ¿cierto?

—Así es —sonreí—. No le molestaré mucho, solo quería preguntarle cómo le gusta el café, ya sabe, no quiero meter la pata el primer día.

—Solo, caliente y con un terrón de azúcar —respondió.

—Perfecto. ¿Quiere que le traiga uno?

—Se lo agradecería, desde luego, porque tengo aquí algo de trabajo que creo que me va a llevar bastante tiempo —suspiró.

—Enseguida se lo traigo.

Cerré la puerta y fui a prepararle el café a John Collins, que me resultaba un poco más simpático que Dereck Evans, pero claro, es que él no había pujado para besarme. En fin…

Me hice un café que dejé en mi escritorio y le llevé al señor Collins el suyo, lo agradeció con una sonrisa y le dije que, si necesitaba ayuda con algo, no dudara en decírmelo.

Regresé a mi puesto y tras dar el primer sorbo al café recibí el e-mail con el listado de las empresas que tenía que revisar.

No había hecho más que abrirlo para imprimirla, cuando sonó el teléfono que tenía en mi mesa.

—Despacho de John Collins y Dereck Evans, ¿en qué puedo ayudarle? —pregunté, diciendo primero el nombre de Collins aun sabiendo que quien me llamaba era el señor Evans.

—Tráigame un café —contestó.

—Enseguida, señor Evans.

Colgué y fui a prepararle el café, ese que por un momento me sentí tentada de prepararlo mal, pero no, no iba a ser tan mala en mi primer día como su asistente.

Llamé a la puerta de su despacho, esperé que me diera paso y entré para dejarlo sobre su mesa.

—Aquí tiene —dije y me giré para volver a mi puesto.

—Señorita Díaz —de nuevo ese escalofrío al escucharlo llamándome.

—¿Sí, señor Evans?

—Ahora que sabe cuál es mi extensión y también la de John, cuando atienda llamadas externas debe referirse a nosotros únicamente como el despacho de los señores Evans y Collins.

—Así lo haré, señor Evans. ¿Desea algo más? Tengo una lista de empresas que revisar y hacer un informe que entregarle mañana.

—Vuelva al trabajo —contestó volviendo a mirar su ordenador.

Pero al igual que la primera vez que salí del despacho, cuando giré para cerrar la puerta comprobé que había vuelto a mirarme mientras caminaba.

Regresé a mi puesto y me centré en aquella lista de empresas que querían tener su publicidad en nuestra revista, y pasé el resto de la mañana trabajando sin interrupciones. Cuando me marché a comer, ambos jefes seguían en sus despachos.

Capítulo 6



Entré en la cafetería de la revista para comer como Jane y Eric, y como siempre ya estaban los dos esperándome en la mesa.

Cogí una bandeja y me fui sirviendo del bufete. Al ir hacia la mesa vi que entraba Kate Evans, la nueva jefa del departamento de moda, junto con Mandy, su asistente.

—¿Qué tal el primer día con los nuevos jefes? —preguntó Janet cuando me senté.

—Creo que me voy a llevar mejor con el señor Collins —respondí.

—No le declares la guerra al que dio cien mil dólares para el hospital infantil, que te veo venir.

—No le voy a declarar la guerra, Janet, pero es más simpático el otro.

—Lo que pasa es que uno te besó y el otro no, y es normal que te sientas incómoda —dijo Eric.

—Dejemos el tema, ¿vale? Estoy en un nuevo puesto y eso es todo. Ahora vamos a comer que estos espaguetis me están pidiendo a gritos acabar en mi estómago —señalé mi plato de pasta.

Mientras comíamos les hablé de la lista de empresas que tenía que revisar para el tema de la publicidad. Eric conocía algunas de ellas y dijo que podía enviarme alguna información sobre ellos, cosa que agradecí.

—Por cierto, Steven me ha dicho que organizará el viernes un pequeño cóctel aquí por la noche para dar la bienvenida a los socios inversores de manera oficial —comentó Janet—. Tengo que organizar el cáterin y enviar un e-mail a todos los empleados.

—Pues ya tenemos plan para el viernes por la noche —dijo Eric.

—Procura que haya canapés como los del otro día, que estaban muy buenos —pedí.

—Descuida, sabes que cuando el jefe me pide organizar una fiesta, soy la mejor —hizo un guiño y sonreí.

Después de comer Eric fue por los cafés y seguimos charlando, le pregunté cómo llevaba el tema de mi remplazo y dijo que tenía a Eva en busca de los mejores candidatos, habían seleccionado doce currículums esa mañana y entre los dos acabaron por reducirlos a la mitad, y tenían previsto entrevistarlos a todos al día siguiente para que el elegido pudiera incorporarse esa misma semana.

Salimos de la cafetería para regresar a nuestros puestos de trabajo y subimos juntos en el ascensor, donde estuvimos hablando para que avisara a mis padres de que irían a comer conmigo el domingo a su casa.

Bajé en mi planta y apenas unos minutos después de sentarme y ponerme con el informe de una de las empresas, escuché el ascensor y vi salir de él a mis jefes.

Iban hablando sobre algo a lo que no presté atención y entraron en el despacho del señor Collins, así que seguí centrada en mi trabajo.

Estaba frente a la impresora esperando que me sacara el resto de las copias de algunas cosas que había puesto a imprimir, cuando escuché que se quedaba atascada.

—No, hombre, ¿en serio? Pero si debes de ser nueva —resoplé.

Dejé las que ya había recogido en la mesa de al lado y me agaché hasta la bandeja de papel, donde parecía estar todo en orden. Revisé todo, pulsé algunos botones y nada, que no salían las copias.

—Nos estábamos llevando bien, ¿por qué fallas ahora si puede saberse?

Fui a abrir la bandeja de papel y no podía, ahí era donde estaba el problema. Genial.

Seguí intentándolo, tirando de ella, y nada.

—¿Necesita ayuda, señorita Díaz? —preguntó él a mi espalda, y cerré los ojos resoplando.

—No, está todo controlado —mentí, porque esa maldita bandeja no quería abrirse.

—No lo parece —ya estaba más cerca, lo podía sentir no solo porque escuché su voz si no porque empezó a llegarme el olor de su perfume—. ¿Me permite? —Vi su mano apoyarse en la impresora, y me puse nerviosa dada la posición en la que me encontraba en ese momento.

Estaba inclinada hacia adelante, con el culo levantado de tal modo que no me quedaba la menor duda de que mi jefe tenía unas vistas perfectas de esa parte de mi cuerpo.

Cuando me incorporé eché un vistazo por encima del hombro y sí, lo tenía a unos pocos centímetros de mí, era un milagro que no me hubiera rozado con él al levantarme.

—Ha estado funcionando bien hasta ahora, no sé qué le pasa, pero la bandeja del papel está atascada.

—Déjeme ver —pidió, y me aparté.

Intentó sacar la bandeja del papel sin éxito, apagó la impresora, la desconectó y volvió a intentarlo un par de veces más hasta que consiguió sacarla.

Había varios folios arrugados que sacó despacio y sin que se rompieran, y vi que la bandeja estaba casi llena.

—Creo que ese ha sido el problema, que hay mucho papel —dije mientras quitaba algunos folios—. En mi antiguo puesto nunca la llenaba para que no pasara esto. Aunque es nueva, a veces ocurre. No caí en mirar antes —suspiré.

—Bueno, problema resuelto —contestó con un guiño.

—Gracias.

—No ha sido nada. ¿Cómo lleva los informes de las empresas de la lista?

—Bien, para mañana los tendrá todos a primera hora.

—Hay varias que creo que pueden encajar bien con la revista, son las cinco primeras.

—Lo tendré en cuenta.

El señor Evans asintió y se fue a su despacho, conecté de nuevo la impresora y tras comprobar qué copias me faltaban, regresé al escritorio para ponerlas a imprimir y seguir con mi trabajo.

Quince minutos antes de que acabara mi jornada laboral lo vi salir del despacho hablando por teléfono, se despidió de mí con un leve gesto de la mano y fue hacia el ascensor, justo antes de que llegara para pulsar el botón el señor Collins salía también de su despacho.

—Hasta mañana, señorita Díaz —me dijo con una sonrisa de lo más amable.

—Hasta mañana, señor Collins —respondí sonriendo igual que él.

El señor Evans me miró con el ceño ligeramente fruncido sin dejar de hablar por teléfono, y yo volví a mirar hacia la pantalla de mi ordenador para imprimir el informe de la última empresa de la lista.

Una vez me quedé sola en mi puesto, cogí algunos post-it y fui escribiendo en ellos el nombre de cada empresa para ponerlo en la primera hoja de los informes, esos que tenía perfectamente grapados y organizados.

Había un primer montón con las cinco que a él más le interesaban y puse otro post-it indicándoselo.

Cogí todos y entré en su despacho, donde el olor de su perfume estaba impregnado en cada rincón sin excepción.

Los dejé sobre la mesa en dos grupos, a un lado las cinco que más le interesaban y al otro, el resto.

Regresé a mi mesa, apagué y recogí todo y me puse el abrigo para sacar el bolso del cajón.

Iba de camino al ascensor con el móvil en la mano cuando me llegó una notificación, alguien había dado like a una publicación en mis redes.

Cuando entré a ellas me llevé una sorpresa que no esperaba, pues resultaba que Dereck Evans había sido ese alguien que dio like, y la publicación era, nada más y nada menos, que una foto mía disfraza de Catrina.

Guardé el móvil en el bolso, entré en el ascensor y bajé hasta la recepción del edificio queriendo no pensar en el beso ni en el hecho de que era mi nuevo jefe, pero imposible no pensar en eso.

Cuando llegué a casa, y después de darme una ducha y ponerme el pijama, puse a calentar un poco de sopa para la cena y mientras la tenía al fuego, entré en las redes y vi que mi jefe había empezado a seguirme.

Eché un vistazo a las suyas y las tenía en abierto, por lo que no pude evitar cotillear un poco.

Había fotos de platos de comida, de copas de vino, tazas de café e incluso alguna que otra con su hermana Kate Evans en fiestas a las que les habían invitado.

Pero todas ellas eran porque Kate le etiquetaba, no porque él las hubiera subido. Tan solo había una que sí había subido él mismo, en la que posaba con Steven Turner y John Collins, los tres sonriendo con una copa de vino en la mano.

Dejé el móvil en la mesa, me serví la sopa y un vaso de agua y fui al sofá para cenar mientras veía alguna película con la que despejarme y olvidarme del trabajo.

Más que del trabajo, de mi nuevo jefe, ese que resultó ser el mismo hombre enmascarado que pagó cien mil dólares por un beso mío.

Steven Turner sabía eso, así que no lograba entender cómo era posible que después de lo ocurrido, me nombrara, precisamente a mí, asistente de Dereck Evans.

Capítulo 7



Llevaba dos días en mi nuevo puesto y debía admitir que no era tan malo como imaginé en un principio.

Mis dos jefes me dijeron que había hecho unos informes muy completos sobre las empresas de publicidad y se pasaron el día anterior en el despacho del señor Evans hablando sobre a cuáles podría darles visibilidad en el próximo número que saldría en dos semanas.

Si algo caracterizaba a *Turner Magazine* era que publicábamos dos revistas al mes de lo más completas, no solo con artículos de salud y bienestar o noticias de relevancia, sino con una sección sobre consejos de moda y más espacios para captar el mayor número de lectores.

Acababa de llegar a mi puesto y estaba encendiendo todo cuando escuché el ascensor, por el que salió el señor Collins.

—Buenos días, señorita Díaz —saludó.

—Buenos días —sonreí.

—¿Me puede traer un café? Tengo una llamada que hacer y antes necesito un poco de cafeína y azúcar.

—Enseguida se lo llevo.

—Gracias.

Fui hacia la sala para preparar un café para él y otro para mí, que dejé haciéndose mientras se lo llevaba al jefe. Cuando salí del despacho vi que llegaba mi otro jefe hablando por teléfono, no conseguí escuchar lo que decía, pero por el tono, parecía algo molesto.

Preparé su café y tras dejar el mío, llamé a la puerta de su despacho, solo que no recibí respuesta.

Abrí y entré, no estaba allí, pero escuchaba su voz desde el cuarto de baño, así que dejé el café y regresé a mi escritorio para revisar algunos e-mails y organizar las agendas de ambos mientras me tomaba el café.

Estaba anotando la reunión que tendrían al día siguiente con una de las empresas para la publicidad, cuando sonó el teléfono de mi mesa.

—¿Sí, señor Evans?

—Venga a mi despacho.

Colgó tan deprisa que no me dio tiempo ni a responder. Cogí la libreta y el boli por si me decía algo para lo que necesitara tomar notas, llamé a la puerta y entré cuando me dio paso.

—Necesito que revisemos la agenda para el viernes —dijo cuando me vio—. Collins y yo tenemos una cita para ver un edificio que queremos comprar.

—Claro, si me da un momento…

—Señorita Díaz —hizo que me detuviera antes de volver a salir—, le recuerdo que nuestras agendas están enlazadas en su ordenador, su Tablet, nuestros ordenadores y nuestros móviles. Podemos mirarla en mi ordenador.

—Vale.

Caminé hacia donde él estaba sentado y abrió la agenda para el viernes.

—La reunión de las nueve y media no pueden aplazarla, era el único día que el señor Ferguson podía viajar a Seattle para verlos —dije tras ese primer vistazo.

—Ok, el señor Ferguson es intocable.

—Hay que cuadrar todo para que estén libres para la fiesta de esa noche. El señor Turner la hace para darles la bienvenida a la empresa.

—No estaría bien que no apareciéramos, es cierto —sonreí al escucharlo.

—Creo que podríamos… —fruncí los labios mientras cogía el ratón del ordenador para subir y bajar la pantalla, comprobando las reuniones de ese día— Sí, creo que podría. A ver, la reunión para comer con la señora Davis es inaplazable, pero la que tienen a las cuatro con el señor Morris, la puedo pasar al lunes a las once y media, que era el otro día que le venía bien —dije y cuando miré a mi jefe, él no estaba mirando la pantalla, sino a mí—. Puedo llamarlo y comentárselo —me incorporé al tiempo que carraspeaba.

—Sí, me parece bien. Llámelo y a ver si hay suerte. Si podemos hacer ese cambio, avíseme para concertar la cita para ver el edificio a esa hora.

—Bien, enseguida le aviso —asentí, cogí mis cosas y regresé a mi puesto.

Busqué el número del señor Morris, lo llamé y hablé con su secretaria, quien me confirmo que no había problema para cambiar la reunión al lunes, y así lo hicimos.

Se lo comuniqué a mi jefe y esperé en su despacho mientras hablaba con quien tenía que enseñarle el edificio, cita que dejamos agendada para el viernes a las cuatro de la tarde.

—Si no necesita nada más —dije antes de salir.

—No, eso es todo.

Asentí, y antes de que saliera me llamó.

—¿Sí, señor Evans?

—¿Vendrá acompañada a la fiesta del viernes?

—No —fruncí el ceño—. Bueno, sí, vendré con Janet y Eric, como siempre.

—Bien, eso es todo.

Y aquella pregunta me dejó pensando el resto de la mañana, porque realmente no entendía por qué quería saber si iría con alguien a la fiesta.

Cuando entré en la cafetería a la hora de comer y me encontré con mis amigos, les hablé sobre la pregunta de mi jefe y los dos se miraron.

—¿A qué vienen esas miradas, si puede saberse? —pregunté con el ceño fruncido.

—Yo creo que quiere que seas su acompañante —dijo Janet.

—Pero, a ver, si vamos todos a la fiesta.

—Ya, pero si vienes con alguien de fuera, no puede acercarse a ti.

—¿Y para qué querría acercarse a mí, Eric?

—Igual por si hay otra rifa de besos —sonrió ella.

—Espero que no la haya, porque no es la fiesta de Halloween —contesté cogiendo una de mis

patatas fritas.

—También creo que es porque le gustas. Soy hombre, veo esas cosas.

—¿Qué dices? —grité.

—Lo que oyes, que yo también creo que le gustas a tu nuevo jefe. El señor Dereck Evans te echó el ojo en la fiesta. Se ve que tus besos son la leche, porque seguro que quiere repetir.

—¿Os estáis escuchando? Os habéis vuelto locos, en serio.

—Locos o no, ese hombre te come con la mirada —Janet hizo un leve movimiento hacia la derecha y cuando miré a mi izquierda, vi al señor Evans observándome mientras esperaba su café en la barra.

Sonrió de manera casi imperceptible para los demás, pero yo ya empezaba a conocer a ese hombre y aunque lo hiciera de manera tan sutil, yo sí la veía.

—No me mira a mí —mentí, porque sus ojos sí que se habían encontrado con los míos y esa sonrisa lo confirmaba.

—Ah, y, ¿a quién miraba? Porque a mí, no, eso seguro.

—Y a mí menos, estoy seguro de que no soy su tipo —dijo Eric, las dos lo miramos con la ceja arqueada y acabamos riendo los tres.

—En la fiesta veremos quién tiene razón, cariño, si tú —me señaló Janet—, o nosotros.

Volteé los ojos, terminamos de comer y Eric fue por los cafés.

—Para estar tan segura de que tu nuevo jefe no te miraba a ti, resulta que verte sí que te ha visto, porque ha dejado pagados los cafés —dijo cuando regresó a la mesa.

—Pues se lo agradeceré cuando vuelva al trabajo, pero eso no quiere decir nada —cogí mi taza y le di un sorbo.

—Nada, que siempre tiene que llevar la razón —Janet resopló.

—No ha sido más que un buen gesto con nosotros, como podría haber tenido cualquier otro jefe.

—Ajá, sí, solo que a mi jefe yo no le gusto —dijo Eric—. Más que nada porque Raimon está felizmente casado desde hace unos veinte años y tiene tres maravillosos hijos.

—O sea, que, según vosotros, nos ha invitado a café porque le gusto.

—Exacto —contestaron al unísono.

—Se os ha ido la cabeza, pero del todo —le di un sorbo largo a mi café hasta acabarlo—. Me vuelvo al trabajo, que tengo algunas cosas que hacer.

—Dale las gracias a tu nuevo jefe de nuestra parte —dijo Jane con una sonrisa.

Volteé los ojos y fui hacia el ascensor, subí a la penúltima planta del edificio, que era la mía, y ocupé mi puesto para seguir trabajando hasta que llegó el momento de marcharme a casa y mis jefes seguían encerrados en sus respectivos despachos.

Cuando entré en mi apartamento me desprendí de toda la ropa y, tras una de esas duchas que me dejaban como nueva, me puse unos leggins y un jersey para prepararme un sándwich vegetal para la cena.

Me senté en el sofá a disfrutar de ello mientras veía las noticias y, cuando estaba a punto de terminar, sonó mi móvil y vi que era un número que no tenía entre mis contactos.

—¿Hola?

—Hola, buenas noches. ¿Es usted la señorita Martina Díaz? —preguntó una voz de mujer al otro lado.

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted?

—Le llamo del hospital de Seattle, han traído al señor Ross por un accidente de coche y su número aparece como uno de sus principales contactos.

—¿Alec Ross?

—Sí. Verá, hemos intentado localizar a otros contactos, pero… no hemos tenido éxito. ¿Podría avisar a la familia?

—Alec no tiene familia —suspiré.

—Vaya, entonces…

—¿Es grave? —pregunté, pues, aunque hacía mucho que no era mi novio, una vez lo fue y no dejaba de ser un hombre herido.

—Tiene varios traumatismos, magulladuras en su mayoría, y un brazo roto. Se golpeó en la cabeza, lo han operado y sigue sedado, los médicos esperan a que despierte para comprobar

cómo está todo.

—No soy familiar suyo, ¿habrá algún problema si voy?

—No, no, descuide. Yo misma dejaré anotado su nombre como persona de contacto y que podrá visitarle.

—Gracias, iré enseguida.

—Perfecto, gracias a usted señorita Díaz.

Colgué sin poder creerme que, después de tanto tiempo sin saber nada de Alec, aún tuviera mi número de teléfono entre sus contactos.

Recogí lo de la cena, me puse unas deportivas y tras coger el abrigo y el bolso, salí de casa para ir al hospital.

Lo último que supe de Alec, y me enteré al ver sus redes, fue que había roto con aquella mujer por la que me dejó y llevaba dos años sin subir fotos con otra persona. Lo más probable es que al igual que yo, hubiera tenido alguna que otra relación para nada reseñable.

Llegué al hospital y tras identificarme en el mostrador de información, la mujer de color café con leche y cabello negro con alguna que otra cana, sonrió con amabilidad.

—Yo la llamé, señorita Díaz. Deje que avise al médico para que venga a verla.

—Gracias —sonreí, y me hice a un lado para esperar.

Estando allí me llegó un mensaje de Janet para ver si me apetecía salir a tomar una copa con ella y Eric, que estaban en uno de nuestros bares favoritos.

Martina: *No puedo, estoy en el hospital. Alec ha tenido un accidente y al parecer seguía teniendo mi número entre sus contactos para emergencias.*

Janet: *¿En serio después de tanto tiempo seguías estando en esos contactos? No me lo puedo creer. ¿Qué le ha pasado?*

Martina: *Estoy esperando al médico, por lo que me dijeron por teléfono, fue un accidente. Ya te cuento luego. Un beso.*

—¿Señorita Díaz?

—Sí —me giré al escuchar la voz del médico tras varios minutos allí esperando—. ¿Cómo está Alec?

—Le hemos operado del brazo, acaba de despertar, recuerda su nombre, pero no lo que pasó en el accidente.

—Sé que al no ser familia ni nada no debería entrar, pero… ¿Puedo verlo?

—Claro, acompáñeme, por favor.

Seguí al médico que me fue diciendo los golpes que habían visto, entre ellos unos en la cabeza, y cuando entramos en el box donde estaba Alec, lo vi con los ojos cerrados, tenía una venda en la cabeza, el torso también con un vendaje y el brazo izquierdo escayolado. Los pitidos de las máquinas y los cables que tenía me daban un poquito de respeto.

—Señor Ross —lo llamó el médico, y cuando abrió los ojos, me miró a mí.

—Martina, cariño —dijo, y fruncí el ceño—. Joder, lo siento mi vida —se le humedecieron los ojos—. Tienes que haberte llevado un susto de muerte.

—Señor Ross, ¿qué recuerda de la señorita Díaz? —le preguntó en médico.

—¿Martina? Ella es mi novia, llevamos saliendo varios años.

Ahí no sé quién se quedó más sorprendido, si el médico que sabía que yo no era familiar ni nada de su paciente, o yo, porque volviera a decir que estábamos saliendo.

—No avises a mis padres todavía, por favor —me pidió y miré al médico, que me devolvió la mirada.

—Alec, descansa un poco, ¿sí? —dije con una sonrisa— Tiene que dolerte todo.

—Como si me hubiera caído un elefante encima —resopló cerrando los ojos.

El médico y yo salimos al pasillo y me llevé las manos a la cabeza.

—Sus padres murieron hace tres años —le dije.

—Señorita Díaz, creo que el señor Ross sufre amnesia, y vamos a tener que contar con su ayuda en este asunto.

No pretendía ser inhumana ni mucho menos, pero después de tantos años sin ser pareja, no podía creerme que tuviera que volver a estar cerca de él para ayudarlo a recuperar la memoria.

Capítulo 8



El accidente de Alec me había dejado fuera de juego por completo, y dado que ya no estaban sus padres para cuidarlo, el día anterior y esa mañana los había pedido en el trabajo de asuntos propios.

Me pasé todo el día en el hospital hablando con los médicos, haciéndome a la idea de que mi ex tenía amnesia a consecuencia del traumatismo en la cabeza, le hicieron pruebas y yo estuve hablando con sus jefes para ponerlos al corriente de la situación y que supieran que no estaba en condiciones de trabajar por el momento.

Por no hablar de que también me encargué de hablar con sus seguros, no solo para que se hicieran cargo del coche, que por lo que me dijo el médico se habían llevado a un depósito de la policía, sino de que cubrieran todos los gastos médicos y hospitalarios.

Por suerte Alec no había sufrido lesiones medulares ni en las piernas, tenía movilidad en todo el cuerpo salvo por ese brazo roto en varias partes que tuvieron que operar y para el que necesitaría rehabilitación una vez estuviera recuperado.

Aunque pasarían al menos un par de meses para ello, según me habían dicho.

Esa mañana le habían subido a una habitación y había personal de sobra para encargarse de él, por lo que después de que le llevaran la comida me marché, quería ayudarlo, pero no podía dejar mi vida a un lado para encargarme de él todo el tiempo, a fin de cuentas, hacía años que no era mi pareja.

Cuando llegué a casa me eché un rato en el sofá, estaba cansada después de no haber dormido mucho desde que me llamaron del hospital, y aquellas dos horas de sueño resultaron de lo más reparadoras para mí.

Me di una ducha y me preparé para esa fiesta de bienvenida dedicada a mis nuevos jefes.

Janet: *¿Vienes de camino? Porque ya estamos todos en la fiesta.*

Leí el mensaje mientras iba en el taxi y le contesté que sí, que estaba llegando a la revista.

No pasaron más de cinco minutos para que viera el edificio de *Turner Magazine*, pagué al taxista y bajé sintiendo de nuevo esa leve brisa fresca en la cara.

Caminé hacia la puerta y la música de fondo quedaba relegada a un segundo plano por los murmullos de todos mis compañeros.

La fiesta se celebraba allí mismo, en la recepción del edificio y la cafetería.

—Martina —me giré al escuchar a Eric y sonreí mientras me quitaba el abrigo.

—Mira qué guapa se ha puesto —dijo Janet a su lado.

—Es solo un vestido negro de cóctel y unos zapatos de tacón —volteé los ojos.

—Lo que sea que te pongas te sienta genial. ¿Un vino?

—Sí, por favor —dije mientras los seguía hacia una de las camareras, y cogimos una copa cada uno.

—¿Cómo está Alec? —preguntó Eric tras dar un sorbo.

—Tiene magulladuras, el brazo roto, y amnesia.

—¿Amnesia? —dijeron al unísono.

—No recuerda que sus padres fallecieron hace tres años, y para él, en su mente, sigo siendo su novia —suspiré.

—No fastidies —Janet se llevó la mano al pecho.

—¿Y tú cómo lo llevas?

—Como puedo, Eric —me encogí de hombros—. He hablado con los médicos y aconsejan que por el momento no le cuente nada. Cuando me pidió que no les dijera a sus padres lo del accidente, os juro que no supe ni cómo reaccionar, pero por la mirada del médico, a quien la enfermera le había dicho lo que yo, que no tenía familia, supe que algo no iba bien.

—Oye, estamos contigo, ¿vale? —Janet me dio un abrazo.

—Lo sé. He hablado con sus jefes, todos están al tanto, les pedí el número de su ex y me lo facilitaron. La he llamado esta mañana y me ha mandado a la mierda, tal cual. Dice que no quiere saber nada de Alec y que me las apañe, cito textualmente, con ese cerdo infiel sin escrúpulos ni

sentimientos que la engañó con otra.

—Ah, mira, entonces sabe lo que sentiste tú, ya solo por eso, Alec ha recuperado un punto —dijo Janet levantando su copa y dando un sorbo.

—Entonces, tenemos a tu ex con amnesia que sigue anclado a vuestra relación antes de romper hace cuatro años, por lo que no recuerda que sus padres fallecieron y tampoco que te fue infiel. No querría estar en tu posición ahora mismo.

—No es fácil estarlo, Eric, te lo aseguro.

—Martina, ¿todo bien con esa emergencia que te surgió estos días? —sonreí al ver a Steven Turner.

—No como debería, pero sí.

—Si necesitas más días no te preocupes, solo tienes que decirlo.

—Oh, no, no será necesario.

—Espero que no tenga nada que ver con tus padres.

—No, ellos están bien —volví a sonreír.

—Me alegro de que sea así. Disfrutad de la fiesta —me dio un leve apretón en el brazo y fue a hablar con algunos de los jefes de los departamentos de la revista.

Los chicos y yo nos mezclamos por allí, cogimos algunos canapés y charlamos con Christine, Billy, David y Erika, ese grupo de redactores que nos sacaron más de una carcajada al contarnos lo que les había pasado el otro día mientras cubrían el concierto de un grupo en Boston.

Fui al baño y allí escuché a algunas de las redactoras de moda hablando sobre su nueva jefa, quien al parecer resultó ser un encanto y estaban todas entusiasmadas con su llegada.

Salí para volver con Janet y Eric y entonces me sentí observada, miré hacia la puerta de la cafetería y vi que, desde el mostrador de recepción, donde estaban mis jefes hablando con Kate Evans, Dereck Evans me observaba sin el más mínimo disimulo.

Dio un sorbo a su copa, se disculpó con su hermana y su amigo, y vino hacia mí cogiendo una copa de vino en el camino, esa que me ofreció nada más llegar a mi lado.

—Señorita Díaz, está preciosa esta noche —dijo acercándome la copa, y la cogí.

—Gracias, por el vino, quiero decir —le vi sonreír de medio lado y di un sorbo al igual que él.

No iba a negar que mi nuevo jefe era un hombre atractivo y que los trajes le quedaban como un guante, pero es que esta noche el color azul marino hacía que el azul de sus ojos resaltase aún más.

—¿Va todo bien? Su ausencia estos días…

—Sí, todo bien —sonreí—. No me ausentaré más del trabajo. ¿Qué tal lo está pasando en la fiesta?

—Ahora que está usted, mucho mejor —contestó acortando más la distancia entre nosotros, con los ojos fijos en los míos.

Y de nuevo noté ese escalofrío recorriéndome el cuerpo, que se intensificó aún más cuando el señor Evans, mi jefe, posó su mano en mi brazo y la deslizó despacio en una lenta caricia.

—No sé qué tiene, señorita Díaz, pero no puedo dejar de pensar en ese beso —murmuró.

—Yo tampoco —confesé con un leve susurro—. Si existía la posibilidad de que fuera a ser su asistente, no debía haber pujado por mi beso.

—Aquella noche te observé desde que llegaste.

—No fue una casualidad que estuviera en el pasillo cuando salí del baño, ¿verdad?

—No, no lo fue. Quería verla a solas. Quería comprobar por qué no podía apartar la mirada de usted.

—¿Y descubrió por qué no podía? —curioseé, mirando aún sus ojos fijamente porque era imposible no hacerlo, eran como un imán que me atraían todo el tiempo.

—Sigo en ello —sonrió de medio lado y de nuevo se le formó aquel hoyuelo.

—Damas y caballeros —nos separamos al escuchar la voz del señor Turner—. Gracias por venir esta noche y darle a los nuevos jefes de nuestra revista la bienvenida.

—Creo que le toca decir unas palabras, señor Evans —murmuré mientras el señor Turner seguía hablando.

—No te vayas —me pidió volviendo a mirarme—. Quiero que luego vengas conmigo.

—¿A dónde?

—A tomar una copa, los dos solos.

—Dereck, John, Kate —les llamó nuestro jefe—. Acercaos, por favor.

Lo vi alejarse de mí y caminar hacia donde estaba él, al igual que John Collins y Kate Evans.

—Te hemos visto muy bien acompañada —dijo Eric a mi lado, y vi que Janet sonreía.

—Y esa mano… —comentó ella, arqueando la ceja.

—Solo estábamos hablando, preguntó mi ausencia estos días.

—¿Le has hablado de Alec? —preguntó Janet.

—No, ni voy a hablarlo con nadie, salvo con vosotros, claro.

—Y con tus padres, que tendrán que saberlo, digo yo.

—Se lo contaré el domingo, Eric.

—Gracias Steven por la bienvenida a la empresa —dijo Kate y los tres miramos—. Sabes bien que la moda siempre ha sido algo que me apasionaba y, de verdad, te estoy inmensamente agradecida por este puesto.

—Y no tiene nada que ver con que seas la hermana de mi amigo y socio —contestó él.

—Me alegra saberlo —sonrió—. No os conozco a todos —miró hacia su alrededor para ver a los empleados y jefes—, pero sé que más que una revista sois una familia, y eso me gusta. Trabajo con varios de vosotros y vosotras en el departamento de moda, y quiero que sepáis que nunca antes había tenido un equipo así, tan entregado y dispuesto a ayudar. Gracias por la acogida en el departamento y en *Turner Magazine*.

Todos aplaudieron y le tocó el turno a John.

—No soy tan bueno con las palabras como ella —señaló a Kate, que sonrió—, lo mío son las finanzas. Pero al igual que Kate, gracias por la acogida en la familia de *Turner Magazine*, estoy seguro que seguiremos creciendo y siendo una de las revistas más importantes de este país.

De nuevo aplausos y brindis hasta que Dereck Evans tomó la palabra.

—Cuando Steven nos dijo a John y a mí hace años que quería poner en marcha su proyecto de carrera y que necesitaba una pequeña inyección económica, ninguno de los dos lo pensamos —miró a ambos, que sonrieron—. Toda persona con un sueño debe al menos tener la oportunidad de intentarlo, de arriesgarse y ver si se convierte en una realidad. Steven lo hizo, llevó su sueño a lo más alto y hoy en día *Turner Magazine* está entre las mejores revistas del país. Sabes que siempre te he admirado —miró a Steven—, y más que un amigo, eres parte de la familia. Así

que, gracias, hermano, por hacer que nos involucremos en tu proyecto, no solo económicamente, sino como parte del equipo de trabajo. Y como ha dicho John, sigamos haciendo crecer la revista. Salud —levantó la copa y todos lo hicimos para ese brindis.

Los ojos de Dereck Evans buscaron los míos y, al igual que la otra vez en la cafetería cuando sonrió de manera sutil, vi que ese gesto era para mí.

Seguimos disfrutando de la noche, charlando, saboreando los canapés y bebiendo uno de los mejores vinos de la ciudad, hasta que poco a poco a todos se fueron despidiendo.

—Os veo el domingo en casa de mis padres —les dije a Janet y Eric cuando se marchaban.

—Allí estaremos —contestó ella.

Me despedí de ambos y fui al cuarto de baño, me había pasado un poquito con el vino y eso me pasaba factura, pues tenía la vejiga con una necesidad imperiosa de hacer pis.

Cuando salí fui a recoger mi abrigo, me despedí de algunos compañeros y al salir a la calle me cobijé bien en mi abrigo antes de parar un taxi.

—¿De verdad pensaba irse sin despedirse, señorita Díaz?

—Por Dios, qué susto —me llevé la mano al pecho al escuchar la voz de mi jefe al lado—. La fiesta prácticamente ha acabado, y pensé que ya se había ido.

—Le dije que quería llevarla a tomar una copa —noté su mano en la cintura y volví a estremecerme—. ¿Acepta acompañarme? —preguntó mirándome con esos ojos azules fijos en los míos.

—Solo una copa —dije finalmente.

—Solo una —sonrió de medio lado y comenzamos a caminar hacia el aparcamiento de la revista, donde subimos a su coche y dejé que me llevara a tomar una copa donde fuera que iríamos.

Capítulo 9



Entramos en el aparcamiento de un edificio y fruncí el ceño, pues aquel no parecía ser un club de copas.

—¿Dónde me lleva, señor Evans? —pregunté cuando bajamos del coche.

—A tomar una copa, como le dije.

—Sí, pero, ¿dónde?

—A un lugar tranquilo —contestó mientras entrábamos en el ascensor, y vi que pulsaba un código numérico.

Al llegar a la última planta salimos directamente a lo que, sin lugar a dudas, no era un club, sino un apartamento.

—Bienvenida a mi ático, señorita Díaz —dijo con la mano en mi espalda—. Por favor, siéntase como en casa —me quitó el abrigo y lo dejó en el perchero de la entrada.

—Señor Evans, esta no ha sido una buena idea.

—Solo vamos a tomar una copa.

—No puedo estar en el ático de uno de mis jefes.

—Bueno, habrá veces que tengamos que trabajar desde aquí, así que considere esta visita una primera toma de contacto para eso. ¿Vino?

—Mejor un whisky —suspiré, y le vi arqueando la ceja.

Asintió y tras cogerme la mano, me llevó hasta el salón donde tenía un mueble bar de lo más completo con botellas de toda clase de licores, vasos, copas, e incluso una nevera de la que sacó un par de hielos para poner en los vasos.

—Salud —dijo cocando el suyo con el mío, y ambos dimos un sorbo.

Eché un vistazo a la estancia y se veía acogedora, a pesar de que aquel salón era bastante amplio.

Contaba con dos sofás grandes en negro junto a una mesa baja de cristal sobre una alfombra gris.

Los suelos eran blancos y las paredes en color crema, contrastando con el negro de todos los muebles.

Además, tenía una chimenea encendida que proporcionaba una temperatura de lo más agradable. Pero lo mejor eran las vistas de toda la ciudad desde los amplios ventanales.

—¿Quieres ver el resto? —preguntó en un susurro y noté que estaba a mi espalda.

—¿Ahora me tutea, señor Evans?

—Nadie más nos escucha, creo que podemos ser simplemente Martina y Dereck —dijo mirándome fijamente—. Vamos, te enseñaré el ático.

Me llevó hacia la cocina, con muebles negros y plateados, paredes y suelos blancos, y una isla en el centro donde no solo se podía cocinar, sino también disfrutar de la comida.

Había un aseo para las visitas en el pasillo junto a las escaleras, y por ellas accedimos a la primera planta.

Una habitación de invitados con su propio cuarto de baño, un despacho, una acogedora biblioteca con primeras ediciones, y el dormitorio principal, con cuarto de baño y vestidor.

Todo en el ático era sobrio y masculino, a la par que elegante, y cada rincón de ese lugar olía a él, a Dereck Evans.

—Un ático muy bonito y, sobre todo grande —sonreí—. Es como ver seis apartamentos míos juntos.

—¿Hace mucho que vives sola?

—Unos añitos, sí. Mis padres querían que me mudara con ellos, pero después de tantos años lejos de mi tierra y sin ellos, me acostumbré a la soledad.

—Así que, dijiste que eres de Málaga.

—Sí, una andaluza en Seattle —reí.

—¿Qué te trajo aquí?

—Uf, esa conversación no es para un simple vaso de whisky. Y tampoco quiero hablar de ello ahora.

—¿Qué quieres hacer, Martina? —preguntó con ese tono de voz que empleó la noche de la fiesta de disfraces, cuando me besó por haber pagado un precio más alto que ninguna otra persona antes en una rifa.

En el momento en el que vi que lo tenía tan cerca de mi cuerpo que su aroma me envolvía como si pudiera abrazarme, lo miré a los ojos y supe que lo que pasara a continuación podría ser una locura, una mala, malísima idea.

—Porque yo sí sé lo que quiero hacer —dijo en un susurro mientras colocaba un mechón de cabello tras mi oreja.

Lo siguiente que hizo fue sostener mi cabeza con esa mano, al tiempo que se inclinaba, sin dejar de mirarme fijamente, y posó sus labios sobre los míos.

Aquello comenzó como un leve roce, algo rápido y suave, hasta que entreabrió los labios y sentí la punta de su lengua acariciando los míos para que le diera paso. Lo hice, y dejé que ambas se encontraran, compartiendo con él un beso cálido y húmedo con sabor a whisky.

Apoyé la mano en su pecho, ese que bajo la tela de la camisa se notaba duro y que desprendía calor. Escuché el sonido que hizo el vaso de Dereck sobre la cómoda junto a la puerta del baño cuando lo dejó, y noté que me quitaba el mío de la mano.

No tardé en sentir esa otra mano suya en mi cintura, apretando levemente mientras me acercaba hacia su cuerpo, de modo que noté su virilidad en mi vientre.

Aquello hizo que la neblina que rodeaba mi mente se disipara un poco, que hiciera a un lado el deseo y lo que ese hombre le provocaba a mi cuerpo, apartándome de él y agachando la mirada.

—No podemos hacer esto —dije en un leve susurro.

—¿Por qué no, si lo dos deseamos hacerlo?

—Porque es usted mi jefe, señor Evans.

—Olvida eso por esta noche, Martina —dijo llevando dos dedos a mi barbilla haciendo que volviera a mirarle—. Olvida que yo soy el señor Evans y tú la señorita Díaz. Simplemente déjate llevar, permite que pase lo que tenga que pasar esta noche.

—¿Y mañana? ¿Y el lunes en el trabajo?

—Ya se verá, preciosa, por ahora, sé libre de hacer lo que deseas —susurró volviendo a acariciarme la mejilla e inclinándose para besarme.

Y lo hizo, posó sus labios de nuevo en los míos y aquello me llevó a dejar de pensar en que Dereck Evans era mi jefe. En ese momento, en esa habitación, era solo un hombre besándome.

Me cogió en brazos y no tardé en notar la cama bajo mi cuerpo, se apartó y tras quitarse la chaqueta y la corbata comenzó a desnudarme poco a poco mientras besaba cada rincón de mi cuerpo y lo acariciaba haciendo que me excitara con cada segundo que pasaba.

Cuando me quedé completamente desnuda en su cama se desprendió del resto de su ropa y separó mis piernas quedándose de rodillas en el suelo. Sostuvo mi tobillo y comenzó a besarlo, subiendo por la pierna con esos suaves y cortos besos hasta llegar al interior del muslo.

Cerré los ojos y jadeé cuando dos dedos de su otra mano entraron en contacto con mi entrepierna, deslizándose despacio entre los labios vaginales, acariciando el clítoris.

Se centró en eso unos minutos hasta que llevó ambos dedos a la entrada de mi vagina, adentrándose poco a poco a esa zona mientras me estremecía y gemía.

Comenzó a penetrarme más deprisa y grité en el instante en el que su lengua lamió lentamente mi clítoris.

Dereck me llevó a excitarme aún más sin detenerse un instante, jugando con su lengua en mi centro del placer, penetrándome una y otra vez hasta hacer que todo mi cuerpo se estremeciera mientras sentía el momento exacto en el que se formaba el orgasmo.

Acabé liberando el clímax clavando con fuerza mis dedos en la cama.

Dejó un beso en mi zona íntima y se acomodó entre mis piernas mientras besaba el vientre y subía hasta los pechos, deteniéndose en uno de ellos para lamer y mordisquear el pezón antes de ir a por el otro.

Siguió besándome el cuello y la barbilla y acabó en mis labios, compartiendo no solo el resultado del orgasmo que él mismo había provocado, sino el sabor del whisky que aún permanecía en nuestras bocas.

Acaricié su espalda, pasé las yemas de mis dedos por ella sintiendo cada músculo de ella al moverse, la arañé suavemente con las uñas y llevé las manos a su cabello, entrelazando los dedos y tirando de él cuando notaba su dura y caliente virilidad sobre mi clítoris.

—Dereck —gemí arqueando la espalda.

—Me gusta cómo dices mi nombre, preciosa —susurró mordisqueándome el lóbulo de la oreja.

Noté que se movía, escuché el cajón de la mesita y poco después lo vi ponerse un preservativo antes de penetrarme, despacio, mientras me besaba.

Cuando se hundió en mí por completo clavé las uñas en sus hombros y comenzamos a movernos al unísono, él entrando y saliendo con su miembro erecto, excitándome a casa segundo y yo, en busca de sus embestidas.

Rodamos por la cama en más de una ocasión, intercambiando las posiciones, quedando sobre él, que me agarraba con fuerza las nalgas y las caderas para hacer que me moviera más deprisa cada vez.

Cuando volví a quedar recostada con él entre mis piernas, comenzó a penetrarme más y más rápido, más profundo, hasta hacer que todo mi cuerpo se erizara, preparándose de nuevo para un orgasmo tan intenso como esperado.

Alcanzamos juntos el clímax y Dereck apoyó la frente en la almohada, con su rostro pegado al mío, respirando de manera agitada igual que yo, en busca de recobrar el aliento.

—¿Qué hemos hecho? —dije cuando me dio un beso en la mejilla y nuestras miradas volvieron a encontrarse.

—Dejarnos llevar, Martina, solo eso —hizo un guiño y se retiró, me cogió de la mano para hacer que me levantara también y fuimos al cuarto de baño.

Tras deshacerse del preservativo cogió una toalla que humedeció, y separando mis piernas, la pasó por mi zona íntima mientras me daba unos suaves besos en la espalda y luego se aseó él, antes de cogerme en brazos y llevarme de vuelta a la cama.

—Debería irme a mi casa.

—Yo te llevo mañana, es tarde —nos cubrió con las sábanas y me rodeó por la cintura con el brazo, pegándome bien a su cuerpo.

—Pero…

—Nada de peros, señorita Díaz. Es hora de dormir.

—¿Así que cuando me vaya a dar una orden, seré la señorita Díaz? —Arqueé la ceja mientras lo miraba por encima del hombro.

—Efectivamente —me dio un beso en los labios.

—No deberíamos haber hecho esto, soy tu asistente —suspiré.

—Eres mi asistente dentro de *Turner Magazine*, fuera de ella, no.

—No va a salir bien, si se entera alguien de la revista, seremos la comodilla, estaremos en boca de todos.

—Eso no pasará, Martina. Y ahora, cierra los ojos, deja la mente en blanco y descansa, preciosa. Buenas noches —me dio un beso en el cuello y apretó aún más fuerte su abrazo.

No me podía creer que me hubiera acostado con mi jefe apenas unos días después de convertirme en su asistente.

Capítulo 10



Me desperté un poco sobresaltada al escuchar una puerta cerrándose, miré por encima del hombro y no reconocí la habitación, pero no tardé en recordar que era la de mi jefe, Dereck Evans.

—Dios, no —me cubrí la cara con ambas manos, suspirando.

La había liado, pero bien, no debía haberme acostado con él y ahí seguía, en su cama, envuelta en esas suaves y cálidas sábanas que olían a él.

Escuché el agua en el cuarto de baño y supe que iba a ducharse, tal vez aquella era la mejor oportunidad para irme, huir como una cobarde, pero podía escuchar a Janet y Eric como si fueran mi pepito grillo particular diciéndome que debía enfrentarme a lo que había hecho.

Resoplé mientras me tapaba con la sábana por completo, pero no fue una idea porque el aroma de Dereck estaba por todas partes y no me ayudaba a pensar con claridad.

No sabía el tiempo que había pasado allí sola perdida en mis pensamientos, mortificándome por el hecho de haber tenido sexo con mi jefe, cuando volví a escuchar que se abría la puerta y al mirar, vi a aquel hombre con el cabello húmedo, gotas de agua deslizándose aún por su torso y desapareciendo bajo la toalla que llevaba en las caderas.

—Buenos días —saludó con esa sonrisa de medio lado que hacía aflorar el hoyuelo en su mejilla—. ¿Cómo has dormido? —preguntó apoyando una rodilla y ambas manos en la cama, inclinándose para darme un beso en los labios.

—Buenos días. Bien, he dormido bien. ¿Y tú?

—Mejor que nunca —me dio otro beso y se levantó para ir hacia el vestidor.

—Debería irme a casa.

—Primero vamos a desayunar —dijo al salir usando únicamente un pantalón de chándal negro —. Toma, puedes ponértela —me dio una camiseta blanca y me la puse sin destaparme—. ¿En

serio tienes vergüenza de que te vea desnuda? Porque te recuerdo que anoche te vi.

—No me lo recuerdes, por favor —resoplé saliendo de la cama—. Me acosté con mi jefe, y esa es la mayor y más grande estupidez que he hecho en mi vida. No te lo tomes a mal, pero es que nunca me había acostado con un jefe.

—Mientras me digas que estuve a la altura y te dejé satisfecha, no me lo tomo a mal —me rodeó por la cintura con ambos brazos y me dio un beso en la punta de la nariz—. ¿Qué te apetece desayunar?

—Café, eso es lo que más necesito por las mañanas.

—Bien, tengo café de sobra. ¿Y para comer?

—Lo que tengas, no soy exquisita con la comida.

—Vamos —entrelazó nuestras manos y bajamos hacia la cocina.

Una vez allí me sentó en uno de los taburetes sin dejarme hacer nada, dijo que él se encargaba de todo.

Puso la cafetera con un par de cápsulas, cogió pan en rebanadas para tostarlas y sacó pavo loncheado, aguacate y un tomate que cortó en rodajas.

Ni siquiera dije una sola palabra para no molestarlo, pues se veía concentrado y diría que incluso relajado mientras preparaba el desayuno. Cuando terminó, me puso un plato con dos tostadas con una pinta buenísima, y una taza de café humeante al que le di un sorbo, antes que nada.

Cogí una tostada y tras el primer bocado, gemí.

—¿Tenías hambre, o es que te ha gustado la tostada?

—Las dos cosas —sonreí—. Está muy buena, tienes dos puntos en cocina.

—Vaya, eso sí que no lo esperaba —se sentó a mi lado—. ¿Qué planes tienes para hoy? —preguntó cogiendo su café.

—Pues… tengo algunas cosas que hacer en casa, y pasaré la tarde en el sofá con una manta, un libro y un café.

Dereck negó al tiempo que mostraba esa media sonrisa con hoyuelo que tanto me gustaba, y seguimos desayunando hasta que no quedó nada en nuestros platos.

Lo ayudé a recoger y fuimos a la habitación a vestirnos, donde Dereck no se privó de darme algún que otro beso.

Salimos del ático media hora después y me llevó a casa, donde nos despedimos con un beso en los labios.

—Nos vemos el lunes, jefe —dije abriendo la puerta.

—Te recuerdo que solo soy tu jefe en la revista, fuera de ella quiero que me llames Dereck —dijo acariciándome la mejilla.

—Es una locura, de verdad te lo digo —suspiré—. Adiós.

—Adiós, preciosa.

Subí a mi apartamento y me di una ducha de esas largas y relajantes que tanto me gustaba disfrutar.

Cuando terminé puse pasta a cocer y preparé una salsa boloñesa para acompañar. Estaba en ello cuando me llegó un mensaje de Janet para saber cómo estaba Alec.

Martina: *Iré a verlo después de comer, te digo luego cómo está. Aunque imagino que de haber empeorado me habrían avisado.*

Janet: *Cuando ese hombre recupere la memoria espero que valore lo que haces por él, porque si fuese yo, lo habría dejado a su suerte. En fin, después me cuentas. Te quiero.*

Sí, yo también debería haberme desentendido de Alec y su accidente, pero no era moral ni ético dejarlo solo en estos momentos, a pesar del daño que me hizo cuando aún éramos pareja.

Comí, me tomé un café y salí de casa para ir a comprar algunas cosas de aseo para Alec. Pensé en comprar también algo de ropa, así que cogí unos vaqueros, un jersey, un abrigo y ropa interior que pudiera usar cuando le dieran el alta.

Cuando llegué al hospital subí a la tercera planta donde estaba su habitación, y al entrar vi que estaba viendo una película.

—Hola —saludé.

—Hola cariño —sonrió—. Ya pensé que no vendrías.

—Bueno, tenía trabajo pendiente que hacer, como no fui a la oficina estos días…

—Me alegro de que hayas venido.

—¿Cómo estás? —pregunté dejando las bolsas en el sofá.

—Con algo de dolor, pero lo controlan con pastillas. Prácticamente estoy a base de calmantes todo el día.

—Verás que se acabará pasando. ¿Recuerdas algo… del accidente? —curioseé.

—He tenido algunos recuerdos, sí. Iba conduciendo de camino a casa, pero no sé de dónde venía. El algún momento creo que perdí el control del coche, vi las luces de otro que venía en dirección contraria, di un volantazo y lo siguiente fue despertar aquí, contigo en la habitación.

—No es mucho, pero algo es algo. Alec. ¿Puede ser que hubieras estado cenando con alguien? Es que en los análisis de sangre encontraron restos de alcohol.

—No lo sé, cariño. ¿A ti te dije si tenía una cena esa noche?

—No —mentí, porque no podía decirle aún que ya no éramos pareja desde hacía años—. He comprado algunas cosas para aseo, tienes que afeitarte antes de que esa barba crezca como la de Santa Claus.

—Sí, noto que ya pica —rio.

—También he traído ropa para cuando te den el alta. ¿Te han dicho cuándo podrás irte a casa?

—El médico me ha dicho esta mañana que podría ser en unos días, dependiendo de cómo evolucione. Han vuelto a hacerme un tac, quiere mantenerme bien vigilado por el golpe en la cabeza.

—Bueno, pues tienes que ser un buen paciente, hacer caso de lo que te diga el médico, y descansar.

—A la orden, jefa —dijo, al tiempo que hacía el saludo militar con la mano derecha.

—No soy tu jefa —sonreí mientras recordaba todas esas veces que dijo aquello en el pasado.

—Gracias por estar aquí, cariño —dijo cogiéndome la mano cuando terminé de colocarle las almohadas para que estuviera en una mejor postura, y la retiré al sentirme algo incómoda.

—¿Quieres algo de beber?

—Agua, no puedo beber otra cosa.

Asentí y salí de la habitación, me apoyé en la pared y cerré los ojos unos instantes mientras cogía aire. Aquello iba a ser duro, no podría fingir eternamente y él ya me miraba raro cuando

llegaba y me marchaba sin darle un beso.

Fui hacia la zona donde estaban las máquinas expendedoras y mientras me preparaba un café compré su botella de agua.

Ojalá pudiera decir algo más sobre el accidente que había tenido, la policía quería saber más al respecto y les dije que les llamaría si averiguaba algo.

Pero con lo que me había dicho no podrían averiguar gran cosa.

Tampoco sabía si su coche tenía GPS para ver dónde había estado antes del accidente, por lo que no era de mucha ayuda para ellos.

Regresé a la habitación y mientras él se bebía aquella botella de agua y yo me tomaba el café, me preguntó si le había contado algo a sus padres. Suspiré y sonreí para volver a mentir.

—No, no lo he hecho. Tú dijiste que no querías que se preocuparan, además están de viaje, una especie de luna de miel —rio al escucharme—. Deja que disfruten, ya les llamaremos.

—Sí, tienes razón. Cuando salga de aquí, en cuanto vuelva a casa, les llamaré y se lo contaré, no antes.

—Mejor, que solo se preocupen por tu brazo y la rehabilitación que tendrás que hacer.

Alec asintió y nos volvimos a quedar en silencio viendo la película, hasta que se quedó dormido poco después.

Aproveché para escribirme con Janet y contarle cómo estaba Alec. Mientras hablaba con mi amiga me entró un mensaje y vi que era Dereck quien acababa de escribirme.

Dereck: *Hola, preciosa. ¿Qué tal tu tarde sofá, libro y café? Me preguntaba si te gustaría cenar conmigo, ¿te gusta la comida asiática? Hay un restaurante cerca de la revista que deberías probar.*

Martina: *Está siendo una tarde tranquila. Y sí, me gusta la comida asiática. Pero vuelvo a decirte que esto es una locura. No deberíamos vernos fuera del trabajo.*

Dereck: *Tómalo como una cena de trabajo, podemos hablar de algunas empresas que quieren publicidad en la revista. ¿A las ocho te va bien que pase a buscarte?*

Suspiré dejando caer la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, me apetecía cenar con él, no iba negarlo, pero no dejaba de ser una auténtica locura.

Janet: *Sigues en línea, pero no respondes. ¿Todo bien?*

No había leído su último mensaje, y tampoco quería contarle aún que me había liado con uno de mis nuevos jefes. Me limité a decirle que estaba hablando con una de las enfermeras que pasó a ver cómo estaba la medicación que le suministraban a Alec, y le dije que nos veríamos al día siguiente. Al menos así se quedó un poco más tranquila.

Escribí la respuesta que Dereck aún estaba esperando.

Martina: *Me va bien a esa hora, sí. Nos vemos. Adiós.*

Dejé el móvil sobre mis piernas con un nuevo suspiro, y en ese momento se abrió la puerta y vi entrar a una enfermera sonriendo que venía a comprobar el medicamento de Alec.

Me quedé con él hasta que despertó, cuando preguntó si no me quedaba para cenar con él le dije que tenía que ayudar a mis padres con unas cosas en casa, pero que volvería al día siguiente por la tarde para verlo otro rato.

De nuevo se quedó mirándome con esa cara sin entender por qué no le daba un beso antes de irme, pero es que yo podría fingir muchas cosas, pero un beso no estaba entre esas cosas.

Capítulo 11



A las ocho estaba saliendo por la puerta del edificio y vi a Dereck esperándome junto a su coche.

—Hola —sonreí.

—Hola —se inclinó para darme un beso—. Estás preciosa.

—Gracias —dije notando cómo me sonrojaba. Me había puesto unos pantalones pitillo beige, con un jersey negro, así como las botas hasta las rodillas y el abrigo.

Dereck abrió la puerta y me senté, notando el calor que había en el interior del coche y me daba la bienvenida.

No tardó en ponerse al volante y conducir hasta la zona en la que estaba la revista en la que trabajábamos.

Preguntó cómo me había ido el día y si pude hacer todo lo que tenía pendiente en casa y dije que sí, pasamos el resto del camino hablando sobre una de las empresas de la lista que no terminaba de saber si encajaría en la revista.

Cuando llegamos al restaurante, una de las camareras nos acompañó a la mesa que Dereck había reservado y pedimos vino para beber.

—Así que te gusta la comida asiática —dije mientras abría la carta para ver qué pedía para cenar.

—Sí, en especial el *sushi*, y los *dumplings* —contestó—. Pero me gusta todo en general. ¿Y a ti?

—Sin duda el *sushi* —sonreí.

—Pues el de aquí te va a encantar.

—¿Habías comido antes en este restaurante?

—Varias veces, sí. Cuando John y yo hemos venido a visitar a Steven, nos traía aquí.

—Según dijo Steven, vuestra SEDE está en Manhattan, así que imagino que vivías allí.

—Así es, pero nos mudamos aquí para estar más involucrados en la revista. Vendimos el edificio y compramos los áticos aquí, además de poner una SEDE para algunos empleados que quisieron venir con nosotros.

—¿Han decido qué van a tomar? —preguntó la camarera, cuando nos dejó el vino.

—¿Qué te parece si pedimos varios platos de *sushi* variados, y unos *dumplings*? —propuso.

—Por mí, perfecto —sonreí.

La camarera apuntó lo que Dereck pidió y volvió a marcharse dejándonos solos.

—¿Vas a contarme qué te trajo a ti a Seattle? —curioseó, cogiendo su copa de vino para dar un sorbo.

—Bueno, vine aquí a los veintidós años de vacaciones un mes en verano, me gustó la ciudad, conocí a un chico, me enamoré, volví a Málaga y estuvimos hablando todo un año, hasta que decidí dejar mi casa y mi vida allí para estar con él. Trabajamos en la misma empresa, y después de cuatro años, tres viviendo juntos desde que me vine, se acabó. Mis padres se vinieron hace tres años, no querían seguir lejos de su única hija —sonreí.

—Así que viniste por amor y te quedaste por trabajo.

—En realidad dejé el trabajo cuando rompimos. Como he dicho estábamos en la misma empresa, al igual que la mujer con la que me engañó.

—Vale, o sea que la ruptura fue por una tercera persona.

—Sí, pero ya está superado —sonreí cogiendo mi copa—. ¿Qué hay de ti? ¿Alguna ex señora Evans?

—No, no he estado nunca casado, pero sí estuve a punto de prometerme una vez —contestó —. Salimos juntos cuando íbamos a la universidad, y en el último año tenía incluso el anillo comprado para pedírselo cuando nos graduáramos.

—¿Y se lo pediste?

—No, rompimos ese día. La encontré con su profesor de finanzas.

—Espera, ¿ella estaba liada con uno de sus profesores?

—Sí, no era mucho mayor que nosotros, tenía unos, creo que treinta y dos años en nuestro último curso.

—Así que somos el resultado de una ruptura con infidelidad. ¿Volviste a tener contacto con ella?

—No, nunca. Supe que se casó con el profesor al año siguiente, estaba embarazada, y siguen juntos después tanto tiempo. Tienen tres hijos. Me alegro por ella, aunque no lo parezca.

—Eso es admirable.

—Gracias.

La camarera regresó con la cena y el resto de la velada la pasamos hablando de nuestras vidas. Dereck y Kate perdieron a sus padres hacía diez años y desde entonces estaban mucho más unidos, aunque según dijo siempre lo estuvieron.

Me contó que viajaba mucho para ver edificios que poder comprar y después vender, así que se pasaba varias semanas en el avión privado yendo de un lugar de Estados Unidos a otro, y John siempre lo acompañaba.

Después de la cena, esa en la que no faltaron ni las miradas cómplices ni las caricias en la mano, y de tomarnos un chupito de licor, me invitó a ir a su ático a tomar una copa.

—No, esta vez no —dije tras dejar el vaso de chupito en la mesa—. Anoche íbamos a tomar una copa y acabamos en la cama.

—Y no me arrepiento —contestó, cogiéndome la mano—. Martina, a estas alturas no es ningún secreto que me atraes, y mucho.

—Eres mi jefe, Dereck.

—Solo en la revista, fuera no tengo por qué serlo. Y quiero que nos conozcamos más.

—Nos estamos complicando la vida —negué, mirando mi vaso vacío.

—Yo no lo veo así, preciosa —acarició el interior de mi muñeca—. Somos dos personas adultas que se atraen y no le deben explicaciones a nadie.

—No quiero que esto repercuta en mi trabajo, no me gustaría que los compañeros hablaran de lo que no saben. ¿Y si piensan que ascendí porque tú y yo…?

—No nos conocíamos de antes —me cortó—. Y nadie sabe que John y yo estuvimos en la fiesta de disfraces, que sé que lo estás pensando.

—Nunca me había liado un jefe —suspiré.

—Pues me alegro de ser el primero —sonrió al tiempo que hizo un guiño—. ¿Una copa en mi casa, entonces?

—Solo porque me gustó el whisky que tienes.

—Claro, solo es por el whisky —rio.

Pagó la cuenta y tras ponernos los abrigos salimos del restaurante para coger el coche e ir a su ático.

Durante el camino Dereck no me soltó la mano ni un instante, incluso se la acercó a los labios para dejar algún que otro beso en el dorso.

Cuando cruzamos la puerta de su ático me llevó hasta el salón y me quedé frente a la chimenea mientras él preparaba las bebidas. No tardó en volver y darme el vaso de whisky.

—Por los comienzos —dijo chocando el suyo con el mío a modo de brindis.

Ambos bebimos y no tardó en colocarse a mi espalda, rodeándome con el brazo por la cintura.

Miré hacia el mueble que había al lado y vi una foto en la que sin duda estaban él y su hermana Kate, junto a los que debían ser sus padres.

—Te pareces a tu padre.

—Eso decía mi madre —rio.

—¿Qué les pasó?

—Iban de viaje a la India, celebraban su aniversario, el avión sufrió algún tipo de avería y dejaron de emitir señal. A pesar de que enviamos a buscarlos por la zona en la que se perdió la señal, no los encontraron.

—Lo siento mucho —le acaricié la mejilla.

—Gracias, preciosa —se inclinó y me dio un beso en los labios.

Nos quedamos allí tomándonos el whisky junto al fuego hasta que Dereck me quitó el vaso para dejar los dos sobre la mesa y me cogió en brazos volviendo a besarme.

Caminó así conmigo hasta la habitación donde me dejó de pie frente a él y comenzó a desnudarme despacio, igual que la noche anterior.

En el momento en el que estuve completamente si nada de ropa, se quitó la chaqueta y la camisa antes de arrodillarse ante mí.

—Separa las piernas —me pidió, mirándome fijamente mientras acariciaba una muy despacio.

Lo hice y lo vi besarme el interior de un muslo y después el otro, hasta que sentí la punta de su lengua deslizándose por mi clítoris.

Gemí dejando caer la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y tuve que agarrarme a sus hombros para no caer por lo que estaba sintiendo.

Noté que me recorría un escalofrío por todo el cuerpo, y seguí gimiendo cada vez más, cuando comenzó a penetrarme con dos dedos. No se detuvo, ni con la lengua ni con esos dedos jugando en mi interior, hasta que me escuchó gemir mientras me corría con fuerza.

Temblé al notar que pasaba la lengua una última vez por mi clítoris después de aquel orgasmo y me mordí el labio cuando sus ojos azules y brillantes por el deseo se encontraron con los míos.

Se incorporó y mientras me besaba le desabroché el pantalón y lo dejé caer a sus pies, se quitó el bóxer y en cuanto estuvo desnudo me cogió en brazos, recostándome en la cama.

Nos quedamos allí entre besos y caricias unos minutos, hasta que me pidió que me tumbara bocabajo en la cama con las piernas separadas. Lo hice y sentí sus manos en una de mis piernas, masajeándome despacio, subiendo a las nalgas y bajando por la otra.

Comenzó a dejar pequeños besos en la espalda al tiempo que también la masajeaba y tras un último beso en el cuello escuché que abría el cajón de la mesita. Cuando se puso el preservativo colocó una almohada bajo mis caderas de modo que quedaron ligeramente elevadas.

Entrelazó nuestras manos y sentí cómo se abría paso en mi vagina con su dura y gruesa erección, comenzó a moverse despacio mientras me besaba el cuello, el hombro y la espalda, y fue aumentando el ritmo de sus embestidas poco a poco hasta hacerlo con tanta fuerza y de manera tan profunda, que sentí que me llenaba por completo.

Mis gemidos se mezclaban con los suyos y con el sonido de nuestros cuerpos chocando con cada nueva penetración, noté el escalofrío que precedía al orgasmo y cuando Derek fue consciente de que apretaba sus maños con más fuerza comenzó a moverse más y más rápido cada vez, hasta que ambos llegamos al clímax.

Me corrí gritando con todas mis fuerzas mientras él seguía moviéndose, entrando y saliendo, llegando a los más profundo de mi ser.

Apoyó la frente en mi hombro y los dos nos quedamos allí con el cuerpo aún tembloroso y la respiración agitada.

Cuando recobramos el aliento se retiró y, al igual que la noche anterior, me llevó al cuarto de baño para asearnos antes de volver a la cama, donde me pegó a su cuerpo desnudo y caliente, me abrazó y tras besarme el cuello me deseó buenas noches.

Había vuelto a ocurrir, me había vuelto a acostar con mi jefe y algo me decía que no sería la última vez que lo haríamos.

Porque cuando dos personas sentían una conexión como la nuestra, cuando se atraían como lo hacíamos nosotros, ¿había algo capaz de hacer que se alejaran el uno del otro sin volver a tentarse?

Capítulo 12



Esa mañana cuando desperté Dereck ya tenía el desayuno preparado, lo tomamos en la cocina al igual que el día anterior, y después de vestirnos me llevó a mi casa, donde tuve el tiempo justo para lavar ropa mientras me daba una ducha, y vestirme para ir a casa de mis padres.

Janet y Eric también vendrían a comer y estaban deseando disfrutar de ese arroz que preparaba mi madre.

Tenía que hablar con mis padres y ponerlos al tanto de lo que ocurría con Alec, ese hombre que ninguno de los tres queríamos de vuelta en nuestras vidas, pero que ahí estaba.

Pasé por la pastelería donde tenían el pastel de limón favorito de mi madre y compré uno para tomar con el café. Cuando llegué a su casa Janet y Eric aún no estaban.

—Acaba de llegar vuestra hija favorita —dije entrando en la cocina, donde ya olía a arroz que alimentaba.

—Raúl, ¿tenemos otra hija y no lo sabíamos? —preguntó mi madre, y me reí.

—Debe ser, porque para que diga Martina que es la favorita…

—Será que no es cierto, vamos —protesté con los brazos en jarra.

—¿Eso es un pastel de limón? —curioseó ella.

—Lo es, pero creo que me lo voy a llevar a casa.

—Ni se te ocurra. Mételo en la nevera para que esté perfecto para el café.

Les di un beso a cada uno en la mejilla y guardé el pastel. Puse la mesa y mi padre abrió un vino para que tomáramos una copita antes de que llegaran Janet y Eric.

—¿Qué tal en la revista, cariño? —preguntó mi padre.

—Muy bien —sonreí—. No os había comentado nada aún por si no era algo definitivo, pero se ve que sí lo es.

—¿El qué?

—El dueño de la revista tiene dos socios inversores desde los inicios, y ahora han venido a la ciudad para involucrarse más con él. Necesitaban una asistente y como soy la más antigua, después de Janet…

—¿Te han ascendido?

—Sí, mamá —sonreí—. En realidad, sigo siendo asistente, solo que, en vez de serlo de un jefe de departamento, lo soy de dos socios. Estoy en la planta justo debajo de la del dueño.

—Ay, cariño, eso es una buenísima noticia —mi madre me dio un abrazo al que correspondí con fuerza.

—Felicidades, hija, un ascenso siempre es bueno, quiere decir que tienen en cuenta tu valía.

—Gracias, papá —también me abrazó.

—Así que cuando vayamos a verte, tendremos que subir a la penúltima planta.

—Sí.

—Y pensar que no nos pareció buena idea cuando te viniste aquí…

—Lo sé, mamá, fue una mala decisión, pero lo hecho, hecho está.

—Sí cariño, no podemos borrar el pasado ni lo que hemos hecho.

—Hablando de pasado, tengo algo que contaros —dije mientras miraba mi la copa de vino que tenía en la encimera.

—Martina, ¿va todo bien? —mi padre puso la mano en mi hombro y negué.

—Alec ha vuelto.

—¿Cómo qué ha vuelto? —Mi madre frunció el ceño— No me digas que después de tantos años se arrepiente de lo que hizo.

—No, no es eso. A ver, es que el otro día recibí una llamada del hospital, me dijeron que Alec estaba allí, había tenido un accidente y llamaron a todos los números que tenía en sus contactos asociados para las emergencias y… el mío aún estaba entre ellos.

—¿Todavía? No me lo puedo creer.

—Pues la cosa no acaba ahí, mamá.

En ese momento llamaron al timbre y fui a abrir, necesitaba unos minutos antes de contarles a mis padres el resto.

—Hola, guapísima —Janet sonrió al verme y me dio un abrazo.

—Vaya cara tienes —dijo Eric, cuando me saludó con otro abrazo.

—Eso es que ya has hablado con tus padres del amnésico.

—No, bueno, casi. Estaba en ello, Janet.

—Genial, llegamos justo a tiempo para darte apoyo moral —me hizo un guiño y tras dejar sus abrigos en la entrada, me acompañaron a la cocina—. ¡Jimena! Pero qué guapa estás —le dijo a mi madre—. Y qué bien huele ese arrocito, por favor.

—Janet, hija, tú sí que estás guapa —la abrazó—. Eric, a ti no te digo nada que mi marido se pondría celoso —sonrió antes de abrazarlo también.

—No, mujer, tú dilo, que él no se enfada, ¿verdad, Raúl?

—No, a mis años estoy curado de espanto, que se dice en nuestra tierra.

Reímos y tras los abrazos, mi padre les sirvió una copa de vino a cada uno. Entonces retomé el tema de conversación.

—Como os decía, fui al hospital para ver cómo estaba Alec, sabéis que no tiene más familia —ambos asintieron—. Al parecer fue un choque fuerte, tenía varias magulladuras, se rompió el brazo izquierdo por varios sitios y tuvieron que operarlo, pero se dio un golpe en la cabeza y es lo que más le preocupa al médico, por eso sigue allí para ver cómo evoluciona.

—¿Desde cuándo está ingresado? —preguntó mi padre.

—Desde el miércoles por la noche. El caso es que cuando me vio, me reconoció como su novia y preguntó por sus padres.

—Pero, si ellos están muertos y contigo rompió incluso antes —dijo mi madre—. ¿Cómo es posible que…?

—Ha perdido la memoria, ¿verdad? —interrumpió mi padre.

—Sí —respondí—. He estado yendo al hospital para interesarme por él, los médicos me dijeron que no era bueno contarle de golpe todo: que no éramos pareja, que sus padres murieron…

—¿Saben si la recuperará?

—No están seguros, mamá. Puede que sí, o puede que no. Si lo hace pueden pasar días, semanas, meses.

—Yo he oído casos de que la recuperaron tras algunos años, y otros que nunca la recuperaron —dijo Eric.

—Cariño, si no la recupera nunca, habrá que hablar con él, no vas a atarte a un hombre que siga pensando que eres su novia después de lo que te hizo.

—Ya cruzaremos ese puente cuando toque, papá, por el momento solo quiero asegurarme que está bien. Sus jefes están al tanto, y su ex también, pero ella directamente no quiere saber nada de Alec.

—No es de extrañar, al parecer a ella le hizo lo mismo que a Martina —comentó Janet.

—Bueno, al menos sabe lo que te hizo pasar a ti —dijo mi madre.

—Entonces, ¿sigue en el hospital?

—Sí, ayer me volvió a preguntar si le había dicho algo a sus padres, le dije que no y además le mentí, dije que estaban de viaje y no íbamos a preocuparles.

—Cariño, habla con los médicos y que te digan la mejor manera de contarle la verdad, no quiero que te ates a él, no sería bueno si se aferra a lo que recuerda de ti.

—Lo sé papá, pero sea lo que sea que puedo hacer para contarle la verdad y sin que colapse, lo haré poco a poco y con la ayuda de los médicos.

—Además nos tiene a nosotros —dijo Eric, pasándome el brazo por los hombros—. Si tenemos que ir al hospital con ella, iremos.

—Sí, no está sola, somos un equipo —secundó Janet.

—Y qué sería de vosotros sin los otros dos, sois vuestros complementos perfectos —dijo mi madre.

—Bueno, el arroz ya está, así que, ¿qué os parece si comemos?

—Por mí, perfecto Raúl, que el arroz de Jimena sabes que es mi perdición —contestó Janet.

Comimos en familia como habíamos hecho otras veces, reímos y charlamos del trabajo, tomamos café con el pastel de limón y quedamos en volver a comer con ellos otro día, cuando nos despedimos.

Salí de casa de mis padres y puse rumbo al hospital para ver cómo se encontraba Alec, además, hablaría con los médicos para ver el mejor modo de contarle la verdad.

Capítulo 13



Llegué a la revista y como siempre, mientras se encendía el ordenador, fui a preparar el café para Dereck, o sea, para el señor Evans.

Esto de pensar en él como Dereck y no como mi jefe, acabaría por jugarme una mala pasada y podría llamarlo así delante de otra gente.

Regresé a mi puesto dando un sorbo al café y en ese momento llegaron los dos, mis jefes, que salieron del ascensor hablando sobre una reunión.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días, ese café huele de maravilla —dijo el señor Collins, con una sonrisilla.

—Entendido, ahora le llevo uno —reí.

—Me salvas la vida —se acercó para darme un abrazo y me quedé inmóvil viendo cómo Dereck sonreía—. No he dormido muy bien, y necesito un chute de cafeína —se apartó.

—Ahora se lo llevo.

—Genial, gracias.

Entraron en el despacho de Dereck, dejé mi café en el escritorio y fui a preparar el del señor Collins, dado que el otro estaba listo y solo le di un golpecito de calor en el microondas.

Entré al despacho sin llamar puesto que tenían la puerta abierta y les di el café, sonreí al ver al señor Collins dando un sorbo y cerrar los ojos mientras los saboreaba.

—Voy a necesitar muchos de estos hoy —dijo.

—Martina —abrí los ojos al escuchar a Dereck llamarme por mi nombre, y no señorita Díaz, como siempre hacía, algo que para el otro jefe tampoco pasó desapercibido.

—¿Señor?

—John tiene que ir a ver un edificio ahora por la mañana, y yo debo acudir a una reunión, quiero que me acompañes.

—¿Es con alguna de las empresas que quieren publicidad en la revista? —curioseé.

—No, es con el dueño de un par de casas que estamos intentando comprar.

—Lo acompañaría yo, pero surgieron las dos reuniones a la misma hora y no podemos cancelar ninguna —comentó mi otro jefe.

—Lo acompañaré, entonces. ¿A qué hora nos vamos?

—La reunión es a las once, saldremos de aquí media hora antes.

—Bien, voy a dejar todo el trabajo hecho antes de irnos.

—Perfecto —contestó, y me giré para salir.

—¿Yo también puedo llamarte Martina? —preguntó el señor Collins.

—Eh…

—De hecho, creo que tú también deberías llamarnos por nuestros nombres —dijo Dereck antes de que yo pudiera contestar.

—Claro —asentí antes de dejarlos solos trabajando con la puerta del despacho cerrada.

Ocupé mi puesto y mientras me tomaba el café, preparé algunos informes que me había pedido Dereck la tarde anterior sobre un edificio que había en Washington y querían comprar para venderlo después como apartamentos y no como oficinas, como estaba actualmente.

Ellos se quedaron todo el tiempo en el despacho de Dereck y a las diez y media salieron hablando sobre el edificio que iba a ver John.

—¿Estás lista? —me preguntó Dereck.

—Sí —apagué todo y me puse el abrigo antes de recoger mis cosas—. Este es el informe que me pediste ayer —le entregué la carpeta y la cogió.

—Le echaré un vistazo más tarde. Gracias. John, ya sabes lo que hemos hablado —le dijo mientras íbamos hacia el ascensor.

—Descuida, está todo controlado. Nos vemos —se despidió y fue a su despacho mientras Dereck y yo entrábamos en el ascensor.

Cuando las puertas se cerraron, me rodeó con el brazo por la cintura atrayéndome hacia él y me besó. Me había pillado por sorpresa, de ahí que diera un leve gritito al chocar contra él. Cerré los ojos un instante y disfruté de ese beso con sabor a café, hasta que recordé dónde estábamos.

—Dereck, si se abren las puertas pueden vernos —dije, apartándolo un poco con la mano en su pecho.

—No he podido evitarlo, preciosa —me dio un beso en la nariz—. Desde que te vi esta mañana quería hacerlo.

—Pues tendrás que controlar las ganas.

—Será difícil, pero lo intentaré.

Nos detuvimos en una de las plantas del edificio y se apartó a tiempo de que al abrirse las puertas no pudieran vernos tan juntos. Entraron un par de redactores del departamento de noticias del corazón y bajaron en recepción, por la hora debían ir a tomar café.

Dereck y yo bajamos hasta el parking donde tenía su coche, y nos acomodamos en él para ir hasta la cafetería en la que había quedado para la reunión.

Durante todo el camino me llevó de la mano, incluso acarició el interior de mi rodilla de vez en cuando. Cuando llegamos, aparcó a unos pocos metros de la puerta y entramos a aquella cafetería donde ya estaba esperando el dueño de aquellas casas que quería comprar.

Ambos se saludaron con un apretón de manos, Dereck me presentó como su asistente y nos sentamos para empezar la reunión. Pedimos un par de cafés cuando se acercó el camarero, y empezaron a hablar sobre esas dos propiedades.

Mientras lo hacían pude echar un vistazo al informe que tenía Dereck de cada una de ellas.

El precio de ambas era bastante elevado para las zonas en las que se encontraban, lo sabía porque uno de los compañeros en mi antiguo trabajo se pasó tres meses buscando casa y vio algunas en esas zonas.

—Está claro que las dos casas tienen mucho potencial —comentó Dereck—. La primera es perfecta para familias y la segunda está en una ubicación más céntrica.

—Cierto, la segunda podría utilizarla para alquiler de habitaciones a estudiantes.

—Mi socio pensó en eso también.

—Por el precio de mercado de cada zona —dije, y ambos me miraron—, creo que pide demasiado.

—Bueno, son propiedades con menos de tres años de construcción, en ambos casos la cocina está completamente equipada y han sido recientemente pintadas.

—Entiendo, pero, aun así, el precio por metro cuadrado es superior al de otras propiedades. Además, mis jefes están interesados en adquirir las dos, por lo que, de ser así, podría hacer una rebaja en ambos precios. No es la primera persona con la que negociamos la compra de más de una propiedad, y siempre conseguimos buenos precios.

—Claro, sí, eso se puede mirar, no habría problema.

Dereck me miró con la ceja ligeramente arqueada y le hice un guiño que el dueño de aquellas casas no vio.

Seguimos hablando sobre ello, nos comentó que los dueños eran él y su hermano y que hablaría con él para ver si podíamos llegar a un acuerdo económico que nos beneficiara a todos. Escribí en un papel el importe que según mercado podríamos llegar a pagar por ambas propiedades en conjunto y por cada una de manera independiente, se lo mostré a Dereck y se lo entregó a él.

—Esa es nuestra oferta —dijo cuando cogió el papel—. Si la consideran para vendernos las dos propiedades, llámeme y preparemos los contratos.

—Estaremos en contacto —contestó guardando el papel antes de levantarse para estrecharnos la mano e irse.

—¿Habías hecho esto antes? —me preguntó Dereck cuando salimos de la cafetería.

—No, nunca. Pero en mi anterior trabajo tuve un compañero que vio algunas casas para comprar en esas zonas y el precio de mercado no era tan elevado. Entiendo que estas son prácticamente nuevas porque apenas tienen dos años y medio de construcción, pero pide mucho. Además, por lo que he visto les urge venderlas —respondí antes de subirme al coche.

—Como ha dicho, son dos hermanos, el padre compró esas viviendas y las tenía como patrimonio, falleció hace cosa de tres meses y les quedó a ellos como herencia, pero quieren venderlas porque según dicen no desean tener quebraderos de cabeza si las alquilan.

—Pues que piensen bien en rebajarte el precio, porque en esas zonas pagar lo que piden sería una locura, por mucho que una sea zona residencial prácticamente de lujo, y la otra esté muy céntrica y con la universidad a pocos minutos en coche o autobús.

—Creo que voy a llevarte conmigo a reuniones más a menudo —comentó mientras conducía.

—A ver, que soy tu asistente en la revista, no en tu empresa de inversión —reí.

—Te haré un doble contrato, no te preocupes por eso.

—Ah, ¿voy a estar pluriempleada? Menos mal que no tendré que cambiar de oficina.

—Has estado rápida con eso del precio de mercado, y pidiendo la rebaja. Eres buena, Martina, y no lo digo por quedar bien, sino porque de verdad lo creo.

—Bueno, gracias —sonreí mientras notaba cómo me sonrojaba.

—Te invito a comer, que ya casi es la hora.

—No te preocupes, no tardaremos en llegar a la revista.

—Rectifico. Te invito a comer en mi ático, quiero estar a solas contigo —me dio un apretón en la mano y la acercó a sus labios para darme un beso en el dorso.

Negué, pero si era sincera conmigo misma, eso de comer y estar a solas con él, aunque solo fuera un par de horas, me apetecía, me apetecía mucho.

Capítulo 14



Cuando llegamos al ático de Dereck en el ascensor, me quitó el abrigo y lo dejó en la entrada junto con el suyo.

El olor de la comida llegaba desde la cocina y cuando entramos en ella, me sorprendí al ver allí a una mujer de unos cincuenta años, de cabello castaño.

—María, esa comida huele que alimenta —dijo él, y la mujer se giró sonriendo.

—Pues si huele bien, seguro que te sabe mejor. Hola —me miró.

—Hola —sonreí.

—Ella es Martina, mi asistente y también de John —me presentó—. María se encarga de tener el ático en condiciones como dice ella —rio.

—Dereck es un hombre muy organizado, pero yo lo soy más.

—Creo que eso lo tenéis las dos en común —nos señaló.

—Ya tenéis la mesa puesta —dijo mientras se quitaba el delantal—. Os dejo trabajar. Volveré el jueves.

—Perfecto.

—Ha sido un placer conocerte, Martina —me dio un abrazo—. Es una mujer muy guapa —le dijo a Dereck, haciéndole un guiño antes de ir hacia la entrada, donde se puso el abrigo y cogió el bolso para marcharse.

—No sabía que tenías una mujer que te llevara la casa —dije mientras lo vi sacar el vino.

—María lleva veinte años trabajando para John y para mí. A su casa va todos los lunes y miércoles, y a la mía martes y jueves. Vivía en Manhattan y cuando le dije que nos mudábamos,

no dudó en seguirnos. Tiene un piso no muy lejos de aquí donde vive con su hija Rachel, es una de las secretarias de nuestra SEDE. Tiene veinte años y lleva trabajando para nosotros desde hace dos. María es madre soltera, le ofrecí a Rachel pagarle la universidad y está estudiando finanzas por la mañana y trabajado por la tarde.

—Así que eres un buen hombre —sonreí mientras lo vi sacar la bandeja con lasaña del horno.

—Mi madre siempre decía que, si tenía la posibilidad de ayudar a quien apreciaba, que lo hiciera, y es lo que hago. María tiene cincuenta años y es casi como de la familia, igual que su hija.

—Te entiendo, me pasa lo mismo con Janet y Eric.

Nos sentamos a la mesa, sirvió las copas de vino e insistió en que era su invitada y él serviría la comida. No me dejó hacerlo así que me limité a quedarme allí sentada viendo cómo ponía una generosa porción de lasaña en mi plato.

—Es la mejor lasaña casera que he comido en mi vida —dije tras el primer bocado.

—María es una buena cocinera, no hay plato que se le resista.

—Por su acento, no es estadounidense, ¿verdad?

—No, es puertorriqueña. Vino buscando una vida mejor y la encontró, o eso creía cuando conoció al padre de Rachel. Era el hijo del matrimonio para el que trabajaba como interna en su casa, ella tenía veintiséis años cuando él se mudó con ellos tras pasar dos años como médico residente en Boston, surgió la chispa, y estuvieron juntos tres años. Pero cuando le dijo que estaba embarazada, él no quiso hacerse cargo. Habló con los jefes sin decirles quién era el padre, les dijo que se marchaba y le arreglaron los papeles para darle un buen finiquito. No tardó mucho en encontrarme a mí, me dijo desde el primer momento que estaba embarazada y cuando tuvo a la niña contraté a otra chica para cubrirla. En cuanto pudo incorporarse al trabajo lo hizo llevando a la pequeña con ella para no dejarla en una guardería. Conozco a Rachel desde que era una adorable bebé.

—Tienen suerte de contar contigo —dije tras otro bocado de lasaña.

Seguimos comiendo mientras hablábamos de las dos casas que quería comprar, pondría a John al día de todo cuando lo viera en la oficina por la tarde y esperarían a ver qué decisión tomaban.

Durante el café la conversación pasó a ser un poco más íntima, centrándose en la relación con mi ex.

—Siempre dicen que si tu pareja busca algo fuera es porque no tiene lo que necesita —comentó.

—Pues la verdad no sé qué podría necesitar. No es como si no tuviéramos sexo porque claro que lo teníamos.

—¿A diario?

—Menuda pregunta —resoplé—. No, no era a diario, pero lo había.

—Tal vez quería algo que no se atrevía a pedirte.

—Si te refieres a sexo en plan pareja liberal, no lo tendría con ninguna de mis parejas. Creo que lo que uno desee o con lo que fantasee, se lo puede comentar al otro y llegar a un entendimiento.

—Entonces, si tu pareja te dijera que quiere probar algo contigo, ¿estarías abierta a ello?

—Depende de lo que quiera. A ver, no me voy a dejar atar y que me azote con un látigo, eso ya te lo digo.

—Ok, nada de ataduras ni látigos, tomo nota.

—No me digas que a ti te va eso —lo miré con los ojos abiertos.

—No, tranquila —sonrió.

—Lo que digo es que no todo es solo cuestión de sexo en la cama, tiene que haber una conexión con la otra persona y que ambos se entiendan bien. Las caricias, los besos, las miradas, todo eso hace que una pareja llegue al clímax también.

—Eres más parecida a mí de lo que crees —dijo acariciándome la mejilla—. Y me está costando la vida no besarte y llevarte a la cama.

—Que para eso me has traído, ¿verdad? —Arqueé la ceja.

—No, preciosa. Te he traído para comer contigo, pero no voy a negar que deseo tenerte en la cama desnuda y perderme en tu cuerpo.

—¿Qué tienes que consigues que mi cordura se vaya a paseo cuando me miras de ese modo y quiera que me hagas tuya?

—Será que, como bien has dicho, entre nosotros hay una conexión que va más allá del sexo —murmuró inclinándose para atrapar mis labios en un beso apasionado.

Se levantó cogiendo mi mano para que hiciera lo mismo y volvió a besarme mientras caminábamos hacia el pasillo, pero los dos sabíamos que no íbamos a llegar a la habitación.

El deseo era más que palpable, así que acabó sentándose en el sofá conmigo a horcajadas sobre sus piernas.

Entre besos le quité la camisa y la corbata mientras él me quitaba el jersey, nos acariciamos y besamos tanto, que para cuando se deshizo del resto de mi ropa y la suya, no hizo falta que me estimulara penetrándome con los dedos pues con haberme tocado el clítoris ya me encontraba suficientemente húmeda.

Fui penetrándome con su miembro erecto despacio mientras nos besábamos, sentí cómo llegaba a lo más hondo de mi ser y me estremecí ante aquel contacto.

Sus manos me acariciaban de manera sutil, me abrazaba contra él de modo que el calor de nuestro cuerpo se fusionaba con el otro, y me di cuenta de que lo que había dicho era cierto.

Lo nuestro no era solo sexo sino una conexión que iba mucho más allá.

Mientras yo me movía sobre él sintiendo cómo me llenaba por completo, Dereck se agarraba con fuerza a mis caderas para ayudarme a moverme. Mis gemidos eran cada vez más fuertes e intensos al igual que los suyos, y nuestros besos se volvieron tan ardientes y apasionados que sentía una excitación cada vez mayor.

Me llevó a un primer orgasmo intenso que liberé entre gritos, me recostó en el sofá y mientras me recomponía de aquello, sentí sus labios y las yemas de sus dedos por todo mi cuerpo.

Besaba y acariciaba con delicadeza, disfrutando y haciéndome disfrutar de aquella sensación de intimidad y conexión.

Mordisqueó mi labio, nuestras miradas se encontraron y mientras ambos acariciábamos la mejilla del otro, sin dejar de mirarnos, Dereck volvió a penetrarme despacio hasta quedar completamente unidos.

Volvimos a besarnos con esa pasión que nos arrollaba, él se movía sobre mí, penetrándome una y otra vez sin parar, sin ralentizar el ritmo en ningún momento, cogió mi pierna flexionada y la colocó sobre su cadera de modo que tenía un mejor acceso hasta el fondo de mi ser.

Los dos gemíamos y nos movíamos acompasados, él entrando y saliendo mientras yo con las caderas iba a su encuentro.

Seguimos entregados a esa pasión cambiando de postura varias veces, dejándonos llevar por el deseo y lo que los dos necesitábamos en ese instante.

Arqueé la espalda y me agarré con fuerza a sus hombros, sabía que aquello dejaría la marca de mis uñas en su piel, pero no pude contenerme. Sentía el orgasmo creciendo a cada segundo que pasaba y no tardé en llegar a ese punto de no retorno, igual que él.

Nos corrimos juntos, alcanzamos el clímax al unísono entre gemidos y gritos de absoluto placer y satisfacción, y permanecimos en el sofá recobrando el aliento y abrazados hasta que escuché sonar mi móvil.

—Tengo que contestar —dije dándole un beso en el hombro y me miró.

—Quien sea puede esperar.

—No, si son mis padres —sonreí—. Dame un momento.

Dereck suspiró, se hizo a un lado para que pudiera levantarme y fui hacia la entrada donde estaba mi bolso con el móvil dentro. Al cogerlo me quedé casi de piedra al ver el nombre de Alec en la pantalla.

—¿Quién es Alec? —preguntó haciendo que me sobresaltara, y cuando le miré tenía el ceño fruncido.

—Es mi ex.

—¿Tu ex? ¿Qué quiere?

—Verás… —silencié el móvil y le conté de manera resumida lo que había pasado casi una semana atrás, le dije que aún estaba intentando hablar con él de la mejor manera y me dio un abrazo.

El móvil sonó varias veces más y finalmente me dijo que atendiera la llamada.

—Alec, ¿todo bien?

—¡No, joder! Nada está bien. He visto tus fotos con ese tipo en las redes. ¿Quién cojones es? —preguntó gritando, estaba histérico— ¿Me estás engañando? ¿Te follas a otro mientras estoy en el puto hospital?

—Alec, esto…

—No se te ocurra decirme que no es lo que parece porque he visto las fotos.

—Todo tiene una explicación, voy para allá.

—No te molestes en hacerlo si vas a contarme una jodida mentira.

Colgó y me quedé mirando la pantalla del móvil, suspiré con los ojos cerrados y noté que Dereck me abrazaba desde atrás.

—Voy contigo.

—No —negué—, sería peor. Tengo que hacerle ver la verdad, esto no puede seguir así, no quiero mentirle más, sobre todo porque llegará un momento en el que quiera hablar con sus padres y…

—Deja que te acompañe.

—No, Dereck, si te ve no entrará en razón. Iré sola.

Fui hacia el salón y volví a vestirme mientras él hacía lo mismo, observándome en silencio. Salimos del ático y fuimos a la revista donde tenía mi coche.

—Llámame cuando hables con él, por favor —me pidió, y asentí.

Dereck me dio un beso antes de que subiera al coche y cerró mi puerta, despidiéndose de mí con la mano, al igual que hice yo antes de ponerlo en marcha.

Capítulo 15



En cuanto llegué a la planta en la que estaba Alec y fui hacia la puerta, vi que de su habitación salía un hombre que no llevaba ni traje de enfermero ni bata de médico, posiblemente sería alguno de los compañeros de su trabajo que se había pasado a verle.

Entré y le vi en la cama con los ojos cerrados y la mandíbula apretada.

—Alec —cuando lo llamé, abrió los ojos y me miró.

—Si vas a mentirme, ahórratelo —dijo mientras se incorporaba.

—No voy a mentirte.

—¡Eres una zorra! —gritó sin darme tiempo a explicaciones— Pude morir en ese accidente, sigo en este puto hospital hasta quién sabe cuándo, ¿y te estás follando a otro? Por eso no me has dado un solo beso en estos días, y cuando te toco la mano la retiras como si te diera asco. ¿Y desde cuándo acudes a las fiestas de *Turner Magazine*?

Estaba fuera de sí, no dejaba de gritarme todo el tiempo y me miraba con rabia en los ojos. Ni siquiera yo me puse así cuando supe que me había engañado con una compañera de trabajo, ni me enfrenté a él de ese modo.

—¿Cuánto tiempo llevas con él?

—Alec, cálmate y deja que te explique.

—¿Qué quieres explicarme? ¿Quieres dejarme? ¿Es eso? Ten el valor de hacerlo sin follarte a otro.

—¡Se acabó! —estallé acercándome a él— No estamos juntos, rompimos hace años porque tú me engañaste con una de tus compañeras. Tú fuiste quien se estuvo follando a otra durante ni sé el tiempo y ya no me importa. Te dejé y te fuiste con ella.

—¿De qué coño estás hablando? —Frunció el ceño.

—De que tienes amnesia a consecuencia del golpe en la cabeza por el accidente. Y lo siento, de verdad que siento tener que decirlo ahora y de este modo brusco, pero no voy a consentir que me insultes ni me cubras de mierda cuando eres tú quien tanto tienes que callar. Has perdido la memoria de los últimos años, y yo solo vine porque me llamaron y fui la única de tus contactos en venir a interesarme. Tu ex más reciente, esa con la que me engañaste, no quiere saber nada de ti porque también le fuiste infiel a ella. Al menos sabe lo que yo sentí y pasé entonces. Tus padres fallecieron hace tres años, y eso sí que lo siento porque eran unas bellísimas personas. No te he engañado con nadie porque no estamos juntos desde hace cuatro años, Alec. Trabajo desde entonces en *Turner Magazine*, por eso has visto las fotos de esa revista en mis redes.

—Creí que con el accidente el móvil se había desconfigurado en la fecha y la hora.

—La fecha está bien, te lo aseguro. Y de verdad que lamento haberte contado todo de esta manera, pero no veía otro modo de hacerlo Alec.

—No puede ser, ¿mis padres murieron?

—Sí.

—Esto no está pasando —se dejó caer de nuevo en la cama y comencé a escuchar que el ritmo de su corazón iba demasiado rápido—. No puedo haber perdido años de memoria.

—Alec, tranquilízate —le pedí, pero al ver que seguía alterado, fui al pasillo para llamar a una enfermera.

—¿Qué ha pasado? —preguntó al acercarse a la puerta.

—Le he contado la verdad de un modo para nada sutil —suspiré.

—Vale, voy buscar al médico.

Asentí y entré de nuevo en la habitación, donde Alec seguía con el móvil en la mano y vi que trataba de hablar con alguien.

Suspiré al imaginar que estaba llamado a los teléfonos de sus padres, y me acerqué para calmarlo.

Empezó a mirar en la galería de fotos y todo lo que había en ella eran imágenes suyas con diferentes mujeres, además de algunas fiestas o cenas con sus amigos o compañeros de trabajo, e incluso con gente a la que yo no conocía.

—No, joder, no puedo haber perdido la puta memoria —decía histérico sin dejar de mirar el

móvil.

—Señor Ross —miramos al médico que entró en ese momento.

—¿Es cierto lo que ha dicho? —Me señaló— ¿Tengo amnesia?

—Sí, es cierto.

—Señorita, es mejor que salga —me dijo una de las enfermeras, y asentí.

Fui al pasillo para esperar a que el médico hiciera lo que fuera que iba a hacer, me apoyé en la pared y escuché que me llegaba un mensaje.

Dereck: *¿Va todo bien, preciosa?*

Martina: *No, no va bien. Me ha echado en cara que le he sido infiel y he estallado, le he contado que tiene amnesia y creo que le ha dado un ataque de pánico y ansiedad. El médico está dentro con él.*

Dereck: *¿Quieres que vaya? Estaré ahí en quince minutos.*

Martina: *Gracias, pero mejor no. Cuando salga el médico y hable con él me iré a casa. Nos vemos mañana en la oficina.*

Dereck: *Está bien, como quieras. Hasta mañana, preciosa.*

Guardé el móvil de nuevo en el bolso y me quedé esperando, caminando por el pasillo de un lado al otro durante aquellos minutos que se me hicieron eternos.

—Señorita Díaz —me giré al escuchar al médico llamándome al fin.

—¿Cómo está?

—Le hemos puesto un calmante, estará sedado unas horas.

—Lo siento, no quería contarle todo tan de golpe, es que ha visto mis redes, y pensó que le estaba engañando con otro. Se ha puesto histérico, a gritarme y…

—No se preocupe, la entiendo. En casos como el del señor Ross es normal que al ver algo les haga reaccionar así. Ha perdido varios años de recuerdos y recibir información de modo tan repentino, puede ser un shock.

—Ha intentado hablar con sus padres —suspiré.

—Sí, me lo ha dicho. Mire, sé que no tendría por qué hacer nada por él, no es responsabilidad suya, así que, bajo mi opinión, será mejor que le dé tiempo para que asimile todo. No venga en unos días.

—¿Saben cuándo le darán el alta?

—Quiero hacerle otro tac el lunes —contestó—, ahora con la información que le ha dado, quizás tenga algunos flases y recuerde algo de lo que ha perdido.

—No vendré estos días, pero, si hay alguna novedad, me gustaría que me avisara.

—No se preocupe, la llamaré si hay cambios.

—Gracias, doctor. El lunes de todos modos vendré para que me diga cómo ha visto el tac.

—Perfecto.

Me despedí de él y fui al ascensor, donde me derrumbé por completo. Apoyé la cabeza en el espejo y cerré los ojos mientras pensaba en lo que debía estar pasando Alec en esos momentos.

Tenía que ser duro no recordar nada de tu vida de los últimos años y enterarte de la verdad como lo había hecho él. Tal vez sí debimos decirle desde un principio y poco a poco que tenía amnesia, aunque no pensaba que fuera a encender su móvil y revisar mis redes.

Salí a la calle donde me recibió una brisa fría y caminé hacia el coche para irme a casa.

Necesitaba una ducha caliente, un té y olvidarme por un momento de que mi ex me había insultado de ese modo recriminando aquello que él hizo tanto tiempo atrás.

Y mientras me ponía el pijama mi madre me envió un mensaje para ver cómo estaba Alec, y cómo me encontraba yo.

La llamé para contarle lo ocurrido y me tranquilizó diciéndome que yo no tenía la culpa de nada de eso.

—Solo has querido ayudarle, cariño, has hecho lo que los médicos creyeron que era lo mejor.

—Lo sé, pero me pongo en su lugar, y lo debe haber pasado mal. Se ha enterado que no tiene familia.

—Es duro, pero no puedes hacer más de lo que haces. No pienses en ello y, como te ha dicho el médico, deja que se recupere. Tal vez empiece a recordar y, si no, habla con sus jefes, sus compañeros, seguro que hay alguien que pueda contarle más cosas sobre esos recuerdos que ha perdido y ayudarle a recuperar la memoria.

—El lunes iré a ver al médico para ver cómo sale el tac.

—Muy bien cariño. Ahora descansa, ¿sí?

—Gracias por llamar mamá.

—Hija, aunque no me dijeras nada, una madre siempre sabe cuándo sus hijos no están bien del todo. Te quiero.

—Yo también te quiero, mamá. Adiós.

Después de colgar me preparé un café bien caliente y me senté en el sofá tapada con la manta. Estaba empezando a llover un poco y me quedé contemplando las gotas caer y chocar con los cristales mientras disfrutaba de mi café sin poder evitar pensar en Alec.

No imaginaba cómo debía ser para alguien perder sus recuerdos de un momento para el otro. Di un sorbo al café y durante unos minutos pensé en lo que fue mi relación con Alec desde que nos conocimos, ocho años atrás.

Habíamos tenido momentos buenos, muy buenos incluso, hasta que todo se acabó por lo que hizo. Me sentí dolida y mucho, me hizo daño saber que para él tal vez no fui suficiente, pero todo eso se acabó y me olvidé de él.

Entonces esa llamada del hospital lo traía de vuelta a mi vida, sin que recordara lo que me había hecho en el pasado y creyendo que aún era su novia.

Suspiré con la taza de café humeando aún entre mis manos y cerré los ojos, concentrándome en el sonido de las gotas chocando contra los cristales.

Desde luego que la vida podía cambiarnos en un solo instante y sin que nos diéramos cuenta. Alec pudo no salir bien de su accidente y me alegraba que lo único con lo que tuviera que lidiar fueran algunas magulladuras, un brazo roto y la pérdida de algunos años de recuerdos. Por muy mal que se portara conmigo en el pasado no le deseaba ningún mal, y quería que se recuperase cuanto antes.

Me acabé el café y cogí el móvil para entrar en sus redes, allí había algunas fotos de esos años que, esperaba, le ayudaran a recobrar la memoria.

Capítulo 16



Janet y Eric me enviaron un mensaje para que fuera a tomar una copa con ellos, y aquí estaba, entrando en el local de Liam, vecino de mi amigo, en esta noche de viernes que pensaba quedarme en casa leyendo.

—¡Aquí está la chica del beso de cien mil dólares! —gritó Janet al verme.

—Joder, baja la voz —protesté.

—No me ha oído nadie, ¿no ves que está todo el mundo bailando y que la música está muy alta?

—Madre mía, no tenía que haber venido.

—Claro, es mejor quedarse en casa leyendo un viernes por la noche —resopló Eric.

—He tenido unos días largos desde la semana pasada —les recordé, sentándome en el taburete que había libre entre los suyos.

—Vale, pues eso se arregla pronto. ¡Liam, trae una botella de tequila! —le pidió Eric.

—Este hizo un guiño y levantó el pulgar en señal de que enseguida nos servía.

—Más vale que no pretendas emborracharme —le advertí.

—Ni se me ha pasado por la cabeza —contestó.

Liam dejó la botella, los tres vasos de chupito, el limón y la sal frente a nosotros, y Eric sirvió los tres.

—Por nosotros —dijo Janet cogiendo su vaso, y los tres nos tomamos aquel chupito de una vez—. Entonces, ¿mañana quedamos directamente en el hotel donde hacen la entrega de premios?

—Espera, ¿la entrega por el premio de la revista?

—Sí, no me digas que se te había olvidado, Martina.

—He tenido mucho en la cabeza, Janet —me froté la frente.

—A ver, el tema de Alec te ha dejado tocada —comentó Eric—. No es de extrañar que tuvieras la cabeza lejos de la fiesta.

—No ha sido solo por eso. Pero bueno, sí, nos vemos directamente en el hotel.

—Venga, otra ronda —Janet cogió la botella de tequila y sirvió los chupitos.

—Un brindis —propuso Eric con su vaso en la mano—. Por la soltería.

—¿En serio vamos a brindar por eso? Bueno, no tendría que sorprenderme porque tú huyes del compromiso como un vampiro de los ajos.

—Querida Janet, brindo por la soltería porque está comprobado que nosotros en lo que se refiere a las parejas no hemos tenido mucha suerte.

—Ahí le doy la razón —señalé.

—En algún momento cambiará nuestra racha, nosotras encontramos al hombre perfecto y tú, a la mujer de tu vida —dijo ella.

—Amén a eso —Eric levantó de nuevo el vaso y nos tomamos los chupitos de una vez.

—Siempre que dejes de buscar a ese hombre en las aplicaciones de citas —le dije.

—Nada de aplicaciones, he borrado todas. Creo que haré como antiguamente tus padres, ligar en el bar.

—Janet mis padres no ligaron en el bar —reí.

—Bueno, los de su generación sí lo hicieron. Y hoy en día sigue habiendo gente que encuentra al amor de su vida en un bar.

—Perfecto, si lo encuentras nos avisas —dijo Eric—, para estar atentos en caso de que se nos acerque alguien para ligar.

—Eso está hecho. Y ahora, otra ronda de chupitos.

—Verás que al final me emborracho —suspiré.

—¿Qué tal con los nuevos jefes? —curioseó Eric.

—Bien, todo perfecto —me llené el vaso de tequila y los dos se quedaron mirándome, hasta que ella habló.

—¿Qué nos ocultas? Porque te has llenado el vaso sin que fuéramos a hacer un brindis ni nada de eso.

—Nada, es que ya me habéis picado.

—Martina, que te conocemos desde hace cuatro años. ¿Qué te pasa? Y no digas que es por Alec, que no nos lo vamos a creer —dijo Eric.

Suspiré, me bebí el chupito y me serví otro que tomé de seguido y sin pensarlo, necesitaba ese aliciente para confesarles a ellos lo que me pasaba.

—Me he acostado con mi jefe.

—¿Qué? —gritaron al unísono.

—Que me he…

—Sí, sí, lo hemos oído cariño —me cortó Janet—. Pero no nos lo creíamos.

—¿Con cuál de ellos?

—Joder, Eric, ¿con cuál va a ser? Con el que pagó cien de los grandes por su beso.

—Con ese ha sido, sí —señalé a mi amiga—. Y más de una vez.

—Toma ya, esto sí que es una confesión y no lo que escucha el cura de mi barrio —Janet dio una palmada—. Cuéntanos todo, no te quedes nada.

—Yo prefiero no escuchar según qué.

—Tampoco hay mucho que contar, nos hemos acostado y ya.

—¿Cómo dices? —protestó Janet— Por supuesto que hay mucho que contar. Para empezar: ¿cómo pasó? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—La noche de la fiesta de bienvenida a la revista. Me invitó a una copa cuando os marchasteis, creí que iríamos a algún club, pero me llevó a su ático. Y el resto, ya os hacéis una idea.

—Te dio una buena alegría para el cuerpo, vamos.

—Unas cuantas, diría yo, Eric —rio Janet—. ¿Y cómo estáis ahora? O sea, sois jefe y asistente…

—Pues eso le dije yo, que me siento rara con esta situación porque es mi jefe, nunca antes me había acostado con un jefe.

—Para todo hay una primera vez, Martina.

—Lo sé Eric, pero si se enteran en la revista no dejarán de pensar que Steven me dio ese puesto porque nos acostamos.

—Ni siquiera sabías quién era Dereck Evans, hasta que lo viste en la reunión del lunes.

—Pero me besó en la fiesta, Janet.

—Técnicamente pujó en una rifa por un beso para colaborar en una donación al hospital infantil —dijo Eric.

—Correcto. Y aunque él supiera quién eras cuando te besó, Steven ya tenía más que claro que iba a darte a ti el puesto como asistente de los nuevos socios.

—No lo pienses más, Martina —Eric me dio un apretón en la mano—. Nadie en la revista se va a meter con lo que hagas en tus horas libres.

Mi móvil empezó a vibrar, lo saqué del bolso y vi que era el número del hospital. Fruncí el ceño y fui hacia el pasillo del cuarto de baño para responder.

—¿Sí?

—Buenas noches, señorita Díaz. Soy la enfermera de guardia en la planta donde está el señor Ross.

—¿Alec está bien?

—Le ha dado una crisis de ansiedad, no se calma, y no hace más que decir que quiere verla.

—Vale, voy para allá. Procuraré no tardar mucho.

—Gracias.

Colgué, se lo comenté a Janet y Eric mientras me ponía el abrigo, y ambos dijeron que me acompañaban.

Salimos del club y paramos el primer taxi que vimos pasar por allí, le dijimos dónde queríamos ir y puso rumbo al hospital.

No tardamos mucho en llegar y cuando subimos a la planta vi al médico saliendo de la habitación.

—Doctor, ¿qué ha pasado? —pregunté.

—Lamento haber tenido que llamarla, señorita Díaz. Estos días el señor Ross ha estado alterado, seguía con las crisis y a pesar de que lo ha intentado no ha podido recordar nada, cosa que lo alteraba más. Le hemos tenido que sedar en varias ocasiones, y siempre pedía verla.

—¿Cómo está ahora? —curioseó Eric.

—Despierto por el momento, le he puesto un calmante y no tardará en dormirse.

—¿Puedo entrar?

—Claro, pase.

Asentí, Janet dijo que me esperaban en el pasillo y entré en la habitación.

Alec estaba mirando hacia la ventana y temí que se hubiera quedado dormido, así que me acerqué despacio. Al escuchar mis tacones se giró para mirarme.

—Hola —murmuré.

—Hola, Martina.

—Me han dicho que pedías verme.

—Sigo sin recordar nada, y me voy a volver loco. Para mí, hace poco que comí con mis padres, y ahora…

—Tranquilo, no te alteres, ¿vale? No es bueno para ti.

—Lo sé —suspiró—. Siento haberme puesto así el otro día, pero en mis recuerdos sigues siendo mi novia.

—Pero no lo soy, Eric, han pasado cuatro años desde que lo dejamos.

—He vuelto a ver las fotos de mi móvil, no sé quién son esas mujeres. Reconozco a mis amigos y muchos de los compañeros de trabajo, pero a ellas, no.

—Supongo que serán chicas que conociste.

—Líos de una noche, puede ser —se encogió de hombros—. Mira, sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero por algún motivo a ti te recuerdo, y no quiero pasar por esto solo.

—El otro día cuando me llamaste al ver mis redes, vi a un hombre salir de aquí, ¿Era algún compañero de trabajo?

—No, se confundió de habitación. Iba a la de al lado —contestó.

—Cuando te den el alta y vuelvas a casa seguro que empiezas a recordar. Allí tienes todas tus cosas, habrá fotos, algo que veas y te lleve a pensar en un momento concreto. Sé que la amnesia puede ser algo de unas pocas semanas o…

—Lo sé, puede que tarde meses o incluso años en recuperarla, o que no lo haga nunca —suspiró—. Pero sí, tal vez cuando esté en mi casa, rodeado de mis cosas, vuelvan los recuerdos.

—Te acompañaré cuando llegue ese día, ¿de acuerdo?

—Gracias Martina, debí hacerte mucho daño para que me dejaras y, aun así, estás aquí.

—Me lo hiciste, pero eso ya pasó. Ahora descansa —dije al ver que se le estaban cerrando los ojos desde hacía unos minutos—, es tarde. El lunes te hacen un tac, vendré a ver cómo sale.

—Gracias.

Me despedí y lo dejé con los ojos ya cerrados, a punto de quedarse dormido por completo.

Suspiré al salir al pasillo y tanto Janet, como Eric, preguntaron si había ido todo bien. Les dije que sí, que me había pedido perdón y que no iba a dejarlo solo, que estaría en lo que pudiera ayudarle.

Fui a ver al médico puesto que tenía una pregunta que me rondaba la cabeza desde hacía tiempo y quería saber si había una respuesta para ella.

—Doctor, ¿tiene un momento? —pregunté al verlo revisando unos papeles en el mostrador donde estaban las enfermeras de esa planta.

—Claro, ¿va todo bien?

—Sí, es solo que tengo una pregunta. Alec no recuerda nada de los últimos cuatro años, que no hemos estado juntos. ¿Por qué a mí, sí me recuerda? Es como si se hubiera quedado anclado en el pasado.

—Señorita Díaz, la mente humana es compleja, no todo el mundo actúa igual. Las personas pueden sufrir varios tipos de amnesia, algunas no recuerdan los acontecimientos más recientes, otras solo pierden recuerdos de unos meses, otras la pierden por completo y algunas, como es el caso del señor Ross, pierden los recuerdos de varios años. Que se acuerde de usted puede ser por varios factores. Quizá el subconsciente sepa que le hizo daño en un momento y de algún modo, quiso volver atrás para no llegar a ese punto.

—Entonces, según eso, si Alec no recupera la memoria y en su mente Martina sigue siendo su novia, ¿podría querer volver a estar con ella, porque no se acuerda de que la engañó con otra, y así recuperarla?

—Joder, Janet, eso sería retorcido hasta para él —dijo Eric.

—Oye, que yo solo he hecho una suposición basándome en la medicina y la ciencia.

—No creo que sea por eso, simplemente que él la quiso en su momento, se arrepintió de haberla engañado y que eso los llevara a romper la relación, y que su mente volvió a mucho antes de esa situación porque era su zona de confort.

—Pues para quererla tanto, bien que se lio con otra —Janet suspiró.

—Gracias doctor. Vendré el lunes, como le dije.

—Aquí estaré.

Salimos del hospital y subimos a uno de los taxis libres que había por allí. Le dimos la dirección de Eric primero, y al llegar a su casa después de un camino de lo más silencioso, me dio un beso y un abrazo.

—Estoy aquí, ¿vale?

—Lo sé —sonreí—. Nos vemos mañana.

Cerró la puerta y fuimos a casa de Janet, que también me abrazó y respetó el silencio que tanto necesitaba.

—Te quiero, cariño —dijo antes de bajar.

—Y yo.

Cerré los ojos al tiempo que suspiraba apoyando la cabeza en el asiento tras darle mi dirección y pensé en lo que había dicho el médico. Si era cierto que Alec llevaba todo ese tiempo pensando en que me había hecho daño, y ese era el modo que tenía para redimirse de algún modo sin saberlo, esperaba que llegara a perdonarse a sí mismo por lo que hizo.

Yo dejé mi vida atrás por él, lo mío era una de esas historias de “españoles por el mundo” en toda regla, y él acabó fallándome.

A pesar de que sané y poco a poco me olvidé del dolor y dejé de quererlo, era parte de mi historia y mi pasado, y si lo ayudaba era por el aprecio que siempre le tuve a sus padres, no por él.

Capítulo 17



Llegué al hotel donde se celebraba una nueva edición de los premios a la revista del año en la que, como dijo mi jefe, Steven, *Turner Magazine* estaba nominada por décimo año consecutivo y teníamos opciones de ganar ese séptimo premio.

Me había puesto un vestido azul marino de manga larga, escote redondo con los hombros descubiertos, entallado y largo que me encantaba.

Llevaba zapatos y abrigo negros al igual que el bolso de mano, y me recogí el cabello en el lateral izquierdo con un mechón suelto en el lado derecho.

Cuando entré tras identificarme, fui hacia la sala donde se celebraba el evento, cogí una copa de vino y eché un vistazo hasta que vi a Janet y Eric charlando junto a una de las barras de bebida.

—Martina, estás preciosa —dijo Janet, que me dio un abrazo.

—Gracias, tú también —su vestido era rosa claro con un cinturón negro al igual que los zapatos.

—Voy a ser la envidia de la noche —Eric nos pasó un brazo a cada una por los hombros—. O igual no, que el señor Evans me está mirando mal —se apartó de mí y sonreí.

—Nena, ese hombre no te quita el ojo del encima —rio Janet y dio un sorbo a su copa.

—Ahí viene —murmuró Eric.

—Buenas noches —miramos a Dereck que se había acercado con John y su hermana.

—Martina, te ves realmente preciosa esta noche —dijo John.

—Gracias, jefe —sonreí.

—¿Qué habíamos dicho? Nada de jefe o señor, soy John. Él es Dereck y ella, Kate —señaló a ambos.

—Muy bien John, veo que aún no has bebido demasiado —dijo esta última.

—Nunca bebo demasiado, Kate.

—Pues yo creo que esta noche debería darme a la bebida, ahí está Bob —Kate suspiró.

Cuando miramos todos hacia donde había señalado, vimos a Bob Rogers, el dueño de una de las revistas que optaban al premio, con sede en Manhattan.

Y por la cara de la hermana pequeña de mi jefe, entre ellos debió haber algún tipo de relación en el pasado.

—Y viene con una amiga nueva —añadió John.

—Esa es Brenda Dawson —dijo Janet—, redactora jefa del departamento de moda de la revista de Bob Rogers. Espera, ahora que recuerdo, ¿no era ese tu puesto antes? —le preguntó a Kate.

—Desde que se lo dio a ella, no —contestó Dereck.

—No se lo dio, hermano. Ella se arrodilló ante el jefe para quitarme el trabajo.

—Estás mejor sin ese puesto, Kate, te lo he dicho un montón de veces.

—Llevaba en el dos años, pero se ve que la niña tiene una boquita de oro.

—Te quitó el novio y el trabajo, pero estás en un mejor puesto ahora —le dijo John.

—Vaya, pero qué sorpresa —escuchamos decir a Bob Rogers—. Kate, no esperaba verte en este evento.

—Ya ves, vengo como una de las jefas de *Turner Magazine*.

—Oh, ¿en serio? Pensé que eras una de las asistentes.

—No, Brenda, soy jefa del departamento de moda.

—Así que te has ido a la competencia, eso no está bien.

—Nunca debí trabajar contigo, tú eres la competencia de mi familia.

—Cierto, tengo entendido que vosotros sois socios de la revista de Steven —les dijo Bob a Dereck y a John.

—Desde sus inicios, y si Kate no estaba en nuestra revista era porque no quería dejarte a ti. Pero ha avanzado y mejorado en todo —contestó John.

—Incluso en cuestiones sentimentales, que ahora estoy con un hombre mucho mejor persona de lo que tú eres.

—¿Y has venido con él esta noche? —curioseó Brenda.

En el momento en el que todos vimos la cara de Kate, supimos que había que hacer algo, y fue Eric quien dio un paso al frente y la rodeó con el brazo por la cintura.

—Lo tienes delante —dijo, y Kate lo miró como embelesada al ver que salía en su ayuda, hasta que sonrió mirando de nuevo a ambos.

—Vámonos Brenda, quiero saludar al director de la revista de Boston.

La cara de Bob Rogers en ese momento no tenía precio, se había quedado de lo más asombrado al ver a su expareja con otro hombre.

—Eso es lo que yo llamo un zas en la boca, sí señor —dijo Janet—. Se le ha quedado una cara de idiota…

—Gracias por esto, Eric, te debo un café —Kate sonrió.

—El lunes te espero a las once en la cafetería de la revista —le hizo un guiño.

—Eso está hecho.

En el momento en el que ellos, John y Janet se pusieron a hablar, Dereck se acercó a mí y me rodeó por la cintura de modo que nadie lo viera.

—Ese vestido te sienta muy bien —murmuró.

—Gracias.

—Quiero que vengas a pasar la noche conmigo —dijo mientras me acariciaba la cadera—. Estos días te he echado de menos.

Sonreí, pues los dos días anteriores John y él estuvieron en Florida viendo un par de edificios que querían comprar. Y sí, había pensado en él y quise escribirle en un par de ocasiones, pero finalmente no lo hice para no molestarlo.

—Por cierto, ayer por la tarde me llamó el dueño de las dos casas con el que nos reunimos.

—¿Y qué te dijo?

—Aceptan la oferta que le diste.

—¿En serio?

—Sí —sonrió—. Eres buena para las inversiones inmobiliarias.

—Oh, no, no. Eso fue suerte del principiante.

—Como sea, tienes un plus por haberme conseguido esas dos casas.

—No es necesario, Dereck, de verdad.

—No discutas con tu jefe —me advirtió arqueando la ceja.

Sonreí negando y ambos dimos un sorbo a nuestras copas de vino.

Vimos a Steven acercarse y charló con nosotros hasta que anunciaron que iban a servir la cena.

Fuimos hacia la mesa en la que estaban otros tres jefes más de diferentes departamentos de la revista, y disfrutamos de los deliciosos platos que sirvieron.

Había canapés de caviar, tostas de queso crema con nueces, un cóctel de marisco y como plato principal, solomillos con cebolla caramelizada y salsa a la pimienta.

Para el postre sirvieron un pastel de crema y almendras que estaba buenísimo.

La cena transcurrió en un entorno de lo más acogedor y agradable, con una suave música que sonaba de fondo sin molestar a las conversaciones que manteníamos.

Y entonces el encargado de entregar el premio subió al escenario y se colocó delante del atril frente a todo el público.

—Buenas noches a todos, y gracias por asistir un año más a la entrega de premios a la revista del año —dijo, y siguió hablando durante unos minutos, elogiando a los dueños de las revistas, felicitándolos por el trabajo que hacían, no solo ellos como responsables sino todos y cada uno de los hombres y mujeres que trabajaban en ellas haciendo que cada una creciera a diario.

Todos escuchábamos con atención y vi que tanto Steven, como muchos otros dueños de revistas estaban un poco nerviosos. Kate le dio un apretón en el brazo y él sonrió haciéndole un guiño.

—Es para mí un honor poder celebrar y compartir con todos ustedes un año más sus logros esta noche. Y ahora, sin hacerles esperar más, anunciaré el ganador a "Revista del año" —cogió el sobre que había dejado en el atril, lo abrió y tras sacar la tarjeta, habló de nuevo—. El ganador de esta edición del premio a "Revista del año", es —todos en sala permanecíamos en silencio, esperando expectantes a escuchar el nombre, y tras una sonrisa miró de nuevo hacia las mesas— … *Turner Magazine*.

—¡Sí! —Steven dio una palmada y se puso en pie.

Mientras todos en la sala aplaudían, nosotros lo abrazamos y felicitamos. Fue hacia el escenario y tras estrecharle la mano y recibir una palmada en el hombro, cogió aquel premio y se acercó al atril.

—No me lo esperaba, de verdad —dijo con una sonrisa—. Buenas noches y, ante todo, felicidades al resto de compañeros que está al frente de sus revistas. Gracias a la organización por una velada tan agradable como cada año, y por el trabajo que hacen para que todo esté perfecto.

Todos aplaudimos y él sonreía, a pesar de que le veía un poco nervioso, y no dejaba de mirar el premio, cada pocos segundos.

—Todos los que dirigen sus revistas estarán de acuerdo conmigo en que a veces no es fácil coordinar a cientos de personas —sonrió—, pero es increíble ver cómo se dejan la piel para que todo salga hacia delante. Este premio es de *Turner Magazine* al completo, no mío porque sea yo el que esté aquí para cogerlo, sino de todos los que forman esa familia que un día empezó siendo solo un proyecto universitario. Sin los redactores, asistentes, jefes de departamento, becarios, sin ellos, *Turner Magazine* no estaría donde está a día de hoy. La dedicación de los hombres y mujeres que me acompañan a lo largo de este camino, los que siguen y los que ya no están con nosotros, pero dedicaron años a levantar la revista, esto —levantó el premio— no sería posible. *Turner Magazine* ha estado nominada a este premio diez años consecutivos y este es el séptimo que ocupará un lugar importante en las oficinas.

De nuevo todos aplaudimos y él seguía sonriendo, emocionado mientras se preparaba para sus últimas palabras.

—Quiero agradecer, un año más, a mis padres por todo lo que me dieron en vida y lo que me enseñaron, porque ellos creían en mí y siempre me dijeron que, si soñaba con algo que me hiciera feliz, no lo dejara en el olvido. Este proyecto lo hice por ellos, para honrarlos cuando los perdí. Pero no habría sido posible llegar donde está hoy la revista sin mis amigos, mis hermanos de corazón, Dereck Evans y John Collins, quienes creyeron en esto desde sus inicios igual que yo, e invirtieron para llevarnos a los tres hasta aquí. Chicos, ya os he dado las gracias muchas veces, pero lo hago una vez más. Gracias por todo, y por dar el paso para ser parte de manera oficial en la revista, vuestra revista. Esto es también es por vosotros —levantó de nuevo el premio—. Por muchos años más.

Todos los asistentes nos pusimos en pie aplaudiendo las palabras de Steven, que bajó del escenario sonriendo, recibiendo las felicitaciones de muchos de los otros candidatos al premio, y llegó a nuestra mesa con una sonrisa de oreja a oreja.

Se abrazó a Dereck y a John que le palmeaban la espalda, y vi que se emocionaba.

—Estarían orgullosos de ti, y lo sabes —le dijo Dereck.

—Lo sé, hermano —sonrió con los ojos algo vidriosos.

Janet, Eric y yo lo abrazamos y felicitamos y él nos devolvió el abrazo, agradeciéndonos el haberle acompañado, sobre todo a mí, pues otros años solo Janet como su asistente, y Eric como jefe del departamento de Recursos Humanos, habían ido con él.

Nos hicimos fotos para la prensa, selfis para las redes de la revista, posamos para el fotógrafo de la organización, y acabamos brindando los diez que estábamos allí.

—Comienza la cuenta atrás para conseguir el octavo, chicos —dijo Steven, levantando su copa.

—El año que viene estaremos aquí, jefe —Janet sonrió y él asintió.

—Estar, estaremos, que nos llevemos el premio es otra cosa —rio Steven.

—No, no, es que nos lo vamos a llevar. Que te doy suerte, jefe —volvió a decir ella.

Todos reímos, y después de tomarnos esa copa, disfrutamos del resto de la noche bailando, charlando y recibiendo las felicitaciones de muchos otros compañeros del mundo de la prensa escrita y digital.

Capítulo 18



Había pasado una semana desde la entrega de premios donde *Turner Magazine* consiguiera ser ganadora por séptima vez, y los días transcurrían entre el trabajo en la oficina, acompañar a Dereck a alguna reunión para negociar la compra de propiedades, y haberme quedado a pasar el fin de semana con él.

Noté la yema de sus dedos en la espalda, estaba aún dormida bocabajo en la cama con los brazos debajo de la almohada y desnuda, así que tuvo fácil el acceso a esas caricias y a poder darme algún que otro beso suave en la zona.

Cuando sus dedos se adentraron entre mis piernas me estremecí, más aún en el momento en el que los deslizó despacio por mi zona íntima y acabó tocándome el clítoris.

Lo hacía con una lentitud que conseguía provocar expectación, que me llevaba a pensar que esos dedos irían a la entrada de mi vagina y me penetraría con ellos, pero no, me engañaba el muy juguetón.

Sentí que se movía y no tardó en separar un poco más mis piernas, y poco después esa lengua juguetona y traviesa suya se deslizaba entre mis labios vaginales en una lenta lamida. Me estremecí por completo y no tardé en gemir y moverme mientras escuchaba esa risilla que tenía.

Lo dejé hacer lo que quisiera conmigo, centrándome solo en disfrutar, gemir y dejarme llevar. Y entre lamidas y juegos con sus dedos por toda mi zona, me hizo alcanzar un orgasmo que liberé gimiendo sin dejar de mover las caderas.

Subió dejando un tierno camino de besos por mi espalda hasta besarme el cuello, abrí los ojos y lo vi sonreír.

—Buenos días —murmuré con voz aún somnolienta.

—Buenos días, preciosa —me besó los labios y giré para quedar frente a frente.

Llevé la mano a su entrepierna y al tocarla él hizo un sonido ronco mientras me besaba aún

más.

Acaricié despacio y lentamente su miembro, haciéndolo sufrir un poquito antes de envolverlo con mi mano y darle un poco de placer.

Gimió en mi boca y volvió a tocarme el clítoris con dos dedos, a penetrarme de nuevo mientras yo lo tocaba a él. Ambos gemíamos y deseábamos más, nos dejábamos llevar sin reprimirnos lo más mínimo.

Rompí el beso y lo miré fijamente, me mordí el labio y le di un leve empujón para que se quedara de rodillas en la cama. Tras colocarme en su misma posición, comencé a besarle el torso bajando por su cuerpo hasta que su miembro quedó a la altura de mis labios.

Sin dejar de mirarlo y viendo el deseo en sus ojos, deslicé la lengua por su virilidad, lamiendo despacio hasta que lo escuché gemir al pasarla lentamente por la punta antes de acogerlo en mi boca.

Dereck llevó la mano a mi cabello y poco a poco me fue guiando, acompasando mis movimientos con los de sus caderas, hasta que hizo que me apartara.

Me cogió por la cintura hasta colocarme a horcajadas sobre sus piernas y así, sentados en la cama, comenzó a penetrarme una y otra vez mientras nos besábamos, acariciábamos y dejamos que el deseo y la pasión nos envolviera, hasta llevarnos a ese punto cumbre.

Sus gemidos y mis gritos resonaron en la habitación mientras alcanzábamos el clímax, sin dejar de besarnos ni movernos, unidos aún durante esos últimos momentos de un orgasmo tan increíble como agotador.

Dejó un último beso en mis labios antes de que nos separáramos y fuimos a darnos una ducha juntos, donde entre besos y caricias se encargó de enjabonarme y lavarme el pelo con un masaje.

—Es usted una caja de sorpresas, señor Evans —dije cuando acabamos la ducha y salimos a secarnos—. Se le dan bien los masajes.

—Soy un mero principiante —se inclinó para darme un beso rápido en los labios.

Regresamos a la habitación y después de vestirnos fuimos a la cocina para desayunar, él se encargó de todo sin dejarme hacer ni tan siquiera el café.

Me quedé sentada en el taburete observándolo, con los codos apoyados en la isla, disfrutando de las vistas.

Y sí, debía admitir que ese hombre no solo era sexy y atractivo, sino que me gustaba, y mucho.

Su móvil empezó a sonar y cuando lo cogió, vi que lo silenciaba y volvía a dejarlo sobre la encimera. Terminó de hacer el bacon y los huevos revueltos y vino hasta mí para servirme un plato. No tardó en volver con el pan tostado, y el café.

Le entró una nueva llamada y volvió a silenciarlo, por lo que le dije que respondiera si era algo urgente.

—No lo es, tranquila —sonrió y me dio un beso en la sien. Se sentó a mi lado y dio un sorbo al café antes de empezar a comer—. Por cierto, tengo una reunión el próximo viernes para hablar con el dueño de un edificio de oficinas en Denver, y quiero que me acompañes.

—¿Yo? Pero, ¿y la revista?

—La reunión es por la tarde. El edificio es prácticamente nuestro y solo hay que ultimar algunos detalles, como la oferta por él. Te pasaré el informe para que eches un vistazo, y quiero que estudies la zona, el precio y demás, todo lo que hablaste la otra vez. Iremos en mi avión, así que el vuelo no supondrá más de dos horas y media. Por la mañana estaremos en la revista y después de comer, en Denver.

—¿Regresaremos esa noche?

—No, nos quedaremos allí el fin de semana.

—O sea, que lo de acompañarte a la reunión es más una excusa para llevarme de fin de semana —arqueé la ceja.

—Eres una mujer demasiado lista para mí —sonreí, y él se inclinó para besarme.

Su móvil sonó por tercera vez y le insistí para que atendiera la llamada, cosa que hizo a regañadientes. Lo cogió y se fue hacia el salón para hablar mientras yo recogía lo del desayuno.

—Ni siquiera lo intentes, o atente a las consecuencias — escuché decir a Dereck cuando entré en el salón.

En cuanto me vio, cortó la llamada y vino hacia mí para abrazarme. Lo hizo con fuerza, apoyando la barbilla en mi cabeza puesto que era más alto que yo.

—¿Estás bien? —pregunté mientras pasaba las manos por su espalda.

—Sí.

—No lo parece.

—No te preocupes por mí, preciosa —me besó en la frente—, estoy bien si tú estás cerca.

—Pues lamento decirte que tengo que irme ya. Voy a dejar mis cosas en casa antes de ir a comer con mis padres.

—Vale, pero antes deja que siga así unos minutos más —volvió a abrazarme con fuerza.

—Señor Evans, esto no es propio usted —reí.

—No te veré hasta mañana, y en la revista no me dejas acercarme más de lo necesario.

—Ok, entonces te dejo abrazarme, además, admito que me gusta que lo hagas —suspiré.

—Lo sé, soy tan irresistible que no puedes evitar tocarme, me pasa lo mismo.

Reí de nuevo y me quedé allí entre sus brazos, disfrutando del calor que desprendía su cuerpo y ese aroma que tanto me gustaba. Cerré los ojos y pronto noté que nos mecíamos despacio de un lado a otro. Dereck me dio otro beso en la frente y lo miré a los ojos.

Me gustaba estar con él, compartir esos momentos de ternura tanto como los de intimidad y pasión, por eso me daba miedo lo que sabía que empezaba a sentir por él.

Era mi jefe y no debería haberme involucrado con él, pero era como si un imán nos mantuviera siempre acercándonos, como si no pudiera alejarme demasiado porque siempre acababa en el mismo lugar.

—Tengo que irme —murmuré después de un tiempo allí abrazados en silencio, disfrutando el uno del otro.

Dereck asintió, se inclinó para besarme y nos fundimos en un beso íntimo y tierno que me hizo estremecer.

Fui a la habitación por mis cosas y nos despedimos en el ascensor, cuando entré en él para ir al parking me apoyé en el espejo del fondo con los ojos cerrados.

No debería enamorarme de mi jefe, esa no era una buena idea, no lo era, pero en el fondo sabía que eso ya había pasado.

Por mucho que no quisiera el sentimiento había ido creciendo poco a poco en mí, hasta convertirse en lo que ahora era. Estaba enamorada de mi jefe.

Conduje hasta casa y después de poner la ropa del fin de semana a lavar y secar, la guardé antes de ir hacia casa de mis padres.

Le mandé un mensaje a Alec para saber qué tal había pasado el fin de semana, ya que no había ido a verlo, y me dijo que estaba haciendo algunos ejercicios que le había aconsejado el

médico para ver si recordaba algo, pero no había tenido mucho éxito hasta el momento.

Sabía que, con paciencia, poco a poco la acabaría recuperando, si algo tenía mi ex era que siempre había sido muy testarudo, y si se proponía algo, no paraba hasta lograrlo.

Y deseaba que lo hiciera, porque nadie debería pasar por la incertidumbre de no recordar parte de lo que había vivido.

Capítulo 19



Esa mañana de miércoles Alec me llamó para decirme que, por fin, después de varias semanas en el hospital, le daban el alta.

Por más pruebas que le hacían veían que todo estaba bien y seguía igual, los tacs no daban nada que alertaran de peligros ni afecciones neuronales serias, y como dijo el médico sería cuestión de tiempo que recuperara la memoria en caso de que lo hiciera.

Y aquí estaba, después de comer, en el hospital entrando en la habitación de Alec, quien para mi sorpresa estaba vestido y terminando de guardas sus cosas en la bolsa de deporte que le llevé unos días atrás.

—¿Practicando para hacer todo con un solo brazo? —pregunté y se giró.

—Es algo complicado, pero me defiendo bien.

—Me alegro —sonreí—. ¿Listo para volver a casa?

—Sí, ya tenía ganas de salir de aquí.

—Vamos.

Alec cogió la bolsa y cuando salimos de la habitación vimos a su médico, nos deseó suerte y dijo que si necesitábamos cualquier cosa no dudáramos en pasar por allí.

Salimos del hospital y fuimos hasta mi coche, dejamos la bolsa en la parte de atrás y cuando se acomodó en el asiento del copiloto lo ayudé a abrocharse el cinturón.

Le pregunté si seguía viviendo en el mismo apartamento y cuando me dijo que no, le pedí que me fuera indicando cómo llegar a su casa. Conduje todo el camino siguiendo sus indicaciones hasta cerca del parque en el que nos conocimos, y que no estaba muy lejos de la empresa en la que él aún seguía trabajando.

Entramos en el parking del edificio y dejé el coche en una de las plazas de Alec, que tenía dos, cogimos su bolsa y subimos hasta la décima planta, aquel edificio tenía quince en total.

Al abrir la puerta de su apartamento encontramos varias cartas del correo esparcidas por el suelo, me agaché para recogerlas, lo seguí hasta la cocina y las dejé en la encimera.

Me enseñó el apartamento y al igual que el mío, era perfecto para una sola persona. Salón y cocina amplios, el dormitorio principal con cuarto de baño y un armario empotrado, una habitación habilitada como despacho y el aseo en el pasillo.

Le ayudé a poner la ropa que traía del hospital a lavar y echamos un vistazo a la nevera.

—Creo que voy a morir de hambre —rio al ver que apenas había nada porque estaba casi todo ya caducado.

—Tranquilo, hacemos la compa online y en un rato la tienes aquí —dije cogiendo el móvil de mi bolso.

—¿Quieres un refresco?

—Vale —me senté en la encimera de la cocina y entré en el supermercado donde solía comprar mi madre.

Alec me dio el refresco y entre los dos estuvimos llenando el carrito de la compra con lo que iba a necesitar, ya no solo de comida sino algunos productos de higiene, y le dije que me quedaría hasta que llegara para ayudarlo a colocarla.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó cuando nos sentamos en el sofá.

—Bien, ya sabes, manteniendo las agendas de mis jefes al día. ¿Has hablado con los tuyos?

—Sí, me llamaron ayer para ver cómo estaba, recibieron la baja del médico y me dijeron que no me preocupara por nada, que mi puesto estaría ahí cuando me recuperara.

—Me alegro —sonreí—. ¿Te han dicho cuándo te quitarán la escayola?

—En un par de semanas, y tendré que empezar con la rehabilitación.

—Te irá bien, ya lo verás.

—Eso espero, porque, aunque me manejo bien con un brazo, necesito los dos para sentirme útil de nuevo.

—Paciencia, ya sabes que Roma no se construyó en un día.

—Quería darte las gracias —dijo apoyando la mano en mi rodilla, y en cuanto miré, la apartó —. De verdad, me estás ayudando mucho.

—Lo que puedo, nada más.

—Y para mí es mucho, Martina. No recuerdo cuánto daño te hice, pero sé que nadie que ha sufrido por culpa de su pareja quiere volver a ayudarla.

—No, y habíamos estado sin vernos durante estos cuatro años. En realidad, tres —corregí—. La última vez que nos vimos fue en el funeral de tus padres.

—¿Fuiste a su funeral?

—Sí, les apreciaba mucho.

—Ni siquiera recuerdo dónde están enterrados. Eso es fuerte —suspiró dejando caer la cabeza hacia atrás.

—¿Quieres ir? No tardarán en traer la compra y puedo llevarte después.

—No quiero acaparar tu tiempo, seguro que tendrás cosas que hacer, o te esperará tu novio en casa.

—Tranquilo, puedo llevarte y si quieres, llevaremos unas flores.

—Eso estaría bien, sí —sonrió.

Nos terminamos el refresco y poco después llegó el repartidor del supermercado con toda la compra. Me ayudó a dejarla en la cocina y Alec le dio una propina cuando se marchó. Guardamos todo entre los dos y fuimos de nuevo por el coche.

Compramos unas flores de camino al cementerio en el que estaban enterrados sus padres y cuando llegamos, caminamos bajo el frío de la tarde que se alejaba para dar paso a la noche.

Cuando llegamos a la zona en la que estaba la tumba donde descansaban los dos juntos, Alec se acercó y tocó la tumba mientras la observaba.

Tenía algunas flores bastante secas y las retiré para colocar las que habíamos comprado.

—No me puedo creer que estén aquí, y no de viaje como me dijiste.

—Siento haber tenido que mentirte con eso, pero…

—Lo sé —sonrió—, solo hiciste lo mejor para mí en ese momento —miró de nuevo las

tumbas y se arrodilló ante ellas—. Es solo que en mi mente aún están en su casa y yo los vi unos días antes de mi accidente. No puedo creer que haya perdido cuatro años de recuerdos —suspiró.

—Alec, poco a poco seguro que los recuperas. Tómatelo con calma, ahora que estás en casa mira todo, coge esos objetos cotidianos de tu vida, ve viejos álbumes de fotos, no sé, porque cualquier cosa por pequeña o insignificante que tú crea que es, puede ayudarte a recuperar esos años.

—¿Y qué pasa si no quiero volver a olvidarte a ti? No me malinterpretes, sé que no serías mi novia de nuevo, pero, esto que hay ahora, el hecho de que te sienta como una amiga, no sé, es raro, pero no quiero perderlo.

—Sí que es raro, sí. Pero no creo que pudiera seguir formando parte de tu vida cuando te recuperes. Y no te lo tomes a mal, pero me costó mucho superar el dolor, así que…

—Entiendo —me acarició la mejilla y nos miramos fijamente, solo que no sentí nada de lo que durante tantos años Alec me hizo sentir—. Deseo que ese hombre con el que estás te haga feliz, no mereces menos.

—No es nada demasiado serio, por el momento estamos conociéndonos.

—Ya es algo —sonrió.

Volvió a mirar la tumba y cerró los ojos, podía imaginar que en su mente volvía a ver a sus padres y que seguramente estaría hablando con ellos. No sabía qué haría yo en su lugar si, de la noche a la mañana, me despertara con años de recuerdos borrados de mi mente y encontrándome con la noticia de que había perdido a mis padres en esos años.

Unos minutos después regresamos al coche y lo llevé de vuelta a su casa, le dije que no dudara en llamarme si necesitaba algo o si empezaba a recordar, y dijo que así lo haría.

—Te llamaré en un par de días para ver cómo estás —dije, cuando bajó del coche.

—Gracias por el interés, sé que no lo merezco.

—Bueno, tómalo como un milagro anticipado de Navidad —sonreí.

—Cierto, apenas quedan unas semanas. Ten cuidado, ¿vale? La calzada está mojada por las lluvias de estos días.

—Descuida, ya has visto que conduzco con cuidado. Adiós, Alec.

—Adiós.

Cuando cerró la puerta me incorporé al tráfico y conduje hasta mi casa, donde al llegar me deshice de la ropa de camino a la habitación y me metí en la ducha bajo el agua caliente para relajarme unos minutos.

En cuanto me sequé y me puse el pijama fui a prepararme un sándwich para cenar, momento en el que me entró un mensaje de Janet.

Janet: *¿Qué tal Alec?*

Martina: *En su casa, se desenvuelve bien con un brazo nada más. Aun así, estaré pendiente. Sigue sin recordar, pero espero que lo haga.*

Janet: *Sí, eso tiene que ser un asco. En fin, si necesitas algo solo tienes que llamarme, ¿sí? Te quiero, cariño. Nos vemos mañana.*

Martina: *Lo sé, yo también te quiero. Hasta mañana.*

Cené en el sofá viendo las noticias y cuando acabé, cobijada con mi manta y mirando hacia el ventanal donde podía contemplar la nocturna ciudad de Seattle iluminada, me acomodé para seguir leyendo un poco antes de acostarme.

Y entonces pensé en Dereck y en que esa mañana me había recordado que solo faltaban dos días para nuestro esperado viaje.

Capítulo 20



Estaba en la revista terminando de enviar unos e-mails a varias de las empresas que saldrían publicitadas en las dos ediciones especiales de Navidad antes de irnos a Denver, cuando me llamó Karen, de recepción.

—Martina, hay un repartidor aquí abajo preguntando por ti. Lo mando a tu planta.

—Claro, sí. Gracias.

Colgué y seguí centrada en el trabajo hasta que escuché el ascensor y no tardé en ver al repartidor con un enorme ramo de flores en un bonito jarrón de cristal.

—¿Martina Díaz? —preguntó delante de mi escritorio.

—Sí —sonreí—. Puedes dejarlo aquí —dije retirando unas carpetas del escritorio, y lo colocó en él.

—Si me firma —me entregó su PDA y firmé—. Gracias. Que tenga una buena tarde.

—Sí, igual para ti.

Me quedé mirando aquellas flores, aspiré su delicado aroma y sonreí al ver que tenían una tarjeta, aunque sabía que eso era cosa de Dereck, quien por cierto y casualmente salía en ese momento de su despacho.

—Vaya, ¿y esas flores? —preguntó deteniéndose frente a mí, con una carpeta en la mano y la otra en el bolsillo del pantalón.

—¿En serio preguntas? No te hagas el que no sabe, que esto es cosa tuya —sonreí cogiendo la tarjeta.

—Martina, yo no te he enviado esas flores.

—No disimules, que sé que has sido tú.

—No, no he sido yo. El día que te envíe flores sabrás que he sido yo sin necesidad de leer una tarjeta.

Fruncí el ceño al escucharlo y sin entender quién habría enviado entonces ese ramo para mí a la revista.

Abrí el pequeño sobre, saqué la tarjeta y me quedé sin palabras al leerla.

«Gracias por lo que has hecho por mí, Martina. Espero que aceptes una invitación para cenar como agradecimiento. Alec»

—¿Y bien? —preguntó Dereck con la ceja arqueada.

—Son de Alec, un gesto de agradecimiento por estar pendiente mientras estaba en el hospital —guardé la tarjeta de nuevo en el sobre y llevé mis manos a la espalda.

—Bonito detalle. ¿Ha recordado algo? —preguntó, acercándose para darme un beso.

—No, sigue viendo fotos y todo lo que tiene en casa que pueda devolverle algún recuerdo, por pequeño que sea.

—Tal vez nunca recupere la memoria.

—Lo sé, y él también. Se está haciendo a la idea, de hecho.

—Voy a llevarle este informe a John y podemos irnos, si has terminado con el trabajo, claro.

—Sí, he terminado —sonreí, y él asintió antes de ir hacia el despacho de su amigo y socio.

Aproveché para enviarle un mensaje a Alec dándole las gracias por las flores y me contestó diciendo que las gracias infinitas siempre me las daría él a mí por no haberlo dejado solo cuando más necesitaba una mano amiga.

Recogí todo y tras ponerme el abrigo fui a la sala donde preparaba el café por mi maleta, pues la dejé allí cuando llegué por la mañana.

En el momento en el que salía con ella vi que Dereck y John salían de su despacho.

Capítulo 21



Habíamos cenado langosta acompañada de un delicioso y afrutado vino blanco, y de postre Dereck pidió pastel de mousse de chocolate que estaba buenísimo.

Cuando acabamos con el postre me sirvió otra copa de vino y me pidió que esperara hasta que hubiera preparado el baño, pues tal como dijo llenó el jacuzzi de agua y puso gel para hacer las burbujas en las que me encontraba en ese momento.

Dereck me dejó disfrutando del baño a solas, con música suave de fondo y una copa de vino mientras hacía unas llamadas.

Estaba recostada en el jacuzzi, con la cabeza apoyada en una toalla mullida que me había puesto él, con los ojos cerrados conectando con la calma.

No sabía cuánto necesitaba relajarme hasta ese momento.

Y es que las últimas semanas habían sido un tanto duras, que una no volvía a tener a su ex en su vida y mucho menos con amnesia y recordando ese momento en el que aún era su novio.

Claro que tampoco me habría imaginado ni en mis sueños más locos que me estaría acostando con mi jefe.

Cogí la copa y di un sorbo al vino, justo en el momento en el que volvía a dejarla al borde del jacuzzi Dereck abrió la puerta.

—¿Qué tal el baño? —preguntó, sentándose en el borde.

—Súper bien. Creo que debería poner una bañera en mi cuarto de baño, aunque no tengo espacio suficiente para eso —suspiré.

—Siempre puedes quedarte a pasar la noche en mi apartamento y disfrutar de mi bañera.

—Eso sería genial, pero no estaría bien.

—¿Por qué no?

—Pues porque se supone que solo me quedaré a dormir contigo algún fin de semana.

—¿Por qué no todos?

—Porque, aunque Janet y Eric sean conscientes de que me acuesto con uno de mis jefes, también tengo que pasar tiempo con ellos. Y eso me lleva a una pregunta que me hago desde hace días.

—¿Cuál?

—¿John sabe esto? —Nos señalé a ambos de manera alterna.

—Yo no le he dicho nada de manera directa, pero lo sospecha —sonrió.

—Teniendo en cuenta que sabe que soy la chica por la que pagaste para recibir un beso.

—Exacto —dijo mientras cogía una toalla pequeña y la doblaba.

No tardó en hundirla en el agua del jacuzzi y tras escurrirla un poco, me la pasó por los hombros.

—Hum, eso es relajante —murmuré cerrando los ojos.

—¿Quieres que te relaje aún más?

—Suena bien.

Vi que Dereck se desnudaba y se unió a mí en el jacuzzi. Hizo que me apartara y se apoyó él en el lugar en el que había estado yo. Volvió a coger la toalla y tras hacer que me recostara sobre su pecho, comenzó a pasar la toalla con suavidad por mi brazo subiendo hasta el hombro, deslizándola por el cuello hasta el otro hombro y bajando por el brazo.

Subió de nuevo y cuando llegó al hombro la llevó hacia el torso, y mientras Dereck pasaba aquella suave tela mojada por todo mi cuerpo, yo simplemente disfruté del momento con los ojos cerrados.

Y cuando decía por todo mi cuerpo me refería a todo él, cada rincón por el que podía pasar la toalla, la pasó.

—¿Qué tal? —curioseó, besándome el cuello.

—Ahora mismo, relajadísima.

—Puedo relajarte más —murmuró mientras llevaba las manos a la parte interna de mis muslos y los separaba un poco más.

—¿Cuánto más? —pregunté.

—Mucho más —me besó el cuello y sentí que masajeaba esa zona con cuidado.

No tardó en deslizar la mano hasta cubrir mi zona íntima por completo, separó los labios vaginales y comenzó a acariciarme el clítoris con un dedo muy despacio. No tenía prisa y se notaba, solo quería relajarme y hacerme disfrutar.

Varios minutos después yo misma empecé a moverme y Dereck me penetró con el dedo, despacio, entrando y saliendo mientras yo iba subiendo las caderas.

Llevó la otra mano a uno de mis pechos y comenzó a masajearlo, rozándome el pezón de manera que me excitaba más a casa segundo que pasaba, y añadió los besos en el cuello y el hombro de manera que poco a poco sentí cómo se formaba el orgasmo.

—Dereck —jadeé.

—Lo sé, preciosa —murmuró—. Hazlo.

Liberé el clímax entre jadeos y gemidos mientras él seguía penetrándome. Cuando acabé, con el cuerpo laxo y relajado, miré a Dereck y se inclinó para besarme.

Me aparté lo justo para acomodarme a horcajadas sobre él y nos entregamos así al momento de deseo y pasión que nos envolvía. Entre besos y caricias nos fundimos en un solo cuerpo dejándonos llevar por lo que ambos sentíamos y queríamos en ese instante.

Noté cómo de nuevo me preparaba para alcanzar el éxtasis y este no se hizo esperar, liberando el clímax al unísono con un brutal e intenso orgasmo.

Apoyé la frente en su hombro mientras él me mantenía rodeada con sus fuertes brazos por la cintura y notaba todo mi cuerpo tembloroso. Le besé el cuello y cuando lo miré a los ojos sentí algo diferente, algo en el pecho que no fui capaz de interpretar.

Dereck cogió mis mejillas entre sus manos y me besó con ternura en los labios.

—Sí que sabes cómo hacer que una mujer se relaje —sonreí.

—Te lo dije —hizo un guiño—. Quería preguntarte algo.

—Dime.

—¿Qué planes tienes para Navidad? —Me colocó un mechó de cabello tras la oreja.

—Pues cenar en Nochebuena y Fin de Año en casa de mis padres, y comer al día siguiente con ellos también, como siempre. Janet y Eric también estarán. ¿Por qué?

—Bueno, tengo una cabaña en una zona nevada que seguro te gustaría visitar, pensé que podríamos pasar las Navidades juntos.

—Eso una idea tentadora, pero no he dejado de celebrar estas fiestas con ellos, ni siquiera cuando aún vivían en Málaga. Dejaba a Alec aquí para estar con ellos. Y ahora que lo pienso, fue ese último año que lo hice cuando empezó a serme infiel.

—Entiendo, la familia es importante —sonrió.

—Para mí, sí, aún en la distancia siempre estaban si los necesitaba.

—No insistiré más —me besó en los labios—. Creo que es hora de irse a la cama, señorita Díaz.

—Sí, porque ahora mismo estoy súper relajada y quiero descansar hasta mañana.

Salimos del jacuzzi y tras secarnos Dereck me cogió en brazos para sacarme de allí, me reí ante el gesto y cuando llegamos a la cama me recostó en ella mirándome con esos ojos que parecían hablar por sí solos sin necesidad de que él dijera una sola palabra.

Le acaricié la mejilla y me incorporé para besarlo. Entre nosotros existía una química que era más que visible, y sin lugar a dudas cuando estábamos juntos nos dejábamos llevar por el deseo y las ganas sin pensarlo.

Volvimos a hacerlo de nuevo, más lento, más tierno y pausado, hasta que quedamos los dos saciados, al menos hasta que nos volviéramos a ver envueltos en esa espiral de deseo y pasión que ninguno podía ignorar.

Su móvil empezó a sonar en la mesita de noche, lo cogió para ver quien era y resopló.

—Cógelo, Dereck, si es trabajo no te preocupes —dije mientras me cubría con la sábana.

—No es trabajo —lo dejó de nuevo en la mesa después de silenciarlo por completo y me rodeó por la cintura pegándome a él.

—Tal vez sea una emergencia. ¿Tu hermana o John?

—No, no es ninguno de ellos. Y ahora vamos a dormir, mañana después del desayuno tenemos que ir a ver una casa que John me ha dicho que hay en venta y cree que sería una buena

inversión.

—Vale, entonces este sí ha sido un viaje de trabajo, qué decepción, señor Evans —suspiré.

—Ha sido un viaje de trabajo y placer, señorita Díaz, porque como usted misma acaba de comprobar, dos veces, en su tiempo libre le doy placer, mucho placer —murmuró besándome el hombro.

—A ver si me voy a acostumbrar a esto, y te pido que te cases conmigo —reí.

—Creo que mejor te lo pido yo.

Muda, sin palabras, así me quedé al escucharlo, porque lo mío había sido una broma, pero por el tono de voz que Dereck había empleado, no podía estar segura de que lo suyo también lo fuera.

Me abrazó con fuerza, me deseó buenas noches y besó de nuevo mi hombro. Durante unos minutos me quedé mirando por la ventana de la habitación, pensando en si realmente me veía compartiendo con él algo más que sexo, y sí, claro que me veía.

Pero si había algo en lo que debí pensar antes de involucrarme con él, era en que nunca resultaba ser una buena idea mezclar el trabajo con el placer o la vida en pareja.

Capítulo 22



Después de pasar la mañana visitando la casa que Dereck y John querían tomar en consideración para comprar, regresamos al hotel para comer y descansar un poco viendo la televisión en el sofá, lo que haría cualquier pareja normal.

Nos arreglamos y salimos para ir a cenar a ese lugar que dijo el día anterior que me gustaría.

Y no se equivocó, pues nada más entrar en el restaurante me encantó.

Era acogedor y muy elegante, la iluminación era suave y creaba un ambiente de lo más íntimo.

Todas las mesas estaban cubiertas con manteles blancos y servilletas granates, con un par de velas en el centro, cuyo parpadeo suave les hacía añadir un toque cálido y romántico al lugar.

De fondo sonaba una música suave de jazz que no impedía que los comensales mantuvieran una conversación. Varias obras de arte decorando las paredes le daban un toque de lo más pintoresco.

Nos llevaban por el salón hacia el fondo, acomodándonos en una mesa junto a un ventanal cuyas vistas daban a un jardín precioso y lleno de flores que daban un bonito colorido a aquel lugar, donde varias guirnaldas de pequeñas bombillas colgaban de los árboles y le daban un toque mágico y con encanto.

—¿Tomarán vino? —preguntó el camarero que nos había llevado a la mesa.

—Sí, traiga un vino blanco.

—Enseguida, señor Evans —asintió.

—Tengo que darte la razón, Dereck, este lugar es precioso —dije cuando nos quedamos solos —. Y ese rincón, es como un cuento de hadas.

—Este era el restaurante favorito de mi madre.

—No me extraña —sonreí.

—Lo compré poco después —confesó.

—Vaya, así que, además de comprar y vender propiedades y ser socio inversor de la revista, eres dueño de este restaurante.

—Sí.

—Repito, es usted una caja de sorpresas —sonreí.

Mientras echaba un vistazo a la carta, en la que debía admitir que todo sonaba delicioso, trajeron el vino y nos sirvieron las copas.

—¿Le puedo tomar nota? —preguntó, dejando la botella a un lado de la mesa.

—¿Sabes qué vas a querer o necesitas más tiempo?

—Querer quiero muchos de estos platos —confesé—, pero sí, sé lo que voy a tomar.

Pedí como entrante la ensalada de pera y queso de cabra, que según la descripción era una exquisita mezcla de hojas verdes frescas, rodajas de pera caramelizada, nueces tostadas y queso de cabra, aderezada con una vinagreta de miel y mostaza.

Y de segundo me decanté por el filete de salmón a la parrilla con salsa de limón y eneldo, acompañado de un cremoso puré de patatas.

—Yo tomaré lo mismo —dijo Dereck cuando terminé.

El camarero se marchó llevándose las cartas y cogí mi copa.

—Por las madres, esas que siempre están apoyando nuestras decisiones —dije, a modo de brindis.

Dereck sonrió, al tiempo que chocaba su copa con la mía y ambos dimos un sorbo.

—Tengo una curiosidad —dije tras dejar la copa.

—¿Cuál?

—¿Por qué un hombre como tú, que podría tener a cualquier mujer, no está casado?

—No he encontrado a la mujer que me haga querer sentar la cabeza. Al menos no hasta ahora.

—Así que, si la encuentras, te plantearías casarte y el lote completo.

—¿Lote completo?

—Ajá. Casa, boda, hijos, un par de perros y un gato.

—Sí, lote completo —sonrió.

—¿Cómo te ves en diez años?

—¿Sinceramente?

—Por supuesto.

—Casado y con hijos. Tengo cuarenta años, y siempre dije que a los cincuenta llegaría casado y con hijos.

—Es toda una meta, sí —reí.

—¿Y tú? ¿Cómo te ves en diez años?

—Con una familia con la que compartir mis alegrías, trabajando en la revista y, si puede ser, habiendo viajado a algunos de los lugares que me encantaría conocer.

—¿Por ejemplo?

—Venecia, Ámsterdam, y cualquier lugar paradisíaco con una cabañita en el mar.

—Seguro que te conviertes en toda una aventurera.

Nos trajeron los entrantes y gemí ante aquella deliciosa mezcla de sabores. Dereck me dijo que no había cambiado nada de aquel lugar, ni siquiera los platos que llevaban sirviendo toda la vida.

Me contó que le gustaba ir a Denver a menudo y quedarse en el hotel solo para poder cenar en ese restaurante, ya que era el modo que encontró para estar un poco más cerca de su madre.

Cuando nos sirvieron el plato principal me quedé gratamente sorprendida al probarlo, pues era con diferencia el mejor salmón que había comido en mi vida.

Pasamos el resto de la cena entre risas y hablando sobre algunas de las cosas más vergonzosas que nos habían pasado en la adolescencia. Dereck no perdía la ocasión de cogerme la mano,

acariciarla e incluso dedicarme esas miradas que tanto me imponían.

—No me mires de ese modo, que pareces el lobo a punto de comerme —dije cuando nos retiraron los platos.

—No puedo evitarlo, quiero comerte —dio un sorbo a su vino.

—Así que me ves como un filete, es bueno saberlo —reí.

—No, Martina, te veo como lo que eres. Una mujer hermosa en todos los sentidos, no solo como una asistente, que se ha convertido en una auténtica perdición para mí. Me gustas, te lo he dicho otras veces, y a riesgo de encontrarme una piscina vacía, te voy a ser sincero. Quiero algo más que una relación de sexo.

—A ver… Esto sí que no me lo esperaba —reí nerviosa—. ¿Es eso una declaración de amor, señor Evans?

—Es una declaración de intenciones, Martina. Sé que te preocupa que piensen que estar conmigo te llevó a ascender, cuando ese puesto ya era tuyo incluso antes de que supiera quién eras en aquella fiesta en la que te besé. No es una propuesta de matrimonio, pero sí una para que veas que esto no es solo una aventura sin más, sino que no me importa si nos ven juntos en la revista, y que pueda tocarte o besarte si quiero y sin preocuparme de lo que puedan decir.

—Dereck, no sé qué decir.

—Di que sí, que aceptas que sigamos conociéndonos más y que pueda invitarte no solo a quedarte en mi ático un fin de semana, sino a acompañarme en algún que otro viaje de negocios.

—Esto es una locura. Sabes que si sale mal dejaré la revista, o al menos pediré un cambio de puesto.

—No tiene por qué salir mal, Martina.

—Admito que tú también me gustas, pero tengo esa cosita en la cabeza que hace que me dé un poco de miedo estar contigo. No solo contigo, sino tener una relación seria.

—Te aseguro que no soy como tu ex, no te engañaría con nadie.

—Ese es un punto a tu favor, sin duda —sonreí.

—Martina, puedes confiar en mí, nunca haría nada que te hiciera daño.

Lo miré a los ojos y confié en sus palabras, no tenía por qué no hacerlo, sonaba sincero y podía ver que no estaba mintiendo, a no ser que fuera un experto en ocultar que mentía.

—Si no sale bien, pido un cambio de puesto —le advertí.

—Saldrá bien, lo sé —sonrió mientras me daba un apretón en la mano.

—¿Tomarán postre? —preguntó el camarero.

—Sí, necesito algo dulce —dije.

—Tráenos la mousse de chocolate negro con frambuesas —le pidió Dereck, y él asintió—. Te va a gustar, ya verás —me dijo.

—Todo lo que sea dulce o lleve chocolate, me gusta —sonreí.

Poco después nos trajeron aquella mousse servida en una elegante copa de cristal decorada con frambuesas frescas y un toque de menta. Me llevé una cucharada a la boca y gemí ante aquella explosión de sabores y lo suave que era.

—Por Dios, esto es un orgasmo culinario —gemí.

—Sabía que te iba a gustar —sonrió.

—Uf, me ha gustado todo, en serio. Desde el lugar, hasta la comida.

—¿Y la compañía? —Arqueó la ceja.

—La compañía ha sido lo mejor de la noche. Aunque aún no ha terminado.

—¿Qué se te está pasando por esa cabecita, preciosa?

—Nada.

—Nada bueno, diría yo.

—Oh, no, es algo muy bueno, te lo aseguro —me incliné un poco hacia delante para susurrar —. Todo lo que voy a hacerte cuando lleguemos a la suite, va a terminar en algo buenísimo.

—Estoy deseando verlo —sonrió.

Y sí, la noche la acabamos horas después en la cama, sudorosos, jadeantes y exhaustos, tras dejarnos llevar entre besos y caricias por el deseo y la pasión que no podíamos ni queríamos reprimir ni controlar cuando nos envolvía.

No conseguía conciliar el sueño pensando en lo que habíamos hablado en la cena. Estaba preparada para ese paso, para ver hasta dónde nos llevaba lo que había empezado entre nosotros,

pero no podía quitarme de la cabeza el hecho de que, si no funcionaba, posiblemente no pediría un cambio de puesto en la revista, sino que dejaría el trabajo en ella como hice cuando rompí con Alec.

Y no le temía a ese cambio, ni mucho menos, porque ya había pasado por eso y me amoldaba rápido a los nuevos trabajos, pero sabía que superar a Dereck me costaría más de lo que me costó superar a mi ex, porque a pesar de que era poco tiempo el que hacía que nos conocíamos, tenía que admitir que me había enamorado profundamente de él.

Capítulo 23



Desde que regresamos del viaje por trabajo a Denver, los días en la revista habían pasado a ser muy diferentes de cómo eran antes.

Dereck no perdía la ocasión de cogerme de la mano delante de cualquier otro empleado, Steven se alegraba de que estuviéramos juntos y John dijo que algo se imaginaba.

Kate, su hermana, me dio la bienvenida a la familia, y después de varios días en los que nos veían juntos, ya era algo normal para todo el mundo.

Nadie insinuó nada sobre que hubiera conseguido el puesto por estar con él, cosa que agradecía, sino que muchos decían que el jefe era afortunado de tenerme.

En realidad, quien más lo decía eran Janet y Eric, puesto que, según ellos, el jefe había sucumbido a mis encantos y sin poder resistirse.

Era jueves y mi madre me había pedido que fuera a comer con ellos, así que Dereck me dio la tarde libre para que la pasara con mis padres, ya que querían que habláramos sobre las fiestas navideñas que estaban cada vez más cerca.

Aparqué el coche en la puerta de casa de mis padres y entré anunciando mi llegada.

—Aquí está la reina de la casa —dije a gritos, y escuché las carcajadas de los dos en la cocina.

—Su alteza, bienvenida —dijo mi padre, haciendo una reverencia y me eché a reír.

—No sé quién está peor, si la niña o tú —resopló mi madre.

—Qué bien huele a puchero, mamá —le di un abrazo y un beso.

—Pues venga, a la mesa a comer que esto hay que disfrutarlo caliente.

Puse la mesa mientras mi padre cortaba el pan, nos sentamos y me preguntaron qué tal estaba

Alec.

—¿Ha recordado algo? —quiso saber mi padre.

—No. Hablé ayer por la mañana con él, le pregunté, pero sigue igual. Al menos no empeora. Y del brazo, me dijo que la semana que viene le quitarán la escayola.

—Tiene que ser duro para una persona estar así.

—Sí, no quiero ni imaginarlo mamá.

Alec también me preguntó si aceptaba tomar café en su casa hoy con él, así que me pasaría antes de irme a la mía, pero eso no se lo dije a ellos.

—Bueno, pues ya tenemos las Navidades casi encima —comentó mi padre—. Cenarás aquí, ¿verdad?

—Sí, claro, y Janet y Eric seguramente también.

—¿Qué queréis que prepare este año para Nochebuena? —curioseó mi madre.

—Además de un poco de marisco, esas croquetas de pollo que haces —sonreí.

—Marisco y croquetas, ¿qué más?

—¿Pavo asado con puré de patatas? —sugirió de mi padre.

—Por mí, bien, así no tienes que preparar nada para el día de Navidad, tendremos de sobra con eso —contesté.

—Y de postre un pastel de chocolate.

—Ya tenemos el menú —rio mi padre.

—De los regalos de Janet y Eric ni os preocupéis, que yo compro los vuestros para ellos también.

—Vale cariño, después ajustamos —sonrió mi madre.

—¿Vendrás para decorar la casa? Ya sabes que nos gusta que estés —dijo mi padre.

—No me perdería ese momento por nada, siempre y cuando tengamos chocolate caliente.

—Y churros, que yo los hago —contestó.

Seguimos comiendo y mi madre dijo que iba a preparar unas galletas de jengibre para esas fiestas y que pudiera llevar a la revista, como había hecho en los últimos años, para tomarlas con todos los compañeros y una botella de champán.

Recogimos la mesa y mientras mi padre preparaba el café nosotras pusimos unas pastas en un plato para tomarlas como acompañamiento de postre.

Me preguntaron si estaba a gusto en el puesto de asistente de los nuevos socios y dije que sí.

—La verdad es que estoy contenta, he ido ya a dos reuniones con uno de ellos para hablar de la compra de unas propiedades, hice algunas sugerencias y los dueños que las vendían aceptaron la oferta que yo le di a mi jefe. Eso es un plus en mi sueldo —sonreí.

—Me alegro mucho cariño —mi madre sonrió.

Después del café y ayudarlos a recoger todo me despedí de ellos y subí al coche para ir a ver a Alec.

Pasé por la pastelería por unos bollos antes de llegar y cuando subí a su casa, sonrió al ver la bandeja en mi mano.

—Traigo un poco de azúcar —sonreí.

—Ya lo veo. Pasa —se hizo a un lado y entré.

—¿Qué tal va el brazo?

—Me pica horrores por la escayola, ya no sé con qué rascarme —resopló.

—Si me lo hubieras dicho, te habría traído una de esas agujas de ganchillo que son largas y las puedes meter por aquí —dije metiendo el dedo por el hueco entre la escayola y sus dedos.

—Pues no se me había ocurrido, la verdad.

—Bueno, solo te queda una semana para que te la quiten.

—Gracias a Dios —volteó los ojos.

—Voy a hacer café —dejé el bolso en la encimera y me quité el abrigo, que puse en uno de los taburetes.

Mientras se hacía el café saqué dos tazas y el azúcar, llevé los pasteles a la mesa del salón y en cuanto estuvo listo el café lo serví y fuimos a sentarnos.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó.

—Bien, sin parar —sonreí.

—Hoy he hablado con mi jefe, llamó para ver cómo estaba. Me ha enviado el contacto de una clínica donde puedo hacer la rehabilitación.

—Eso es genial.

—Sí, una cosa menos de la que preocuparme.

—¿Y los recuerdos?

—Te aseguro que estoy haciendo lo posible por recordar. He visto las fotos de mi móvil más de cien veces, he entrado en mis redes y no veo a esas chicas. Mis amigos y compañeros me cuentan cosas, me las apunto incluso, pero nada. Creo que voy a tener que hacerme a la idea de que he perdido cuatro años de recuerdos y no volverán.

—O sí, tal vez haya algo que veas que resulte ser un detonante para ti y empieces a recordar.

—O que me tire por la escalera y me vuelva a golpear la cabeza para ver si con el segundo golpe, recupero la memoria.

—Es una opción, te ayudo a tirarte si quieres, por si no te atreves tú solo a dar el paso.

—No sé si tomarme eso como una venganza por lo que te hice y no recuerdo…

—No lo había pensado, pero sí, sería una pequeña venganza para mí.

—No te lo reprocharía.

—Sabes que no lo haría, Alec.

—Lo sé, siempre fuiste mejor persona que yo.

—Bueno, no he venido para hablar del pasado. ¿Cómo te manejas tú solo?

—Bien, por suerte. Menos mal que existen los platos de comida precocinados y la comida a domicilio —sonrió—. Lo peor es dormir, pero bueno. A la que me descuido estoy recostado de lado y clavándome la escayola.

Seguimos hablando mientras nos tomábamos el café con esos bollos que había llevado, y me dijo que había estado mirando coches para comprarse otro, dado que el suyo había quedado tan mal que acabó en el desguace.

Fueron varios temas de conversación los que sacamos entre uno y otro, y al preguntarle por las fiestas de Navidad me dijo que cenaría con unos amigos las dos noches.

Me ofrecí para prepararle la cena y fuimos a la cocina, donde me centré en hacer unos canelones de carne y verduras, de modo que tendría también para comer al día siguiente.

—Eso huele de maravilla. Siempre se te dio bien la cocina —dijo dando un sorbo a su refresco, pues con los calmantes para el brazo no podía tomar alcohol.

—Sabes que me gustaba pasar las tardes con mi madre, viéndola cocinar —contesté.

—Fui un imbécil.

—¿Por qué lo dices?

—Por lo que te hice, aunque no lo recuerde, admito que, si te engañé con otra, fui un imbécil por perderte. No hay más que ver que eres una mujer increíble, Martina.

—Bueno, a veces perdemos a las personas que nos quieren por eso, por imbéciles —me encogí de hombros con una leve sonrisa.

Alec me miró fijamente, estaba a solo unos centímetros de mí, me acarició la mejilla y se inclinó acercándose, acortando la distancia entre nuestros labios, y me besó. Fue apenas un roce breve, pero ahí estaba ese beso que no debería haber llegado.

—No puedo evitarlo, Martina, para mí, no hemos roto y siento algo por ti.

—Pero rompimos, Alec, lo nuestro acabó hace cuatro años. Tú estuviste con ella dos años y estos dos últimos has estado con otras. Y yo, ahora estoy con alguien.

—Sé que es de locos, pero te quiero, sigues en mi mente y aquí —señaló su corazón.

—Te olvidé, Alec, te superé y seguí adelante con mi vida como hiciste tú.

—Sé que lo que hice estuvo mal, pero todo el mundo merece una segunda oportunidad. Dicen que todo pasa por algo, ¿no? Tal vez esto ha pasado para que volvamos a intentarlo, para que recuerdes cómo era lo nuestro antes de eso que hice.

—No, Alec, no puedo volver atrás.

—Pero siempre estuvimos bien, éramos perfectos el uno para el otro.

—Hasta que dejé de ser perfecta para ti.

—Podríamos hacer que funcione, puedo hacer que funcione otra vez.

—No, no podemos. Sé que no volvería a enamorarme de ti, Alec, lo siento.

—Estás enamorada de él, ¿verdad?

—Sí —respondí con sinceridad y sin pensarlo.

Saqué los canelones del horno después de recogerlo y limpiar todo, me puse el abrigo y cogí el bolso para irme. Alec me acompañó a la puerta y nos despedimos con un abrazo rápido.

Me dio las gracias por prepararle la cena y por la visita, y dijo que me llamaría si recordaba algo en esos días. Yo quedé en preguntarle qué tal el brazo cuando le quitaran la escayola.

Subí al coche pensando en lo que había dicho, en eso de que tal vez su pérdida de memoria y el que me recordara a mí como si nunca hubiéramos roto podría ser una señal para que nos diéramos otra oportunidad, pero eso no iba a pasar.

Me costó mucho superarlo y el dolor de que me engañara durante tanto tiempo, y después de cuatro años sin tenerlo en mi vida no iba a volver a dar marcha atrás para hacer como nunca hubiera pasado nada.

Tenía mi vida, mi trabajo, estaba bien y feliz, y ahora además tenía a Dereck, un hombre que llegó por sorpresa, pisando fuerte y arrasando con todo con un simple beso, y no iba a echar a perder lo que fuera que empezaba a haber entre nosotros.

Porque era verdad lo que le había dicho a Alec, estaba enamorada de Dereck y quería seguir viendo dónde nos llevaba esto que estábamos empezando a vivir y sentir los dos.

Capítulo 24



Si algo tenía Dereck, era que conseguía convencerme con facilidad para que me quedara con él en su casa.

Sí, normalmente si me iba con él era de viernes por la noche a domingo por la mañana, solo que el día anterior me pidió que no me marchara y me quedara con él, así que les dije a mis padres que había surgido una reunión de última hora para mi jefe y tenía que acompañarlo.

Una pequeña mentira porque aún no me atrevía a contarles que estaba saliendo con él.

Y por si fuera poco el hecho de que me quedara en su casa a pasar el domingo también y dormir allí, acababa de encontrar una bolsa con ropa de una firma que conocía bien.

Estaba sola en su cama y podía escuchar el agua de la ducha. Me levanté y fui hacia el sofá en el que estaba la bolsa.

Una camisa de seda en color rosa, un traje de falda y chaqueta gris, medias, un conjunto de ropa interior blanco y unos zapatos de tacón negros.

No me podía creer que en vez de llevarme a mi casa para que me cambiara de ropa antes de ir al trabajo, Dereck me hubiera comprado todo aquello.

—Buenos días —me giré al escucharlo y de manera automática al verlo recién duchado, con el pelo húmedo y alborotado, aquellas gotas de agua deslizándose por su cuerpo y usando únicamente una toalla, me mordí el labio inferior. Ese hombre era un pecado para la vista.

—Buenos días. No tenías que hacer esto, tengo ropa más que de sobra en mi casa.

—Lo sé, pero no tenemos tiempo para pasar por allí, te recuerdo que John y yo nos reunimos en la revista con el dueño de una de las empresas que podrían salir publicitadas en el segundo número de diciembre.

—Es verdad. Bueno, pero no vuelvas a comprarme ropa —dije cuando se acercó para

abrazarme desde atrás y me dio un beso.

—Te compraré para que tengas aquí —contestó, mirándome fijamente.

—No, no, Dereck, eso sí qué no.

—¿Por qué? Si tienes ropa aquí para el trabajo, podrías quedarte más domingos a dormir.

—Voy a ducharme —me aparté de él y fui al cuarto de baño.

No quería volver a repetir la historia con Alec, no podía hacerlo, y es que fue así precisamente como empezó lo nuestro.

Me iba a su casa los fines de semana, acabamos llevando algunas cosas mías para tener allí, y eso conllevo a que en cuestión de tres meses me había mudado a su piso dejando el mío.

No, no iba a hacer lo mismo con Dereck porque sí, me aterraba la idea de que todo se fuera al traste.

Después de una ducha rápida y secarme el pelo para recogérmelo en una coleta alta, regresé a la habitación donde Dereck estaba terminando de abrocharse la camisa frente al espejo de pie que había junto a la puerta del vestidor.

Me vestí y cuando terminé vi que se había quedado allí observándome.

—Está usted preciosa, señorita Díaz —dijo acercándose para rodearme por la cintura.

—No tenías que comprarme ropa, pero gracias —sonreí, dándole un beso.

—Voy a preparar el desayuno.

Asentí, terminé de maquillarme un poco y tras recoger mis cosas fui a la cocina donde nos tomamos aquel café con tostadas de aguacate y pavo que había preparado.

Salimos para ir al trabajo en su coche, pues el mío lo dejaba en casa los viernes y cogía un taxi para ir a la revista, y cuando llegamos entramos como siempre cogidos de la mano.

Ya nadie se sorprendía al vernos, todo lo contrario, era algo tan normal que incluso el hecho de que Dereck me diera algún que otro beso ni siquiera me hacía sentir incómoda.

Cuando llegamos a nuestra planta dejé el abrigo y el bolso en mi escritorio y fui a preparar café para los tres, allí dejé la bolsa con mi ropa. Escuché a John llegando y como sabía mis rutinas se asomó por la puerta de la sala.

—Buenos días, Martina. ¿Me llevas el café al despacho de Dereck? —me pidió.

—Claro —sonreí.

Asintió y se fue a ver a su socio, tenían que ultimar los detalles de la reunión antes de que llegara el dueño de la empresa.

Les llevé los cafés y los dejé trabajar, fui por el mío y ocupé mi puesto para empezar con una nueva semana de trabajo.

Mientras revisaba algunos e-mails llegó la cita para la reunión de mis jefes, avisé a Dereck y me pidió que le hiciera pasar.

—Señor Neville, acompáñeme —dije poniéndome en pie y lo llevé hasta el despacho.

—Martina, tráenos café, por favor —me pidió Dereck.

—Enseguida, señor Evans.

Preparé los cafés, se los llevé y volví a mi puesto para seguir trabajando.

Tanto Dereck, como John, me habían dado las claves de acceso a sus direcciones de correo de la empresa que tenían, por lo que entré para ver si había alguna nueva oferta de propiedades en venta que pudiera interesarles.

Y sí, sí que había varios e-mails que revisé, e imprimí algunos de ellos porque en estas semanas había captado bien los gustos de ambos en cuanto a propiedades con posibilidades de compra y venta efectiva.

La reunión con el señor Neville, dueño de una de las firmas de cosméticos más importantes del país, se prolongó más de lo esperado, pero cuando salieron del despacho, la sonrisa de los tres me dio a entender que habían llegado a un buen acuerdo.

—Recibirá el contrato a lo largo de la semana —le dijo Dereck, mientras le estrechaba la mano.

—Perfecto, lo firmaré y haré que se lo traiga un mensajero.

Se despidió de mí al pasar por delante de mi escritorio y una vez que se marchó miré a mis jefes.

—Llama al departamento de publicidad y que redacten el contrato con estas condiciones —me dijo Dereck, entregándome el papel.

—Voy a la cafetería a tomar algo con Janet y Eric, me paso antes por allí y se lo doy a Helen para que lo pueda redactar —contesté.

—Perfecto.

—Por cierto, creo que esto os puede interesar —dije poniéndome de pie y entregándole los informes de las propiedades que había imprimido—. Me voy a desayunar.

Ambos asintieron, cogí el móvil y el papel con las condiciones para el contrato de la firma del señor Neville, y los dejé allí volviendo al despacho de Dereck.

Tras entregarle a Helen el papel y pedirle que redactara el contrato, bajé a la cafetería donde ya estaban Janet y Eric esperándome.

—Mírala, qué carita de felicidad trae —dijo mi amiga, cuando me senté con mi café y un par de tostadas—. Pero no es la única, porque mira la de Eric —sonrió.

—¿La mía? —Frunció el ceño.

—Sí, la tuya. ¿Con quién has pasado el fin de semana? Porque me has dejado plantada igual que ella.

—¿Has salido con alguien? —curioseé— Cuenta, cuenta —le di un sorbo a mi café.

—¿En serio me vais a hacer un interrogatorio?

—Sí —contestamos Janet y yo, al unísono.

—No me lo puedo creer.

—Vamos, dinos qué has hecho el fin de semana —insistió ella.

—¿Y por qué no me contáis qué habéis hecho vosotras?

—Te lo resumo —carraspeó Janet—. Yo estuve en casa viendo una maratón de una de las tantas reposiciones de *Friends*, cómoda en mi sofá con una manta y chocolate caliente. Y Martina debió pasar más tiempo desnuda en el sofá y la cama de Dereck que vestida. Te toca.

—Joder, Janet, qué explicita eres —reí.

—Dime que me he equivocado, porque igual no es eso lo que ha pasado. Más que nada porque esa ropa que llevas es nueva y seguro que te quedaste a dormir anoche también.

—Eric, creo que esta mujer me espía.

—No lo descarto, es peor que un agente de la CIA —rio él.

—Venga, dinos cómo ha sido tu fin de semana —le pidió Janet a Eric.

—Vale, está bien, sí, salí con alguien. Fuimos a tomar una copa el viernes que se acabó prolongando a una cena y otra copa. Quedamos para vernos de nuevo el sábado y fue igual que bien que la noche anterior. Sorprendentemente los dos descubrimos que tenemos más en común de lo que pensábamos, al final nos besamos, acabamos en mi casa y se quedó ayer hasta después de comer.

—¿Y quién es? —pregunté.

—No puedo decíroslo, por el momento esto es… Bueno, no sé lo que es y ella tampoco, nos divertimos, nos entendimos y conectamos, pero por ahora no puedo deciros quién es.

—Qué misterio, ni que fuera una princesa, la hija de un gobernador o algo así.

—No es nada de eso, Martina, es solo que, bueno, al igual que yo, ella no ha tenido buenas experiencias y no sé si esto será el principio de algo o no. Si lo es y no funciona, solo habrá sido un poco de sexo y ya.

—Dirás que no es una princesa, pero sin pistas y con lo misterioso que estás, a mí me da que sí lo es —dijo Janet y él sonrió.

—Os prometo que, si ha sido algo más que un poco de sexo, seréis las primeras en saber quién es ella.

—Estaría bueno que nos enterásemos las últimas, siendo tus mejores amigas —volteé los ojos.

—Advertido quedas de que, cuando nos lo cuentes, vamos a querer todos los detalles —Janet lo señaló con el dedo.

—Trato hecho.

Terminamos de tomarnos el desayuno y regresamos cada uno a nuestro trabajo.

Cuando salí del ascensor en mi planta vi que la puerta del despacho de Dereck estaba abierta y de allí venían algunas voces.

—Tienes que irte —lo escuché decir a él.

—No puedes echarme, así como así de tu vida, Dereck, y lo sabes —contestó una mujer.

Ella siguió hablando, pero en un tono tan bajo que no podía escuchar nada más de lo que

decía.

Caminé despacio hacia la puerta del despacho y los vi allí a los dos, delante del escritorio besándose.

La mujer estaba de espaldas, era pelirroja y su cabello, brillante y ondulado le caía sobre los hombros. Llevaba un abrigo negro entallado hasta los muslos y bajo este se veía la tela blanca de la falda.

Sigilosa volví a marcharme y entré en la sala para prepararme un café.

Me había mentido, Dereck me había engañado este tiempo, estaba con otra mujer y yo no era más que un capricho, la asistente que se dejaba embaucar y seducir.

Con el café en la mano fui hacia mi puesto y en ese momento ella iba hacia el ascensor. Tenía un tono de piel muy clara, de modo que el color de su pelo resaltaba aún más. Bajo el abrigo lo que llevaba era un vestido, y se intuía una figura delgada y esbelta, se veía como una mujer muy elegante.

Su rostro era atractivo, era mujer guapa, pero la expresión que tenía en la cara era desafiante y seria, y las cejas ligeramente arqueadas que tenía no hacían más que acentuar aún más su intensa mirada de ojos verdes.

—Vaya, así que la asistente al fin decide volver a su puesto —dijo al verme, con un tono de voz para nada amigable.

Iba a contestar, pero el ascensor se abrió en ese momento y de él salió Kate, la hermana de Evans, quien arqueó la ceja al ver a la pelirroja.

—Stella, ¿qué haces aquí? —le preguntó Kate.

—Vine a ver a Dereck —sonrió con malicia tras limpiarse la comisura de los labios, momento en el que Kate me miró —, y ya me iba. Un placer verte tan bien, Kate.

Entró en el ascensor y allí nos quedamos las dos sin decir nada, solo observando a esa mujer sonriendo mientras se cerraban las puertas.

—Martina, ¿tú la has dejado entrar? —me preguntó.

—No, yo estaba en la cafetería desayunando, he llegado y he ido directa a hacerme otro café, me la he encontrado al salir.

—Ya decía yo —resopló y fue hacia el despacho.

—¿Quién era? —me atreví a preguntar, y ella se paró— Es por… si vuelve —carraspeé.

—Esa es Stella Jackson, la peor pesadilla de nuestra familia —contestó y continuó caminando hacia el despacho de su hermano—. ¿En serio, Dereck? —la escuché peguntar antes de que cerrara la puerta.

Tragué saliva para pasar el nudo que se había formado en mi garganta al ver aquella imagen, la del hombre por el que empezaba a sentir algo besando a otra mujer, y regresé a mi escritorio.

Respiré hondo tras dar un sorbo al café y durante unos segundos me quedé mirando la pantalla del ordenador, pensando en si teclear ese nombre en el buscador de Internet o no hacerlo.

Y lo hice, escribí Stella Jackson y pinché sobre la lupa que no tardó en arrojar varias páginas con resultados de noticias y fotografías de todo tipo de ella, y también con Dereck.

«Dereck Evans y Stella Jackson, Amor a primera vista: La pareja del año comparte su gran historia de amor»; «¡Boda a la vista!: La pareja favorita de América anuncia su compromiso»; «Escándalo: Filtran fotos comprometedoras de Stella Jackson que ponen en riesgo la relación»; «Infidelidades al descubierto: La pareja que parecía perfecta, no lo es tanto»

Y así, un sinfín de titulares sobre ellos. Muchas de las fotos que había por la red eran de ellos posando en eventos a los que habían acudido, sonrientes y con ella mostrándose muy enamorada, otras eran de ellos solos, tras esos rumores en los que se hablaba de infidelidad.

Sabía que la prensa a veces no contaba la verdad de los hechos, y quién sabía si realmente era cierto que hubieran roto la relación. Me sentía mal, engañada y con la sensación de que Dereck se había burlado de mí.

Necesitaba irme, así que, en vez de llamarlo a él, que estaba con su hermana, llamé a John.

—Dime, Martina.

—Lo siento, no quería molestarte, pero… Me ha surgido una emergencia, tengo que irme.

—Claro, no hay problema. ¿Es grave?

—No lo sé a ciencia cierta —mentí—. Dereck está con Kate en el despacho, no he querido molestarlo.

—Descuida, yo lo aviso luego. Vete tranquila.

—Gracias, John.

Colgué, recogí mis cosas y entré en el ascensor volviendo a sentir el mismo dolor de cuando supe que mi novio me engañaba con otra.

Y entonces la conversación que Dereck y yo tuvimos en Denver, me vino a la mente.

—Te aseguro que no soy como tu ex, no te engañaría con nadie.

—Ese es un punto a tu favor, sin duda.

—Martina, puedes confiar en mí, nunca haría nada que te hiciera daño.

No, no debí creerlo, no debí pensar que de verdad ese hombre sentía algo por mí. ¿Por qué creí que era amor cuando en realidad solo se trataba de sexo?

Capítulo 25



Dereck se pasó llamándome toda la tarde del lunes, así como el martes y el miércoles que tampoco fui a trabajar.

A Janet y Eric les había dicho que me encontraba mal, que debía estar incubando algo, y por eso me quedaba en casa, lo mismo que les pedí que le notificaran a John, pues era quien sabía que me había ido por una emergencia.

Era jueves y volvía a levantarme con pocas ganas de hacerlo. Me preparé un café y un par de tostadas y recordé que el día anterior le debían quitar la escayola a Alec, así que mientras desayunaba, lo llamé.

—Hola, Martina —saludó al descolgar.

—Buenos días, ¿cómo estás? ¿Ya te han liberado de la escayola?

—Sí —rio—. Y no imaginas lo aliviado que estoy.

—¿Qué tal lo tienes?

—Bien, me dijo el médico que soldó todo perfecto, ahora solo tengo que empezar la rehabilitación para recuperarlo del todo. Pero lo muevo bien, ¿eh? No te creas que no.

—Me alegro. ¿Cuándo empiezas la rehabilitación?

—Esta tarde, hablé con los de la clínica que me recomendó mi jefe y me dijeron de empezar en cuanto me quitaran la escayola.

—Pues es una gran noticia, sin duda. De verdad me alegro de que retomes la vida un poco más normal.

—Sí, yo también.

—Oye, quería disculparme, apenas te he preguntado estos días, pero, entre el trabajo y que estoy incubando un resfriado o algo…

—No te preocupes, yo tampoco hice por escribirte, después del beso, no sé, me sentía idiota.

—¿Qué tal los recuerdos?

—Estoy en ello, creo que podría recordar.

—¿De verdad? Eso sería fantástico, Alec.

—Sí, bueno, tal vez no sea nada, pero el otro día viendo las noticias en la televisión, tuve un par de flases.

—Ya escuchaste al médico, por ahí se empieza.

—Espero que de verdad recupere la memoria porque esto es una locura. El otro día me llamó una chica con la que se supone que estuve liado hace unos meses, para ver si quería quedar.

—¿En serio?

—Sí, le conté lo de la amnesia y me dijo que, si quería, podíamos vernos y me contaba algo.

—¿Y? ¿La has visto?

—Quedé con ella el lunes por la tarde. Es una de las chicas que hay en mi galería de fotos, por lo que me dijo tuvimos un rollo de unos seis meses, me enseñó conversaciones y eso, y sí, espero que me ayude a recordar algo.

—Ojalá así sea —sonreí.

Escuché el característico tono de que me estaban llamando y al apartar un poco el teléfono vi que era Dereck, pero como estos días había hecho, iba a ignorar sus llamadas.

Seguí hablando con Alec y quedamos en vernos el sábado por la mañana para tomar café, colgué y tras recoger las cosas del desayuno fui a darme una ducha para ponerme a trabajar de manera remota en unos informes que me había pedido John por e-mail.

Pues sí, aunque debía seguir fingiendo estar enferma, cuando mi jefe me escribió un correo para que le hiciera un informe sobre un par de propiedades en las que estaban interesados, de aquellas que les di en la oficina, le dije que se los haría a ratos y se los enviaría.

En ello estaba cuando llamaron al telefonillo y al mirar en la pantalla, vi que era Dereck. No respondí, volvió a llamar y seguí fingiendo no haber oído que llamaban.

Pero no se dio por vencido, mi móvil empezó a sonar y opté por silenciarlo de manera definitiva.

Pasé de todo y me concentré en el trabajo, acompañada de varios cafés y chocolates calientes, hasta que cogí el móvil al notar que vibraba creyendo que sería un mensaje de Janet o Eric, que me escribían todos los días para preguntar cómo seguía.

Pero resultó ser una notificación de las redes de Stella Jackson, porque sí, había sido tan tonta de entrar en ellas y tras ver muchas de esas publicaciones en las que aparecía con Dereck, creé una cuenta para poder seguirla a ella.

Si de por sí fue una mala idea, el hecho de estar viendo que la notificación tenía que ver con una noticia suya en la que hablaba de Dereck, y que según decía habían llegado a un entendimiento y ese pequeño desliz que había tenido él con otra mujer estaba más que perdonado, fue aún peor.

Quedaba confirmado que Dereck Evans no había sentido ni sentía nada por mí, que solo me vio como un pequeño desliz, un pasatiempo y nada más porque tenía una relación con una mujer que me había ocultado.

Qué tonta había sido al pensar que él estaba siendo sincero conmigo.

Dejé el móvil a un lado y seguí trabajando en los informes, que le envié a John justo antes de que se marchara a comer y no tardó en llamarme.

—Hola, jefe —saludé.

—Informes recibidos. ¿Cómo estás?

—Creo que, en unos días, estaré mucho mejor, gracias.

—¿Y por qué estás evitando a Dereck? Me ha dicho que no le coges el teléfono y no has abierto cuando fue a tu casa.

—¿Ha estado aquí? Bueno, igual me pilló en la cama.

—Martina, ¿qué pasa? Estabais bien, por lo que yo sé.

—No deja de ser mi jefe, y todo este asunto una locura, eso es todo.

—Hay algo más, lo sé. Crees que no te conozco, pero lo hago. Te fuiste el otro día de manera repentina sin avisarlo, y Kate nos dijo que viste a Stella —cerré los ojos al escuchar aquel nombre, suspiré y quise zanjar la conversación, pero mi jefe no iba a dejarme hacerlo—. Esa mujer no es nada para Dereck, puedes creerme.

—Bueno, si una persona no es nada para mí, no la beso.

—¿Qué estás…? Espera, ¿viste eso? Oh, mierda.

—No le digas nada a Dereck, yo sabía que esto no iba a funcionar y ya está. Además, acabo de ver que Stella y él retoman la relación, si es que en algún momento lo dejaron. John, gracias por llamar, pero necesito descansar un poco. Cuando esté mejor volveré a la oficina. Adiós.

No dejé que dijera nada más y colgué. Recogí todo y fui a calentarme la comida, el día anterior hice un guiso de pollo y dejé para un plato más.

Comí viendo una película, una comedia romántica en la que el amor triunfaba al final y los dos acababan viviendo ese famoso "y fueron felices para siempre" que yo no tendría con Dereck.

Después del café bajé al super por algunas cosas que me hacían falta, en su mayoría chocolatinas y chuches, y cuando volví a casa, no llevaba ni quince minutos en el sofá tomándome un chocolate caliente, cuando sonó el telefonillo.

Suspiré y recé para que no fuera Dereck, por suerte a quien vi en la pantalla fue a Janet y Eric, así que abrí y dejé la puerta abierta para que pudieran entrar y fui a la cocina a preparar café para ellos.

—¿Dónde está la enfermita? —preguntó Janet y no tardó en encontrarme— Ah, ahí está.

—Hola a ti también —sonreí.

—¿Nos estás preparando café? Qué buena anfitriona, y con este fresquito que hace en la calle se agradece, desde luego —me dio un beso en la mejilla—. ¿Cómo estás, cariño?

—Mejor que estos días, recuperándome.

—Hola, guapísima —Eric me dio un abrazo.

Cogieron sus cafés después de quitarse los abrigos y me siguieron al salón, donde me acomodé nuevamente en el sofá con la manta cubriendo mis piernas, y cogí mi taza de chocolate.

—Vale, vamos a dejar de fingir que tú estás enferma y que nosotros somos tontos —dijo Janet.

—¿Qué? —Fruncí el ceño.

—Que no nos creemos que estás enferma, y menos cuando sabemos que Stella Jackson estuvo el lunes en la revista —contestó Eric.

—No sé de qué estáis hablando —mentí.

—Ahí está, la señal de que mientes como Pinocho —Janet me señaló con su dedo acusador de siempre.

—¿Qué señal? ¿Qué dices?

—Martina, cuando mientes se te ponen las puntas de las orejas rojas —contestó Eric.

—Venga ya, por favor, no estoy mintiendo.

—Claro, por eso estás así, como cuando descubriste que aquel arquitecto con el que parecías empezar a salir hace dos años, resultó estar casado.

—Janet, vamos a dejar el pasado donde está, ¿sí?

—Solo digo que Kate le habló a Eric de Stella Jackson, que resulta ser una ex obsesionada con Dereck, que no ha superado que la dejó porque le fue infiel hace casi dos años con un actor de telenovelas mexicanas.

—¿Y por qué le contaría eso Kate a Eric? —Fruncí el ceño.

—Es que es su chica misteriosa —sonrió Janet.

—¿Cómo dices?

—No hemos venido para hablar de mí, sino de ti.

—Oh, pues te aseguro que lo mío queda en un segundo plano ahora mismo. ¿La chica con la que estuviste el fin de semana pasado es Kate Evans?

—Sí, estuve con ella.

—¿Por qué no nos lo dijiste antes? ¿Y tú desde cuándo lo sabes? —Miré a Janet.

—Me lo dijo ayer, cuando hablábamos sobre tu malestar enfermizo. Mentirosa, debiste decirnos lo que pasaba.

—No quería hablar de ello.

—Claro, porque es mejor quedarte en casa tomando chocolatinas y chuches mientras ves comedias románticas —dijo Janet y empecé a mirar a mi alrededor, incluso me levanté para comprobar en los rincones de los techos.

—¿Qué haces? —preguntó Eric.

—Buscando cámaras, porque ahora sí que estoy segura de que esta mujer me espía —dije mientras quitaba un libro de la estantería.

—No te espío, cariño, pero después de cuatro años y de haber vivido contigo lo del arquitecto casado, te conozco muy bien.

—Kate dice que has estado evitando a Dereck —comentó Eric cuando me senté de nuevo en el sofá.

—Pues hombre, como comprenderéis todos, después de verlo besándose con esa mujer en su despacho, muchas ganas de hablar con él no tengo, la verdad.

—Sabíamos que debía haber algo para que lo ignoraras. Pero según me dijo Kate, él no quiere saber nada de Stella.

—No es lo que he visto en las últimas horas, dado que Stella ha confirmado para una revista, nuestra competencia debo añadir, que su relación está estupendamente bien y sin dar nombres, asegura que lo que ha tenido Dereck en este tiempo no ha sido más que un pequeño desliz, y esa soy yo.

—Vale, gabinete de crisis. Eric, dile que suba.

—Que suba quién —fruncí el ceño, pero me ignoraron mientras Eric cogía el móvil y tras hacer una llamada abría la puerta—. Que suba quién, Eric.

—Kate, va a subir Kate y te va a poner al corriente de toda la historia de esa loca —contestó Janet.

Y no tardé en ver a la hermana de Dereck entrar en mi apartamento con una sonrisa de lo más amable, acercarse a mí para darme un abrazo y suspirar antes de quitarse el abrigo y sentarse a mi lado en el sofá para cogerme la mano.

—Dado que a mi hermano lo evitas, me he visto en la necesidad de ser yo quien te cuente todo —dijo.

—Pues no deberías, porque tendría que habérmelo contado él desde un principio, ya que, si me hubiese dicho que había una mujer en su vida, no me habría acostado con él.

—Déjame contarte todo, cielo, y después, tú decides qué hacer —me pidió con una leve sonrisa.

—Vale, pero, ¿esta va a ser una conversación de café o de alcohol?, para prepararlo.

—Mejor de café —contestó.

—Yo lo preparo —Eric sonrió mientras se levantaba y me dio un beso en la mejilla antes de ir a la cocina.

Y ahí nos quedamos las tres, sentadas en silencio esperando a que regresara para escuchar lo que fuera que Kate quería contarme y que Dereck había evitado decirme.

No sabía si estaba preparada para escuchar aquello que había leído en Internet, porque sí, desde el lunes que busqué el nombre de Stella Jackson, había leído todas y cada una de las noticias donde contaban su fantástica y maravillosa historia de amor.

Capítulo 26



No podía dejar de pensar en lo que me contó Kate en mi casa, pero tampoco en por qué Dereck no me había dicho nada de aquello.

Ahora como dijo ella, estaba en mi mano hablar con él, sincerarme y decirle que había visto el beso y por eso preferí evitarlo, y darle la oportunidad de contarme él mismo lo que ya sabía.

Era sábado y aún estaba pensando en si hacerlo o no.

Había quedado con Alec para tomar café esta mañana así que me puse unos vaqueros, un jersey calentito, mis botas altas y el abrigo y salí de casa para coger el coche e ir al centro comercial donde habíamos quedado, ya que me dijo que tenía que hacer algunas compras en la tienda de deportes para los ejercicios de rehabilitación que le habían dicho en la clínica que hiciera.

Aparqué en la segunda planta del parking y fui hacia la zona en la que estaba la cafetería donde me había citado con Alec, viendo que todas las tiendas, así como los pasillos del centro comercial estaban decorados y listos para las fiestas navideñas que teníamos a la vuelta de la esquina.

Lo encontré en una de las mesas con el café en la mano, y sonrió al verme.

—Hola —me dio un breve abrazo.

—Hola, ¿qué tal va ese brazo?

—Bien, bastante bien. Espero estar recuperado para dentro de un par de meses —dijo mientras me sentaba.

—Pues a ver si tienes suerte.

—¿Qué va a tomar? —me preguntó la camarera.

—Un café y un muffin, por favor.

Asintió y se fue hacia la barra por mi pedido, ese que dejó en la mesa poco después.

—Bueno, pues ya tenemos la Navidad encima —comenté al mirar alrededor.

—Sí, ya se respira el aire navideño y donde sea que vas, el *jingle bells* suena a todo volumen.

—A ti el año se te ha pasado rápido, teniendo en cuenta que no te acordabas de mucho…

—Sí, bueno —sonrió, pero lo noté un poco nervioso.

Mientras charlábamos lo vi mirando alrededor en más de una ocasión, y una de esas veces vi al hombre que estaba saliendo de su habitación en el hospital.

—Alec, igual es una coincidencia, pero, ¿no es ese el hombre que se equivocó de habitación cuando estabas en el hospital? —Miró hacia donde le indiqué y vi que le cambió la cara— ¿Qué pasa? ¿Lo conoces?

—No se equivocó de habitación, Martina, sabía muy bien a dónde iba.

—¿Qué quieres decir?

—Te he estado mintiendo.

—¿Cómo dices? —Fruncí el ceño.

—No tengo amnesia, no perdí la memoria por el golpe en el accidente, solo era una excusa.

—Yo estoy flipando ahora mismo. ¿Puedes explicarme qué mierda estás diciendo, Alec?

—Recuerdo todo, que tú y yo rompimos, que estuve con otra, la muerte de mis padres, que me lie con varias mujeres después de que lo mío con mi ex acabara, y que me involucré con gente de dudosa reputación durante esas noches de alcohol y sexo.

—¿Me has mentido a mí, y has mentido a los médicos? ¿Por qué?

—Porque debo dinero a una persona que no es conocida precisamente por su simpatía. Mi accidente no fue tal cosa, alguien hizo que me saliera de la carretera, bueno, alguien en concreto quiero decir. No podía contar eso a la policía, y sabía que acabarían por ir a buscarme donde fuera. Cuando te vi ahí, en la habitación, no lo pensé, simplemente actué improvisando. Si te veían ahí me creerían, sabrían que no me acordaba de nada y no intentarían matarme otra vez.

—En serio, Alec, me estás defraudando más de lo que ya me defraudaste.

—Necesito que me ayudes. Ese tipo me sigue prácticamente a todas partes esperando que recupere la memoria. Puedo hacerlo de manera milagrosa, pero necesito que me ayudes.

—¿Y cómo te ayudo? ¿Fingimos que sigues sin saber nada de los últimos cuatro años?

—Dame el dinero para que pueda pagar la deuda, le dije que no recordaba nada y aun así me amenazaron con hacerte daño a ti y a tus padres.

—Espera, ¿qué? ¿Por tu culpa mis padres y yo estamos en el punto de mira de esa gente? Dios, Alec, esto es rastrero hasta para ti.

—Mira, sé que te va bien, no solo en el trabajo sino con ese socio de la revista, seguro que si le pides dinero no tendrá inconveniente en dártelo, si mal no recuerdo eras buena follando, una mamada de las tuyas y listo, me das el dinero.

—Eres un gilipollas y un miserable. ¿No fue suficiente el daño que me hiciste engañándome con otra, que ahora me pides esto?

—Vamos, solo son cincuenta mil dólares, y sé que ese tipo pagó cien de los grandes solo por un beso tuyo en la rifa de la fiesta anual de Halloween que celebra tu jefe para la revista. Ese hombre nada en dinero, si le pides cincuenta mil no los echará en falta.

—No te imaginas cuánto me arrepiento ahora mismo de haber ido aquella noche al hospital. Y pensar que lo que he hecho por ti estas semanas ha sido porque apreciaba a tus padres. Eres repugnante.

—Pensé que, si te decía que no recordaba nada y después al recuperar la memoria te contada la verdad, podrías haber vuelto y me ayudaría.

—Estás loco. ¿De verdad creíste que iba a ayudarte? No puedo creer que hayas jugado así conmigo.

—Ayúdame, y tu chico no verá el beso que nos dimos en mi casa la otra noche.

—¿Qué mierda estás diciendo?

—Tengo prueba de que te mostraste tan tímida antes del beso como cuando estábamos juntos, y que nos besamos.

—No voy a ayudarte, Alec, no voy a pedirle ese dinero a mi jefe porque no supieras mantenerte lejos del juego o las apuestas.

—¿Juego? Ojalá fuera por deudas de juego. Yo hablo de drogas, Martina. Le aseguré a esa gente que vendería la droga que me dieran y no cumplí mi palabra porque algún cabrón me robó

la mercancía que tenía que vender. Una deuda por drogas es peor que por juego o apuestas, ya ves que intentaron matarme.

—Y aun así tuviste la poca vergüenza de hacerme creer que tenías amnesia y permitir que esa gente me viera contigo. Eres peor persona de lo que creía, Alec. Y pensar que una vez me enamoré de ti y dejé todo en mi tierra por venir para estar contigo. No voy a ayudarte, no me llames más —me puse de pie para alejarme de él, pero me cogió del brazo antes de que pudiera dar un paso.

—No olvides que saben quién eres, y me atrevería a decir que a estas alturas saben dónde vives y dónde viven tus padres. Qué vale más para ti, Martina, ¿la vida de tus padres o seguir odiándome? Ódiame todo lo que quieras, pero pídele a tu novio, tu jefe o lo que sea ese tío para ti, el dinero para que pague la deuda, o te aseguro que tendrás que enterrar a tus padres y puede que eso ocurra ante de Navidad.

—Jamás en mi vida le deseé el mal a nadie, pero, ¿sabes? Ojalá hubieras muerto en ese accidente de coche, Alec. Pero sí, creo que tenías razón y que esto pasó por algo, para demostrarme que de verdad eres una mala persona y que hice bien en dejarte y alejarme de ti, solo lamento haber estado ayudándote y apoyándote desde que tuviste el accidente. No me llames, y busca la manera de pagar esa deuda sin que mis padres o yo misma nos veamos involucrados más de lo necesario.

Conseguí que me soltara y me fui de la cafetería procurando no mirar al hombre que mantenía a Alec vigilado.

No me podía creer que hubiera hecho aquello, que se atreviera a mentirme de ese modo y a ponernos a mis padres y a mí en peligro, por no hablar de que encima tenía la poca vergüenza de chantajearme.

¿Qué clase de hombre era Alec? ¿Cómo había cambiado tanto en los cuatro años que hacía que rompí con él?

Es que estaba alucinando aún, en serio, de verdad que no entendía cómo me había hecho eso.

Por si fuera poco, lo que tenía en ese momento en la cabeza, mi móvil empezó a sonar cuando estaba llegando al coche y vi que era Dereck, con quien aún no me planteado hablar porque no sabía cómo abordar el tema de lo que me contó Kate.

Silencié el móvil y subí al coche para irme a casa, menudo sábado iba a tener, y todo por culpa de mi ex.

En el futuro evitaría encarecidamente acudir al hospital para ver a mis exparejas si me llamaban después de un accidente.

Y no quería ni pensar en lo que dirían Janet y Eric cuando lo supieran, por no hablar de mis padres, que, si antes no tenían a Alec en buena estima, después de esto, lo iban a odiar hasta el fin de los días.

Yo misma lo odiaba incluso más que antes.

Capítulo 27



Me desperté ese lunes con la mente un poco más despejada.

Después de que Alec me contara que me había estado mintiendo sin sentirse ni tan siquiera un poco culpable, me quedé en casa toda la tarde y el domingo les dije a mis padres que me sentía un poco mal y no iría a comer con ellos.

Dejé el móvil en silencio para no atender ni, llamadas ni mensajes, y no enterarme si había nuevas notificaciones por parte de Stella Jackson. Aunque al final el domingo tomé la determinación de borrar esa cuenta que me hice en redes para tener noticias de ella.

Y dado que no quise saber nada de absolutamente nadie, ahora que echaba un vistazo al móvil veía diez llamadas perdidas de Janet, seis de Eric, y más de dice mensajes de cada uno de ellos preguntado dónde y cómo estaba, y si pensaba hablar con Dereck en algún momento de mi vida.

Claro que pensaba hacerlo, pero no sería en las oficinas de la revista, donde estaba entrando en ese momento.

Subí en el ascensor hasta mi planta, fui a preparar los cafés para ellos y para mí y poco antes de terminar escuché las voces de mi jefe hablando cuando llegaron.

—Solo digo que deberías insistir y hablar con ella —dijo John.

—No coge mis llamadas y no lee mis mensajes, no sé cómo podría hablar con ella, como dices —contestó.

—No sé, el romántico de los dos siempre fuiste tú.

Suspiré, terminé de preparar los cafés y salí con los suyos en la mano.

—Martina, me alegro de verte.

—Buenos días, John —saludé al toparme con él en el pasillo—. Tu café.

—Gracias —sonrió mientras lo cogía—. ¿Cómo estás de tu malestar?

—Mejor.

—Me alegro. Y si me permites un consejo, habla con él —hizo un leve gesto con la cabeza hacia el despacho de Dereck antes de entrar al suyo.

Cogí mi café y el de Dereck y fui hacia su despacho, llamé con un par de golpecitos y entré cuando me dio paso.

—Buenos días —dije y, cuando me escuchó, miró hacia la puerta y se levantó del sillón casi corriendo.

—Martina, no pensé que fueras a venir.

—Bueno, no me puedo permitir faltar al trabajo eternamente —me encogí de hombros—. Toma, tu café.

—Gracias —lo cogió y entrelazó su mano con la mía, gesto que me hizo mirar y me pilló por sorpresa—. Ven —tiró de mí para ir a su escritorio donde, tras dejar su café se apoyó en él y me quitó el mío de la mano—. Tenemos que hablar, preciosa.

—No, no tenemos. Tengo trabajo que hacer.

—Eso puede esperar, Martina —me cogió por las caderas y me acercó a él, dejándome entre sus piernas—. Sé que viste a Stella aquí el otro día, ¿te dijo algo?

—No, y Kate llegó prácticamente enseguida.

—Sí, mi hermana estaba tan sorprendida como yo de verla aquí. Se ve que, desde el premio a la revista del año, me hice más popular aún.

—Dereck, no quiero hablar de eso.

—Pero yo, sí. Mira, Kate me dijo que estuvo en tu casa y que te habló de Stella.

—Sí, estuvo allí.

—Stella está obsesionada conmigo, a pesar de que lo nuestro acabó hace tiempo no supera la ruptura. Cuando me ve en las revistas con otra mujer se pone celosa y al final acaba montando un escándalo en mi trabajo, o vendiendo una noticia que no es cierta.

—Dereck…

—Déjame terminar, por favor —me colocó un mechón de cabello detrás de la oreja—. Si vino aquí y habló de lo que ella supone que fue un pequeño desliz para mí, es porque nos ha visto juntos más de una vez. Me sigue constantemente, y debió vernos en Denver, además de aquí y de que soy noticia por ser socio inversor de *Turner Magazine*, por eso se presentó en las oficinas.

—Deberías haberme hablado de ella antes, más que nada porque cuando os vi besándoos, me sentí una idiota, me sentí traicionada otra vez.

—Lo sé, y no sabes cuánto lamento no habértelo contado antes, preciosa. Pero, por favor, créeme cuando te digo que no quiero nada con Stella, eso se acabó, aunque ella no quiera superarlo.

—¿Cómo puedo confiar ahora y creer que de verdad no hay nada entre vosotros?

—Porque te amo, Martina —contestó con ambas manos aún en mis caderas mientras me miraba fijamente, y al igual que aquella noche en Denver, lo iba a creer, estaba a punto de hacerlo porque sonaba sincero en cada una de sus palabras—. Eres tú a quien quiero en mi vida, no a ella.

—No eres el primero que me hace sentir traicionada, Dereck. No fue solo Alec el que me engañó, hubo otro hombre hace dos años.

—No hablemos de ellos, ¿vale? No saquemos el pasado a relucir otra vez. Te prometo que no hay nadie más que tú a quien quiera tener a mi lado. Y te aseguro que estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para que te sientas segura conmigo. Confía en mí —sus manos abandonaron mis caderas para sostenerme las mejillas mientras el azul de sus ojos se clavaba en los míos, mirándome con esa intensidad de siempre.

Lo vi inclinarse poco a poco, acortar la distancia que nos separaba, y sus labios se posaron en los míos en un beso suave y cálido cargado de ternura.

Sentí la caricia de su lengua en ellos y los entreabrí, recibiéndola para compartir un beso más profundo y apasionado.

Las manos de Dereck volvieron a mi cintura y me pegó más a él, sentí el calor de su cuerpo envolviéndome y por un momento me olvidé de todo, no había secretos entre nosotros y la loca obsesa de su exnovia no había vuelto para hacerme creer que me había mentido.

Y sí, echaba de menos los besos de ese hombre que siempre me había tratado bien, y lo deseaba tanto que no pude evitar moverme para rozarme con su entrepierna, esa en la que era más que evidente y notoria su erección.

Subió la tela de mi falda, me cogió por las nalgas y acabó sentándome en su escritorio, apartando la tela del tanga a un lado antes de que escuchara cómo se desabrochaba el pantalón. Gemí dejando caer la cabeza hacia atrás cuando me penetró, de una sola vez y llegando a lo más

profundo de mi ser, hasta que volvió a besarme de nuevo mientras me atraía aún más al borde del escritorio para penetrarme más y mejor.

Entraba y salía una y otra vez, rodeándome con el brazo por la cintura para atraerme hacia él con cada nueva embestida. Me agarré a sus hombros cuando apoyó la frente en la mía y ambos gemíamos mientras nos mirábamos fijamente.

Noté su pulgar sobre el clítoris, jugando con él, moviéndolo en círculos rápidos al tiempo que me penetraba, y cuando sentí que llegaba al orgasmo me agarré aún con más fuerza de tal manera que aumentó el ritmo hasta que nos corrimos al unísono.

Liberamos el clímax entre gemidos y gritos, con la respiración entrecortada y mi cuerpo tembloroso aún por el momento intenso que Dereck me había hecho vivir.

Me besó de nuevo sin retirarse, abrazándome con fuerza y dejándome saber que estaba ahí conmigo.

—Te echaba de menos, preciosa —murmuró volviendo a apoyar la frente en la mía—. De verdad que lamento no haberte hablado antes de esto.

—Yo también te echaba de menos.

—Sé que no has estado enferma, solo me evitabas por Stella.

—Lo siento —agaché la mirada.

—Se acabó, ¿de acuerdo? Ella no significa nada para mí —me sostuvo las mejillas para que lo mirara y me dio un beso rápido en los labios.

—¿Dereck? —la voz de John mientras se abría la puerta hizo que me quedara paralizada— ¿Dónde está…? ¡Oh, joder, lo siento! —gritó y le vi cerrar la puerta de nuevo— Por Dios, Dereck, deberías haber cerrado con el pestillo.

—No me ha dado tiempo, como tú comprenderás —contestó Dereck mientras se retiraba y, tras coger un pañuelo del escritorio, limpió entre mis piernas antes de ayudarme a arreglar mi ropa y vestirse él.

—No he visto nada, lo juro, solo las piernas de Martina abrazando las tuyas.

—Cállate, John —le dijo.

—Vale, cuando estéis decentes paso.

—Ya puedes —dije yo, aunque me daba una vergüenza tremenda esa situación.

—Ok, no pensaba encontrar a mi socio entre las piernas de nuestra asistenta, es una imagen que nunca podré borrar de mi mente.

—John —protestó Dereck—. ¿Qué quieres?

—Sí, vamos al grano, mejor. Me ha llamado el dueño de la casa que vimos el viernes, y acepta la oferta que le dimos.

—Perfecto, prepara todo para que la compra se haga efectiva cuanto antes.

—Me pongo a ello —sonrió—. Y, por cierto, me alegro de veros juntos de nuevo —hizo un guiño y salió del despacho.

—John me dijo que te pidió varios informes de algunas de las casas.

—Sí.

—Creo que además del contrato con *Turner Magazine*, te voy a hacer uno con nuestra empresa, como asesora financiera.

—Vaya, eso suena a cargo muy importante —sonreí.

—Lo es, te lo aseguro —me dio un beso en los labios.

—Voy a por otro café, ese se te ha quedado frío —dije cogiendo su taza.

—El tuyo también —sonrió.

—Sí, es que mi jefe me ha entretenido mucho —suspiré.

—No soy solo tu jefe —dijo mientras me rodeaba desde atrás y besaba mi cuello—. Quiero ser más que eso.

Salí del despacho y fui a preparar un café para cada uno, dejé el mío en el escritorio y le llevé el suyo.

Lo dejé trabajar y me encargué de revisar varios correos que debía responder y algunos contratos que tenía que revisar para enviar a las empresas que saldrían publicitándose en el segundo número del especial de Navidad de este año.

Capítulo 28



Bajé a hacer mi descanso en la cafetería con Janet y Eric, que se alegraron de verme de vuelta, y les dije que había hablado con Dereck y estaba todo solucionado entre nosotros.

—Me alegro de que hablarais, cariño —Janet sonrió y me dio un abrazo—. Entonces, ¿vuelves a ser la cuñada de Eric?

—¿Sigues con Kate? —le pregunté.

—Sí, seguimos conociéndonos.

—Qué bonito —Janet apoyó la barbilla en sus manos—. Os veo tan felices y enamorados, que me encanta veros así.

—Y tú, ¿qué, no hay príncipe a la vista? —curioseé.

—Ni príncipe, ni villano. En fin, no me importa —se encogió de hombros—. Ya llegará cuando sea el momento.

—Esa es la actitud —sonrió Eric.

Terminamos nuestro descanso y volvimos al trabajo. Cuando llegué a mi planta vi que Dereck y John se iban, me dijeron que habían quedado con el dueño de una empresa para publicitarse en nuestra revista de manera continua en todos los números del próximo año, y Dereck se despidió de mí con un beso en los labios.

No llevaba ni quince minutos sola cuando empezó a sonar mi móvil y al cogerlo, vi que era mi madre.

—Hola, mamá —la saludé con una sonrisa.

—Martina, hija, tienes que venir a casa. Nos han entrado a robar.

—¿Qué? —grité mientras me ponía de pie.

—Está todo patas arriba, todo revuelto.

—¿Habéis llamado a la policía? —pregunté mientras recogía mis cosas y apagaba el ordenador.

—Sí, acabo de colgarles.

—Vale, voy para allá, lo que tarde desde la revista.

—Vale, cariño.

Colgué a mi madre y antes de entrar en el ascensor marqué el número de Dereck, pero no respondió. Mientras bajaba hacia el parking le escribí un mensaje para decirle que tenía que salir urgente de la revista, y que lo llamaba más tarde.

Subí al coche y conduje hasta casa de mis padres más nerviosa que nunca, porque en todos los años que llevaban viviendo allí era la primera vez que les robaban.

Y en pleno día, con la de vecinos que podrían ver a quien fuera que había entrado.

Cuando llegué ya estaba allí la policía, entré en la casa y llamé a mi madre mientras caminaba por el pasillo intentando no pisar nada de lo que había por el suelo y caerme.

—Martina, cariño —dijo cuando me vio entrar en el salón.

Toda la casa estaba hecha un desastre, había más cosas por el suelo que habían tirado de los muebles.

—¿Cuánto tiempo han estado fuera de casa? —les preguntó uno de los agentes.

—Dos horas como mucho, hemos salido a hacer algunas compras —contestó mi padre.

—Algún vecino habrá tenido que oír o ver algo, ¿no? —dije— ¿Tal vez hayan entrado en otras casas?

—Preguntaremos en cuanto salgamos de aquí —me contestó el otro agente.

—No lo entiendo, es la primera vez que entran en nuestra casa. Y, ¿qué buscaban?

—En estos casos se llevan cualquier cosa que puedan vender —dijo el primer agente—. ¿Hecha algo en falta?

—No se han llevado joyas, y tampoco las pocas cosas de valor que pueda encontrar un ladrón.

—El poco dinero que siempre tengo en casa en efectivo para emergencias, sigue en su sitio —contestó mi padre.

Los policías siguieron haciendo su trabajo, tomaron nota de todo, acompañaron a mis padres para ver el estado del resto de la casa y verificar que efectivamente no habían robado nada de valor, y fueron a preguntar al resto de vecinos si habían visto u oído algo, o si también habían entrado en sus casas.

El que no se hubieran llevado nada me parecía sumamente raro, y no quería pensar mal hasta que la policía no me dijera algo en concreto, pero, o mucho me equivocaba, o con lo que me había contado Alec, esto podría ser un aviso por parte de la gente a la que le debía dinero.

Cuando la policía vino para decirnos que ningún vecino había visto entrar a nadie en la casa y que a ellos no les habían entrado, no pude más que confirmar lo que no quería creer que fuera posible.

Nos pidieron que no tocáramos nada, ya que iban a pedir a sus compañeros que vinieran a ver si encontraban alguna huella, aunque estaba claro que para hacer esto se habrían puesto guantes.

Y mientras esperábamos, le mandé un mensaje a Alec con algunas fotos que hice de cómo habían dejado la casa.

Martina: *Si esto es por tu culpa, te juro que te haré pagarlo. Arregla tus mierdas y consigue que nos dejen a mis padres y a mí en paz, porque ninguno merecemos que nos pase algo por tus malas decisiones.*

Mi madre estaba nerviosa, no dejaba de secarse los ojos cada poco tiempo sin dejar salir esas lágrimas que yo sabía que querían escaparse.

La policía vino para ver si había huellas, tal como nos dijeron los dos agentes, y nos las tomaron a los tres para poder descartarlas en caso de que hubiese otras huellas, algo que a mí me parecía que no iban a encontrar.

Cuando se marcharon todos me sonó el móvil y vi que era Dereck.

—Preciosa, lo siento, no podía atenderte.

—No te preocupes.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué emergencia había?

—Han entrado a robar en casa de mis padres.

—¿Cómo? ¿Ellos están bien?

—Sí, habían salido a comprar y no estaban en casa. Voy a quedarme a ayudarlos a recoger porque, aunque no se han llevado nada, han dejado todo hecho un desastre.

—¿Quieres que vaya? Dime la dirección y estaré ahí enseguida.

—No, no te preocupes. No sabría decirles a mis padres qué hace mi jefe en su casa.

—Preciosa, hemos quedado en que soy algo más que tu jefe, ¿no?

—Gracias por ofrecerte, pero estaremos bien.

—Vale, avísame cuando estés en casa, ¿de acuerdo?

—Sí, lo haré. Adiós.

Colgué y seguí ayudando a mis padres a limpiar todo aquello. Muchas de las cosas iban a ir directamente a la basura, así que lo fuimos metiendo en bolsas.

Cuando terminamos mi madre preparó unos sándwiches para comer con un refresco, la policía había quedado en llamarnos si encontraban huellas y daban con quienes habían entrado en la casa, y yo opté por llamar a una empresa de sistemas de alarma para que vinieran a instalar una.

Me quedé con ellos hasta que terminaron la instalación, momento en el que mi madre me pidió que me fuera a casa a descansar.

—Os llamaré mañana, ¿vale? —dije abrazándolos.

—Vale, cariño.

Cogí el coche para irme a casa y lo primero que hice fue darme una ducha rápida que me quitara todo el entumecimiento y la tensión que tenía por todo el cuerpo. En cuanto me puse el pijama fui a calentarme una sopa, en eso estaba cuando cogí el móvil para enviarle un mensaje a Dereck y decirle que ya estaba en casa.

Después de enviárselo vi que tenía una respuesta de Alec.

Alec: *Te lo dije, te advertí que si no pagaba irían a por vosotros también. Es un aviso, sé cómo se las gasta esta gente y solo han dado un aviso, la próxima no serán tan benevolentes. Te avisé que, si no me dabas el dinero para pagar, tu jefe vería nuestro beso de reconciliación. El que avisa no es traidor, Martina, no digas que no te lo advertí.*

Me dejé caer en el sofá tras leerlo y supe que no se lo iba a pensar más y que se lo acabaría

contando a Dereck.

Habíamos hablado esa mañana de que no habría más secretos entre nosotros, y este era uno que, aunque para mí no tenía importancia porque no había sentido nada con ese maldito beso, era como haberle traicionado, que era precisamente de lo que yo le acusaba.

Tenía que hablar con él cuanto antes, anticiparme a Alec.

—Voy por mi abrigo —dijo Dereck y asentí yendo hacia el ascensor para esperarlo.

—¿Llevas el informe que te dio Dereck sobre el edificio? —me preguntó John, que estaba al tanto de que lo acompañaba a esa reunión desde el lunes.

—Sí, y la oferta que creo que no podrá rechazar —sonreí.

—Al fina vamos a tener que hacerte socia —rio.

—No, no, que yo como asistente de la revista estoy muy bien.

Dereck se unió a nosotros y bajamos en el ascensor hasta el parking, donde John se despidió, deseando que tuviéramos suerte con las negociaciones y diciéndonos que nos divirtiéramos en Denver.

Subimos al coche y Dereck condujo hasta el aeropuerto donde fuimos directos a la zona desde la que despegaban los vuelos privados. Abordamos el avión y tras dejar el equipaje en el dormitorio nos acomodamos en los asientos.

La azafata dijo que en cuanto despegáramos y el avión estuviera estabilizado serviría la comida, así que nos abrochamos los cinturones y me preparé para el despegue.

Poco después el comandante dijo que podíamos desabrocharlos y que volvería a comunicarse con nosotros cuando estuviéramos llegando a Denver.

—Esto tiene una pinta buenísima —dije cuando la azafata dejó un plato de pasta al pesto delante de nosotros.

Comimos tomando una copa de vino mientras hablábamos de la reunión, repasando los datos del informe que yo había redactado, y para cuando quisimos darnos cuenta estábamos aterrizando en Denver.

Al bajar del avión vi que había un coche esperándonos, le entregaron las llaves a Dereck, guardamos el equipaje y nos acomodamos con él al volante para ir al hotel que había reservado.

—Vaya, este sitio es de lo más lujoso —dije al entrar en el hotel.

—Siempre que vengo me alojo aquí —contestó Dereck, mientras nos acercábamos al mostrador de recepción para registrarnos.

Las paredes eran blancas y negras, del techo colgaban un par de lámparas de cristal bastante grandes y había algunos cuadros abstractos como decoración por todo el lobby, donde además contaba con varias zonas de espera con sofás y mesas de café.

Dereck cogió la llave y fuimos al ascensor para subir a la última planta, donde se encontraba la suite que había reservado.

Entramos y me quedé con la boca abierta. Desde el ventanal del salón teníamos unas maravillosas vistas de toda la ciudad, además de que allí podríamos desayunar, puesto que la mesa con las dos sillas estaba al lado.

Había un sofá negro y una mesa de café, una televisión, un mueble bar y la puerta de la habitación.

Entramos en ella para dejar nuestras maletas y vi que la cama era de tamaño extragrande, al igual que el jacuzzi que había en el cuarto de baño.

—No me extraña que te alojes aquí, esto es una pasada —dije cuando noté sus brazos alrededor de mi cintura.

—Esta noche después de cenar te preparo un baño de espuma —me dio un beso en la mejilla.

—Eso suena genial, y de lo más relajante —sonreí.

—Lo será, te lo aseguro. Vamos, hemos quedado dentro de media hora para la reunión.

Asentí y salimos de la suite para ir a coger el coche de nuevo.

A la hora prevista estábamos entrando en la cafetería donde ya nos esperaba el dueño del edificio de oficinas en el que Dereck y John estaban interesados.

Pedimos café y al igual que en la reunión anterior, dejé que ellos hablaran de negocios, hasta que tomé la palabra.

—Hemos hecho un estudio de la zona en la que está el edificio, señor Bowie, y el precio que pide por él es algo elevado, es casi el triple del precio de mercado por metro cuadrado —dije revisando el informe que habíamos llevado.

—Bueno, señorita Díaz, como el señor Evans y el señor Collins pudieron comprobar en su primera visita, el edificio está en perfectas condiciones. Fue renovado hace poco más de seis meses, cuenta con todas las instalaciones necesarias, revisiones al día, y es más que evidente que

está ubicado en una de las mejores zonas de Denver.

—Cierto, pero no deja de ser un precio muy superior al que debería tener —contestó Dereck —. Por eso hemos venido con una oferta para usted —le dio un papel donde habíamos apuntado el precio que estaban dispuestos a pagar y él echó un vistazo—. No es lo que usted pide, y tampoco es una cantidad baja, sino un término medio para ambos y adecuado para la zona en la que está.

—Tendría que pensarlo —dijo—, hay varios interesados más en ese edificio.

—Piénselo, no hay problema. Estaré aquí hasta el domingo, por si quiere que volvamos a hablar. Si no, podrá llamarme cuando quiera y darme una respuesta.

—Lo tendré en cuenta, señor Evans.

Nos despedimos de él cuando se levantó para irse y terminamos de tomarnos el café antes de marcharnos también.

—¿Qué crees que hará? —pregunté, cuando salimos de la cafetería.

—Aceptará nuestra oferta.

—Pero, ¿y si alguien ofrece más?

—No creo. Sé quiénes son los otros interesados en ese edificio, y al igual que yo, estudian muy bien cada propiedad que quieren comprar. Como tú has dicho pide el triple del precio de mercado por metro cuadrado, y sé que ninguno de ellos pagaría lo que yo, así que, si no da una respuesta este fin de semana, me llamará pronto para decirme que el edificio es nuestro.

—La verdad es que la zona en la que se encuentra es de las mejores de la ciudad. Cualquier empresa estaría encantada de tener su SEDE ahí.

—Por eso quiero ese edificio, porque sé que quien lo compre estará dispuesto a pagar medio millón de dólares más de lo que yo voy a pagar por él.

—Acabo de darme cuenta de una cosa, señor Evans —dije cuando llegamos al coche.

—¿De qué, señorita Díaz?

—Podría tener una piscina llena de billetes y nadar en ellos, menuda fortuna tiene —sonreí.

—No es solo mía, preciosa. La comparto con John, con mi hermana e incluso con Steven. Todos los años John y yo hacemos una aportación económica para la revista, de modo que se cambian los equipos y suben un poco más los sueldos.

—Eres un multimillonario con un gran corazón, ¿lo sabías? —dije con la mano sobre su pecho, justo donde este latía con fuerza.

Me puse de puntillas y le di un beso en los labios. Noté que pasaba las manos bajo el abrigo y agarraba mis caderas atrayéndome a él. Profundizó aún más el beso y consiguió que me olvidara de que estábamos en mitad de la calle, bajo el frío, hasta que noté una leve gota de lluvia en la cara.

—Será mejor que volvamos al hotel antes de que llueva más fuerte —dije.

—Sí —sonrió.

Me abrió la puerta del coche y esperó a que me acomodara en el asiento, subió y condujo al hotel mientras me preguntaba si me parecía buena idea quedarnos a cenar allí, a lo que dije que sí, que era perfecto.

—Con tal de quitarme los zapatos de tacón y estar cómoda con mi pijama puesto.

—Entonces pediremos al servicio de habitaciones.

—Genial. ¿Y después de la cena me prepararás ese baño de espuma que dijiste antes?

—Por supuesto que sí.

—Y… ¿me darás un masaje en los pies?

—Preciosa, esta noche puedes pedir todo lo que desees, voy a ser el genio de la lámpara.

—Vaya, eso sí que es tentador —reí.

—Por cierto, mañana sí que cenaremos fuera, quiero llevarte a un lugar que estoy seguro que te va a gustar.

—No te puedo decir que no, a fin de cuentas, no tendría posibilidad de irme a mi casa.

—Me alegro de que aceptaras venir conmigo —dijo cogiéndome la mano y se la acercó a los labios para darme un beso en el dorso.

—Es un plus para el sueldo a final de mes, no iba a rechazarlo.

—Ya veo, estás conmigo por el dinero.

—¿Qué? No —fruncí el ceño—. Hemos tenido trabajo y me pagas por ello, lo otro es una relación personal entre dos adultos que tienen sexo de manera consensuada, sin transacciones

económicas de por medio.

—¿Te he dicho cuánto me gustas, Martina Díaz? —preguntó cuando se detuvo en un semáforo, mirándome fijamente.

—No estoy segura.

—Pues me gustas, y mucho. Eres una mujer inteligente, además de hermosa, y me vuelves loco —se inclinó hacia mí y sus labios se apoderaron de los míos en un beso tierno a la vez que apasionado.

Me dejé llevar por ese instante y pensé que no era el único que sentía aquello, porque él también me gustaba, tal vez más de lo que debería o estaría permitido, teniendo en cuenta que era mí y jefe y yo su asistente.

No me soltó la mano en todo el camino, y yo tampoco quería que me la soltara.

Capítulo 29



Dereck y John salieron de viaje para Boston el martes a primera hora, me había enviado un mensaje para decirme que estarían fuera unos días porque iban a ver unas propiedades y hacer efectiva la compra de otras que llevaban un tiempo esperando formalizar.

Eso me dio cierto alivio en cuanto a Alec se refería porque por mucho que quisiera mostrarle el beso, no tenía cómo hacerlo.

En cuanto al aviso en casa de mis padres por parte de esa gente a la que les debía dinero, la policía nos dijo algo que ya sospechaba, y es que no encontraron más huellas en aquel destrozo que las de mis padres y las mías.

No habían robado nada, aquel fue un aviso tal como me dio Alec, nadie había vuelto a ir allí y el sistema de alarma que mandé instalar funcionaba perfectamente, por lo que estaba un poco más tranquila sabiendo que si trataban de entrar de nuevo, al menos las cámaras de la empresa de seguridad los verían.

Cogí el móvil y bajé a la cafetería para hacer mi descanso, al entrar vi que Janet y Eric ya estaban allí esperándome. Supieron lo del desastre en casa de mis padres y estaban preocupados igual que yo, pero tuve que mentirles al respecto.

—Por fin viernes —dijo Janet cuando me senté con mi desayuno.

—Sí, que menuda semana he tenido, se me ha hecho eterna —suspiré.

—¿Qué tal tus padres? —preguntó Eric.

—Bien, más tranquilos con la alarma.

—Al menos más seguridad tienen, desde luego —añadió Janet—. Bueno, ¿qué vais a hacer este fin de semana? —curioseó, dando un sorbo a su café.

—Kate quiere que la acompañe a una fiesta, es la presentación del perfume de una de las

firmas que tendrá su publicidad en nuestras revistas los próximos meses —contestó Eric.

—Así que ya la acompañas a eventos de sociedad, eso es que la cosa va en serio —sonreí.

—Va despacio, no os hagáis ilusiones que si por vosotras fuera, me casaba mañana mismo.

—No, hombre, mañana no que no da tiempo a comprarnos ropa, el domingo mejor —dijo Janet, y reímos los tres.

Me llegó un mensaje al móvil y vi que era Dereck diciéndome que acaban de aterrizar y venían de camino a la revista. Sonreí al ver el final de ese mensaje en el que me decía que me preparara para una buena ronda de besos.

—Mira qué carita, ese mensaje es de Dereck, seguro.

—Sí, Janet, es de él. Acaban de aterrizar y vienen hacia aquí.

—Qué bonito es el amor, en serio.

—Janet —nos giramos al escuchar la voz de Steven Turner, nuestro jefe—. Tengo que salir para una reunión, he dejado en tu mesa unos contratos que quiero que revises y redactes, los necesitaré para el lunes.

—Claro, no se preocupe, me pongo con ellos en cuanto suba.

—Bien —el jefe sonrió al tiempo que ponía la mano en el hombro de Janet y lo acariciaba un poco con el pulgar—. Me voy corriendo, que paséis un buen fin de semana, chicos.

—Igualmente, jefe —contestamos los tres, al unísono.

Y allí nos quedamos charlando de los planes del fin de semana, entre los que, según mi querida y loca amiga, yo tendría mucho sexo con mi chico después de varios días sin vernos.

Acabábamos de tomarnos el café cuando vi que Eric fruncía el ceño mirando hacia la puerta.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada, es que, creo que he visto a tu ex salir del edificio.

—¿A mi ex? —dije sorprendida.

—¿El arquitecto casado ha estado aquí? Pues no sé qué querría.

—No, Janet, ese ex no, el otro ex, el amnésico.

—¿Alec? —prácticamente grité mirando hacia la zona de recepción del edificio, pero no vi nada.

—Tal vez me haya confundido.

—O no, esto era lo que me faltaba.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó Janet.

—No quiero poneros en peligro —dije cogiendo el móvil.

—¿En peligro? No entiendo.

Suspiré antes de hablar con ellos y contarles la verdad, la falsa amnesia de Alec y el maldito beso, así como que era el responsable de lo que había pasado en casa de mis padres.

—¿De verdad se atrevió a fingir de esa manera? —gritó Janet— Está loco.

—Si realmente era él quien he visto salir, tal vez ha estado en tu planta.

—Con suerte Dereck no ha llegado aún y no ha hablado con él.

—Tengo que irme —salí de la cafetería tan rápido como pude para ir a mi puesto.

Mientras subía en el ascensor solo pensaba en que Dereck no estuviera allí, que Alec no hubiera podido hablar con él y que Eric simplemente se habría equivocado de persona.

Pero al poner un pie fuera del ascensor, el tono de voz con el que Dereck le hablaba a John, me hizo entender que no había sido el caso.

—Tranquilízate, Dereck, seguro que esto tiene una explicación —escuché que le decía John mientras me acercaba al despacho.

—¿Qué explicación, John? Me dijo que se sintió traicionada por un beso que yo no di, y mira este maldito vídeo. Esa cara es la que veo antes de besarla. ¿Ella me habló de traición a mí? No me jodas.

—Sabes que esto puede ser mentira, ¿un montaje por parte de Stella?

—No es un montaje —dije en casi un susurro desde la puerta, y los dos me miraron.

—Así que reconoces que te has besado con otro, y quién sabe qué más —dijo Dereck acercándose a mí.

—No, él me besó a mí, pero le aparté enseguida.

—¿Quién es?

—¿Cómo lo has conseguido?

Preguntamos los dos a la vez y suspiré, no tardó en contestarme.

—He llegado al despacho y tenía un sobre en la mesa, había una tarjeta de memoria en él con una nota en la que ponía: "dale al *play*". ¿Vas a decirme quién es?

—Mi ex.

—¿El de la amnesia? —frunció el ceño y asentí— Vaya, veo que el accidente os ha unido más.

—No es eso, y esto es precisamente lo que él quiere.

—El qué, ¿qué te deje para que puedas volver con él? Pues lo ha conseguido, eres libre —lo vi salir y John lo siguió.

—Dereck, espera, ¿dónde vas? —preguntó cuando vio que pulsaba el botón del ascensor.

—Adonde sea, menos aquí —contestó al entrar y mientras se cerraban las puertas, yo no podía moverme de la entrada del despacho.

—Imagino que todo esto tiene una explicación —me dijo John cuando nos quedamos solos—, y yo al menos quiero escucharla.

—No quise que eso pasara, de verdad, no sentí nada y le dejé claro que no podía pasar de nuevo.

—¿Por qué lo tiene grabado, en primer lugar?

—Era un plan, sin duda —suspiré—. Hace días me confesó que no tiene amnesia.

—¿Ha recuperado la memoria? —frunció el ceño y negué.

—No, nunca la perdió —me senté frente al escritorio de Dereck y John lo hizo también.

Acabé contándole a él lo que había pasado, todo lo que me dijo Alec y el aviso que nos dieron con lo ocurrido en casa de mis padres. Me dijo que debía habérselo contado a Dereck y me habría ayudado desde el principio.

—Fui yo quien le dijo que no debería haber más secretos entre nosotros, y este no podía contárselo —dije.

—Pues tiene que saberlo, hablaré con él.

—No va a creer nada, pensará que es una excusa para ganar tiempo en mi próxima mentira. Le he visto la cara, John, sus ojos…

—Ey —me cogió la mano y dio un apretón en ella—, conozco a Dereck desde mucho antes que tú, y sé lo que siente por ti, puedes creerme cuando te digo que no podrá sacarte de su cabeza. Y cuando se dé cuenta de lo idiota que ha sido por salir así del despacho sin que habléis de ese vídeo como deberíais haber hecho, irá a buscarte.

—Sé que Stella lo engañó con otro, y ese vídeo deja claro que al menos es el principio de otro engaño por mi parte.

—Eso no le ha gustado mucho, no —chasqueó la lengua—, pero te aseguro que cuando sea consciente de todo irá a buscarte. Y si me dejas hacerte una petición, hazle sufrir un poquito —dijo con los ojos entrecerrados y untando los dedos índice y pulgar—. Es mi amigo y lo quiero, pero a veces esa cabezonería suya me saca de mis casillas —suspiró—. Hasta el momento, cuenta conmigo, ¿de acuerdo? Dime dónde vive tu ex, que voy a hacerle una visita para que me presente a esa gente.

—No, John, no voy a permitir que vayas y te pongas en peligro.

—Oye, dame un voto de confianza, tengo conocidos que pueden ayudarme en este asunto —sonrió.

Suspiré mientras le apuntaba la dirección de Alec y su número de teléfono en un papel.

—Gracias —dijo mientras se lo guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Sigo pensando que esto no es una buena idea. ¿Qué vas a hacer?

—Ni siquiera pienses en esto, ¿vale? —Se levantó y yo lo hice también— Ahora vete a casa, tómate el resto del día libre y disfruta del fin de semana. Nos vemos el lunes —hizo un guiño y salió del despacho de Dereck.

Janet me mandó un mensaje para ver si estaba bien, le conté lo ocurrido y dije que John me daba el resto del día libre.

Janet: *Menuda joyita es tu ex, cariño. Bueno, esta noche voy a cenar y ver una peli contigo en casa, ¿Ok? No voy a dejarte sola, que te conozco y bastante es con que vayas a pasarte el día llorando.*

Recogí mis cosas, fui al despacho de John para decirle que me iba y le pregunté si sabía algo de Dereck, a lo que dijo que no, pero que no me preocupara.

Bajé por el coche y antes de ponerlo en marcha no pude evitar enviarle un mensaje a Alec.

Martina: *Eres la peor persona que he tenido la desgracia de conocer en mi vida. Jamás pensé que pudieras llegar a esto.*

Y como si estuviera esperando que me pusiera en contacto con él, su respuesta no tardó en llegar.

Alec: *Te dije lo que pasaría si no me dabas el dinero, debiste creerme.*

Sí, debí hacerlo, pero, ¿cómo podría haber estado segura de que realmente lo haría? Pensé que solo era una advertencia y que realmente no llevaría a cabo ese plan, pero sin duda había subestimado a mi ex.

Solo esperaba que John tuviera razón y que Dereck lo escuchara, que creyera lo que le había contado a él y que pudiera perdonarme por no haberle hablado antes de todo este asunto, igual que yo perdoné que no me contara nada sobre Stella Jackson.

Capítulo 30



Si debía hacer un resumen de lo que habían sido los últimos días, diría que la palabra que mejor los definiría era asquerosos.

Así, tal cual, sin pensarlo mucho más.

Desde que Alec dejó el maldito vídeo con el beso en el despacho de Dereck, y este saliera sin escucharme, no había vuelto a verlo.

Janet vino a mi casa aquella noche, sí, vimos películas, comimos pizza, bebimos vino y chupitos y acabamos quedándonos dormidas en el sofá, donde despertamos la mañana siguiente con una resaca descomunal.

Se quedó el resto del fin de semana conmigo para darme apoyo moral, ya que Eric estaba con su chica disfrutando de esa bonita relación y ella no quería dejarme sola.

El lunes cuando fui a trabajar, John llegaba al mismo tiempo que yo, le pregunté por Dereck y dijo que se había ido de Seattle, no me dijo dónde, pero sí que había intentado hablar con él sobre lo que le conté, sin que quisiera escucharlo.

El resto de la semana había pasado mucho más lento que de costumbre, sin noticias de Dereck y sin que John me dijera nada más allá de que se encontraba bien.

Y habíamos llegado a una de las noches más especiales del año, bueno, del final del año, mejor dicho. Estaba en casa de mis padres poniendo la mesa para disfrutar de esa cena de Nochebuena con ellos, con Janet y Eric, que no tardarían en llegar.

Mi padre estaba preparando un plato con jamón, queso y unos picos de pan que tomaríamos como aperitivo con una copa de vino mientras se terminaba de hacer el pavo asado.

Como otros años, los villancicos sonaban de fondo en el salón y cuando llegaron mis amigos a casa, lo hicieron cargados de bolsas.

—¡Ho. Ho. Ho! —gritó Janet, cuando entró— ¡Feliz Navidad!

—La madre que te parió. ¿Dónde vas con esas bolsas? —reí mientras me abrazaba.

—Si quieres vengo con las manos vacías —resopló—. Además, ya ves que no soy la única que viene cargadita como el viejo Santa —señaló a Eric, que tampoco se quedaba atrás.

—Yo soy un duende del viejo barrigón —me dijo, abrazándome también.

—Lo que sois es un par de locos. Anda, vamos a dejar todo esto en el salón —dije y ambos me siguieron.

—Joder, y los locos somos nosotros —protestó Janet al ver el árbol de Navidad—. Mira qué de regalos.

—Eso es atrezo —mentí, y ambos me miraron con la ceja arqueada—. Vale, no lo es —reí—. Venga, dejad los regalos bajo el árbol que vamos a cenar.

—Sí, que el asado de tu madre huele de maravilla —comentó Eric.

Después de que colocaran los regalos fuimos a la cocina y, tras los saludos a mis padres, servimos el vino y allí mismo nos tomamos la primera copa de la noche con ese plato de jamón y queso que estaban buenísimos.

Mis padres se interesaron por cómo les iba a ambos y Eric les habló de Kate Evans, la hermana pequeña de mi jefe, de quien mi madre sí había oído hablar en algunos programas de moda y del corazón.

Cuando le preguntó a Janet si también había alguien en su vida esta suspiró diciendo que no.

—Creo que voy a ser la típica señora que viva rodeada de gatos, pero feliz —sonrió con ironía.

—Oh, vamos, cielo, no te preocupes, que ya verás cómo el hombre indicado llega a tu vida cuando menos lo esperes —le dijo mi madre.

—Viendo que a ellos les has llegado, aún puedo decir que creo en el amor —nos señaló a Eric y a mí, y acabé tosiendo tras el sorbo de vino que había dado.

—¿Cómo que, a ellos? —Mi madre frunció el ceño— Martina, ¿tú estás conociendo a alguien?

—Con ellos se refería a Eric y Kate, mamá, no a mí —mentí, mirando a mi amiga, lanzándole llamaradas con los ojos, mientras ella miraba disimuladamente su copa de vino mientras comía

queso.

—¿Qué os parece si pasamos al salón? El pavo está listo y con que lo dejemos en el horno conservado el calor, es suficiente —propuso mi padre.

Llevamos los entrantes a la mesa y nos sentamos para disfrutar de aquella primera noche navideña en familia, como habíamos hecho los últimos años desde que mis padres se mudaron a Seattle.

Mientras cenábamos, mis padres nos contaron que habían estado pensando en hacer un viaje a Málaga, puesto que hacía mucho que no volvían a su tierra.

—Nos gustaría pasar allí la víspera de Reyes —dijo mi madre—. Sabes que aunque estemos aquí, nosotros hemos celebrado esa fiesta contigo.

—Lo sé, pero no es lo mismo hacerlo aquí, que ya no hay fiestas, que allí.

—Y que me apetece ver a los chiquillos en la cabalgata viendo a los Reyes pasar, emocionados, y con esa carita de ilusión, sorpresa e incredulidad que tienen mientras les saludan.

—Pues, ¿sabéis qué? Que me voy con vosotros —dije.

—Pero cariño, ¿y el trabajo?

—Hablaré con mi jefe, seguro que no me pone ninguna pega a la petición de unos días de vacaciones anticipados —sonreí—. También me apetece ver a los Reyes, que hace mucho que no voy a una de sus cabalgatas.

—Reservaré dos habitaciones de hotel entonces —dijo mi padre.

—¿Podrían ser tres? —comentó Janet— Es que creo que me vendrían bien unos días de vacaciones —sonrió.

—Que sean cuatro, que yo también me voy. Así nos enseñas tu tierra, que ya tenemos ganas de conocerla —me dijo Eric.

—Este año sí que van a ser unas Navidades de lo más completas —comentó mi madre, con una sonrisa.

Y durante el resto de la cena planeamos aquel viaje que haríamos en unos días, buscando el mejor alojamiento y con mis dos amigos con ganas de visitar esos lugares en los que crecí y pasé mi juventud.

Como siempre el asado de mi madre estaba buenísimo, y ni qué decir tenía que repetimos, no

solo el pavo sino el postre.

Brindamos con una primera copa de champán y fuimos a sentarnos para abrir los regalos, algo que ya era tradición puesto que no esperábamos hasta la mañana de Navidad para hacerlo.

Entre los míos había un bolso, vestidos de lana, botas altas, zapatos, camisas para el trabajo, pantalones, un conjunto de bufanda y guantes, pijamas y mi perfume favorito, además de un abrigo de paño rojo precioso que me habían comprado mis padres.

Janet también tenía ropa, un bolso que podía usarse como bandolera o colgado al hombro, y un conjunto de pulsera y pendientes que yo le había comprado de la firma de joyería que más le gustaba.

A Eric le habíamos comprado un abrigo, varias corbatas, unos gemelos y perfume.

Mis padres se emocionaron como siempre al ver sus regalos, entre los que además de contar con algunas prendas de ropa para el invierno, había también unas entradas para ver un musical que habían estrenado recientemente y querían verlo.

Nos bebimos la botella de champán mientras cantábamos villancicos y al llegar la medianoche cogí el móvil pensando en si enviarle un mensaje a Dereck o no.

Seguía sin saber nada de él, y aunque John me dijera que estaba bien quería comprobarlo por mí misma, algo imposible porque no me atreví a escribirle, como tampoco lo había hecho esos días atrás.

Lo echaba de menos, y no sabía cuánto quería a ese hombre hasta ahora que lo había perdido por no hablar con él sobre aquel beso que me dio mi ex y con el que no sentí absolutamente nada, o contarle lo que ocurría.

Esos días había pensado mucho en cómo de diferentes serían las cosas si le hubiera dicho a Dereck que mi ex me había engañado, que fingió tener amnesia solo para darme lástima e intentar que volviera con él y lo ayudara a pagar esa deuda que tenía.

Si no hubiera subestimado a Alec nada de esto habría pasado, ni siquiera el hecho de que entraran en casa de mis padres para darles un susto como el que se había llevado mi madre, y por el que yo misma me culpaba.

Ojalá pudiera pedir uno de esos deseos de Navidad y que se hiciera realidad, porque desearía poder volver atrás en el tiempo y no ir al hospital para ver cómo estaba mi ex, preocupándome por él porque apreciaba a sus padres.

Pero como no se podía dar marcha atrás a las decisiones que tomábamos, y que estaba claro que todo en la vida pasaba por algo, no me quedaba otra más que esperar a que Dereck escuchara

a John y creyera todo lo que yo le había contado a él.

Capítulo 31



John tuvo que ir a Boston para ultimar uno de los últimos contratos el día anterior, justo después del día de Navidad, así que no pude hablar con él sobre mis vacaciones para ir de viaje con mis padres a mi tierra.

Con quien sí hablamos tanto Janet, como Eric y yo fue con Steven Turner, el jefe supremo de la revista quien dijo que no veía inconveniente alguno en que nos cogiéramos unos días para disfrutar del final de las Navidades tal como se vivían en España.

Estaba revisando unos contratos para enviar a un par de empresas que tendrían su publicidad en nuestra revista durante el siguiente año, cuando me llegó un mensaje al móvil.

Alec: *Dile a tu jefe que se deje de tonterías y te dé el puto dinero, Martina. ¿Es que no fui claro con mi mensaje? Tenía hasta el día de Navidad para darme los cincuenta mil dólares, y han pasado dos días. Dile que, si no quiere que te hagan daño, que me dé el puto dinero.*

No entendía nada, ¿qué era eso de que le había dado un plazo a Dereck para que le diera el dinero?

Que yo supiera cuando dejó el sobre en su despacho había una tarjeta de memoria y una nota en la que le decía que tenía que verlo, en ningún momento Dereck mencionó nada sobre el pago del dinero que me pedía a mí.

Iba a llamar a John para ver si él sabía algo, cuando justo lo vi salir del ascensor.

—Buenos días, Martina —sonrió.

—Buenos días. John, ¿Dereck te mencionó algo sobre que mi ex le había pedido el dinero a él?

—¿Qué? No, ¿por qué preguntas?

—Por esto —le di mi móvil, donde aún estaba abierto el mensaje que me acababa de enviar

Alec, y lo leyó.

—No tenía ni idea, Dereck no mencionó nada de esto —me miró devolviéndome el móvil.

—¿Crees que de verdad se lo ha pedido?

—Podría ser una mentira, tal vez solo te lo haya dicho para presionarte a ti. No dejes que lo consiga.

—¿Y si esa gente vuelve a ir a por mis padres? No quiero que les pase nada.

—Y no les pasará nada, tranquila. Si vuelve a escribir simplemente no le hagas caso, ignora sus mensajes, y si se acerca a ti o intenta algo, me lo dices.

—¿Dónde está Dereck? Me gustaría hablar con él. He querido escribirle desde que se fue, pero no me he atrevido —suspiré.

—Está bien, no tienes que preocuparte por él, ¿vale?

—Vale.

—Ahora voy a ponerme al día con estos contratos.

—John, quería comentarte algo —dije antes de que fuera hacia su despacho.

—Claro, dime.

—Mis padres querían ir a pasar unos días a Málaga, de donde somos, y pensé en acompañarlos, hace mucho que no voy. Sería después del día de Año Nuevo, y no más de diez días.

—Claro, sin problema —sonrió—. Te vendrá bien un cambio de aires.

—Gracias.

Asintió y mientras él iba a su despacho, yo volví a sentarme en mi puesto para continuar con el trabajo.

En eso estaba una hora después cuando Janet me mandó un mensaje diciéndome que tenía que ver algo, y seguido me llegó un enlace.

Lo abrí, y me quedé de piedra al ver que era una foto de Dereck con una mujer a la que no había visto en mi vida.

Se les veía sonrientes, paseando por las calles de Manhattan juntos y de lo más acaramelados. En el pie de la imagen ponía que se trataba de una diseñadora de joyas muy famosa con la que ya se había visto al multimillonario en otras ocasiones.

Estaba claro que no era sincero cuando decía que sentía algo por mí, porque, de serlo, no estaría ahora con otra mujer del brazo, una con la que se sobrentendía que había estado relacionado antes.

Las lágrimas se me saltaron en ese momento, sabiendo que, por no haber hablado con él sobre mi ex, al igual que él tampoco me había contado lo de Stella Jackson, nos dejaba ahora en esa situación.

Me sequé las mejillas y dejé el móvil en mi escritorio cuando escuché a John salir del despacho y llamarme mientras venía hacia mí.

—¿Has llorado? —preguntó con el ceño fruncido.

—No, es solo algo que se me ha metido en los ojos.

—Ya, a otro con ese cuento, Martina. ¿Qué pasa?

—Janet, mi amiga, me ha enviado esta noticia —le enseñé el móvil y lo cogió.

—Joder —suspiró cerrando los ojos unos instantes—. No hagas caso de lo que diga la prensa, ¿de acuerdo? Esto no es nada, ella no es nada para él —me devolvió el móvil.

—No parece que no sea nada, esas sonrisas lo dicen todo.

—Martina, ahora mismo no pienses en esto.

—Creo que me voy a ir a casa —dije—, no me siento para nada bien.

—Sí, mejor vete a descansar. No he querido decirte nada, pero no te he visto buena cara —me acarició la mejilla—. ¿Por qué no trabajas estos días desde casa? No estaré mucho por el despacho y podemos hablar por teléfono de lo que necesite de ti.

—Vale, gracias John.

—Venga, vete —se inclinó y me dio un beso en la sien—. Llévate estos informes, quiero que les eches un vistazo y me saques una buena propuesta de compra para ese hotel.

—Claro, me pongo con ello en cuanto llegue.

Volvió al despacho, recogí mis cosas y le mandé un mensaje a Janet para decirle que me iba y

que trabajaría desde casa esos días, que no dudara en venir a verme cuando quisiera.

Salí del ascensor buscando las llaves del coche en el bolso y antes de llegar a mi plaza, alguien me tapó la boca con una mano mientras me llevaba hasta detrás de la columna, pegándome a ella con tanta fuerza, que gemí al hacerme daño en el pecho.

—Alec sigue sin pagarnos lo que nos debe, y mi jefe no está contento por eso, ¿sabes? —dijo en un tono ronco, hice por hablar y soltó mi boca un momento.

—No tengo nada que ver en eso, y tampoco tengo nada que ver con Alec.

—Eres su novia, no querrás que le pase nada.

—No soy su novia, rompimos hace cuatro años cuando me engañó con otra. Ha fingido tener amnesia para evitar que le dierais una paliza y nos ha puesto a mí y a mis padres en medio de todo.

—Sabía que ese tipo era una escoria de la humanidad, pero no a qué calibre. No me importa si estás con él o no, dijo que tú nos pagarías, y es lo que vas a hacer.

—No puedo pagar una deuda que no es mía, ni siquiera tengo el dinero, pero, aunque lo tuviera, no os pagaría.

—Mira, encanto, tienes una semana para pagar, no hay otra opción.

—No voy a pagar —me retorcí hasta poder mirarlo por encima del hombro y vi que era el hombre que había estado en el hospital, el que Alec decía que le seguía a todas partes.

—Si no pagas, las cosas se pondrán difíciles para ti y los tuyos.

—No puedes amenazarme, yo no os debo nada, es Alec quien tiene que pagaros.

—No es una amenaza, encanto —dijo mirándome fijamente—, solo quiero que entiendas que no estoy bromeando. Tienes una semana para entregarme en este mismo lugar el dinero. No me gustaría que esto terminara mal para ti o tus padres, parecen buenas personas.

—No te atrevas a hacerles daño —le advertí, intentando sonar lo más segura posible, aunque en el fondo estaba muerta de miedo.

—Una semana, no nos hagas entrar de nuevo en su casa porque esta vez no será solo un aviso.

Me soltó y lo vi marcharse caminando hacia una de las salidas de emergencia del parking.

Subí a mi coche y pensé en llamar a Dereck, pero si no escuchó a John cuando le contó lo que

le confesé, ¿quién me aseguraba que quisiera escucharme a mí?

Busqué el número de John y lo llamé, no tardó más de dos tonos en responder y cuando le conté lo que había pasado me dijo que me fuera para casa y no me preocupara por nada, que él me cubría las espaldas.

No entendí que quiso decir con eso y tampoco es que estuviera yo en el mejor estado para preguntar, por lo que me limité a conducir hasta mi casa donde me encerré con llave, y no solo eso.

A pesar de que mi apartamento siempre había sido un lugar muy seguro, y que en caso de que algún vecino escuchara algo avisarían a la policía, tomé la decisión de instalar una alarma igual que hice en casa de mis padres.

Llamé a la empresa de seguridad y mientras esperaba que vinieran me tomé un café, mirando una vez más aquellas imágenes de la noticia que me había mandado Janet sobre Dereck y la diseñadora de joyas.

Busqué más sobre eso en Internet y había cientos de resultados. Era cierto que entre ellos había un pasado, se conocían desde hacía años, a juzgar por las fechas de algunas noticias, y entre las recientes no estaba solo esa que me había hecho llegar mi amiga, sino varias más.

Una de ellas era de la noche del veinticuatro de diciembre, solo tres días antes, en la que ambos posaban en uno de los hoteles más lujosos de Manhattan, dado que habían asistido a la cena de Nochebuena anual del dueño de una multinacional.

Se les veía sonrientes y cómodos el uno con el otro, ella lo miraba como si Dereck fuera un suculento bocado que llevarse a la boca esa noche, y él aparecía en todas las fotos con la mano en la cadera de ella.

Por suerte el técnico vino a instalarme la alarma y me alejé de esa espiral de masoquismo viendo fotos del hombre al que amaba con otra, porque eso no haría más que perjudicarme.

Para cuando terminó de instalarlo todo me preparé una ensalada para comer, me di una ducha y me puse el pijama para acomodarme en el sofá con los informes que me había dado John para trabajar en ellos.

Al menos si mantenía la mente ocupada en el trabajo no pensaría en otras cosas, ni, en Dereck y el modo en el que miraba y deseaba a esa mujer, ni en esa gente que quería que les pagara una deuda que no era mía para evitar que nos mataran a mí y a mis padres.

Capítulo 32



Como en los últimos años desde que mis padres se mudaron a Seattle, Janet y Eric cenaron en casa con nosotros, y después de brindar con ellos por un nuevo año y tomarnos una copa de champán, salimos de casa para ir a celebrar ese cambio de año con los compañeros de la revista.

Sí, porque nuestro jefe, Steven Turner, reservaba el club para toda la plantilla de la revista y que nos divirtiéramos bailando y bebiendo.

Me había puesto un vestido de cóctel rojo entallado, de manga larga y escote en "V" acompañado de unos zapatos negros. Janet iba de blanco y negro y Eric dijo que, además de su chica, nosotras seríamos las más guapa de la noche.

No iba a mentir, y fui a ese club con la esperanza de ver a Dereck y poder hablar con él, decirle que lo echaba de menos y que quería y necesitaba que me escuchara y creyera en todo lo que iba a contarle.

Me iría a Málaga con mis padres y mis amigos en un par de días, y no volvería hasta al menos mediados de enero, no quería irme con esa sensación de que ciertamente había perdido al hombre al que quería de verdad.

Cuando entramos en el club nos envolvió ese ambiente navideño que lo rodeaba todo, así como la música que sonaba por todo el local, mezclando villancicos con canciones del momento.

Todos allí se divertían, bailando y riendo copa en mano, disfrutando de la noche.

Estaba todo precioso decorado, con luces parpadeantes colgando del techo, lo que daba un ambiente de lo más cálido y festivo.

Las paredes estaban adornadas con guirnaldas de pino y bolas de Navidad de diferentes y vibrantes colores.

El en centro se encontraba lo que sin duda era la joya de la corona, un gran árbol de Navidad en blanco, con luces azules y adornos dorados y plateados, con un montón de cajas de regalos

decorando la parte de abajo.

Incluso habían prendido velas con aroma de canela y chocolate que le deba ese toque un poco más navideño a la sala.

En todas las mesas había botellas y copas de champán, así como cócteles de lo más coloridos. Desde luego que esa noche la fiesta entre todos allí estaba más que asegurada, no había más que ver el ambiente cargado de alegría y risas que se veía por donde quieras que miraras.

Fuimos hacia la barra y pedimos una botella de champán y tres copas para acomodarnos en una de las mesas, nos sentamos y Eric sirvió las copas.

—Chicos, brindemos por un nuevo año lleno de buenos momentos, de risas y felicidad para los tres —dijo Janet, cuando cogió su copa—. Y de amor, ese que no falte —sonrió mirándonos a ambos.

—Brindo por eso —Eric acercó su copa al centro de la mesa, donde esperaba la de Janet, y yo hice lo mismo.

—¡Salud! —gritamos al unísono.

Dimos un buen sorbo y miré a mis amigos, esos a quienes les debía tanto, que no tendría vida suficiente para pagarles.

—Y que nunca nos falte la buena compañía —dije—. Que pase lo que pase, os tenga siempre en mi vida.

—Eso no lo dudes, cariño —sonrió Janet.

—Con la de momentos divertidos que hemos vivido en estos años, y la de locuras que me habéis hecho pasar —comentó Eric.

—¿Nosotras a ti? Ni que tú fueras un santo —protesté.

—Sí, ¿o tenemos que recordarte la última vez que se te ocurrió llevarnos a una escapadita a la montaña? Nos perdimos, Eric, nos perdimos durante seis horas y sin cobertura —dijo Janet.

—No nos perdimos, fue una aventura.

—Sí, sí, una aventura dice —resoplé—. Vinieron a buscarnos los guardias forestales, y porque mi madre llamó diciendo que no me localizaba.

—¿Quién salió beneficiada de aquello? Porque si mal no recuerdo, aquí nuestra querida Janet ligó con uno de esos guardias.

—Dios mío, todavía me estremezo al recordar los orgasmos que me dio durante dos meses. Hasta que me enteré de que iba a casarse y yo no era más que una aventura antes del celibato matrimonial —suspiró.

—Joder, si es que entre los tres tenemos unas experiencias lamentables en cuestiones de amor —dijo Eric.

—Dímelo a mí —resoplé—. Dejo todo por amor, me pone los cuernos, conozco a otro que resulta que me tiene de amante, mi primer ex finge estar amnésico para que lo ayude con una deuda porque le robaron la droga que tenía que vender, me lio con mi jefe, del que admito estar enamorada hasta el tuétano, y por culpa de su ex y el mío, lo pierdo y ahora está con una diseñadora de joyas que parece una actriz de Hollywood.

—Dios, lo tuyo no es mala suerte, Martina, es… ¿karma de mil vidas anteriores? —dijo Janet.

—Qué sé yo, igual sí —me encogí de hombros.

—Vale, se acabó hablar de cosas malas —Eric volvió a llenarnos las copas—. Brindemos por nosotros, que estamos aquí un año más y no vamos a separarnos nunca.

—Salvo cuando tu chica te quiera para ella sola —sonrió Janet al ver que se acercaba Kate.

—¡Feliz Año Nuevo, chicos! —gritó, levantando su copa.

—Feliz año —dijimos los tres al unísono, sonriendo y brindando con ella.

Eric y Kate se miraron con cariño y no tardaron en darse un beso rápido en los labios.

—¡¡Viva el amor!! —gritó Janet con la copa en alto, antes de darle un sorbo.

Y así pasamos un rato los cuatro, charlando y riendo, mientras Kate me decía que su hermano era un completo idiota si me había dejado escapar.

—Y hablando de idiotas —dijo Janet señalando hacia una de las mesas, donde Dereck y esa mujer de las fotos acababan de sentarse.

Suspiré y no tardé mucho en ver a John ir hacia él, hablar con el ceño fruncido y a Dereck mirando hacia mi mesa.

John negó y vino con nosotros.

—No sabía que mi querido hermano iba a venir —dijo Kate cuando John se sentó en la mesa.

—Ni yo. Lo siento Martina, de haberlo sabido te habría avisado.

—No te preocupes —sonreí, aunque por dentro estaba que me moría de la pena.

Di un sorbo a mi copa y en ese momento Janet se levantó.

—Si nos disculpáis, llega el momento de que cantemos el villancico de Mariah Carey, y me llevo a estos dos que no me dejan sola ningún año en esta locura.

—No, Janet, este año también no —dijo Eric muerto de risa.

—Anda que no. Tira para el centro que voy por los micrófonos.

—Madre mía, ya no podemos escondernos —reí.

Janet regresó poco después con los tres micrófonos, nos pusimos delante del gran árbol de Navidad y empezó a sonar esa leve melodía que le había pedido al DJ, que nos conocía más que de sobra.

—*I dont' want a lot for Christmas…*[1] —empezó a cantar Janet como si de la mismísima Mariah Carey se tratara.

—*Make my wish come true…*[2] —siguió Eric, antes de que yo cantara la parte importante.

—*All I want for Christmas is you…*[3] —entoné mientras los miraba a ellos dos y los señalaba sonriendo.

Todos aplaudían al ritmo de la canción, bailando y animándonos a seguir con ese número musical que improvisamos el primer año y ya era una tradición para todos.

Cuando acabamos Steven Turner se acercó aplaudiendo con una sonrisa de oreja a oreja en los labios.

Y mientras John y Kate se unían a él para felicitarnos por lo bien que habíamos cantado y bailado, no pude evitar mirar hacia la mesa en la que Dereck y esa mujer morena estaban sentados.

En ese momento ella le acarició el brazo a él, que no dudó en inclinarse para besarla.

Sin duda no le importaba que yo viera aquello, como tampoco lo que pudiera sentir al presenciarlo. Sentí un nudo en la garganta por las lágrimas que querían salir, pero no iba a darle el gusto de verme llorar.

Cogí la botella de champán y me llené la copa hasta arriba, esa que me bebí casi de un sorbo.

El resto de la noche evité mirar hacia su mesa, y me dediqué a bailar, reír, cantar y beber con mis amigos, con mi nuevo jefe, con la novia de mi amigo y con nuestro gran jefe.

Esa era una noche para celebrar y para divertirme, no para quedarme sentada mirando cómo el hombre que había dicho que me quería besaba a otra sin importarle que yo lo estuviera presenciando todo.

Capítulo 33



Después de la celebración de Fin de Año en el club con todos los de la revista donde vi a Dereck con esa otra mujer besándose, lo de alejarme de Seattle unos días era una de esas bocanadas de aire fresco que tanto necesitaba.

Quería despejarme y olvidar que seguía enamorada de ese hombre, como de ningún otro lo había estado antes, eso sin contar que cuanto más lejos estuviera de Alec y esa gente a la que él le debía dinero y querían que yo les pagase, mucho mejor.

Llevábamos dos días en Málaga, alojados en uno de los mejores hoteles, y la noche siguiente tendríamos la cena de Reyes en el restaurante del hotel, donde además tomaríamos el desayuno y también comeríamos el Día de Reyes disfrutando del roscón, ese dulce tan delicioso que Janet había visto y quería probar.

Cuando les contamos que en España la tradición era abrir regalos también el Día de Reyes, ni ella ni Eric dudaron en que fuéramos los tres juntos a hacer algunas compras, pues querían tener un detalle con mis padres, ya que de los gatos de este viaje se encargaban ellos.

Y lo suyo les costó, que mis amigos insistían en pagar cada uno lo suyo, pero si algo tenía Don Raúl y Doña Jimena, era que a cabezotas no les ganaba nadie, salvo yo, obviamente, pues tenía la tozudez de ambos en mis genes.

Llevábamos toda la tarde de tiendas, comprando regalos para mis padres y para nosotros, además de algunas cositas de ropa y cosmética que a Janet y a mí se nos antojaron.

—Llevamos tantas bolsas que me siento como un duende de Santa Claus —dijo Eric.

—Más bien ahora seríamos pajes de los Reyes Magos —reí.

—Pobres reyes, el viaje en camello se les debió hacer eterno hasta que llegaron a llevarle los regalos al Niño Jesús —comentó Janet con un suspiro.

—Es lo que tiene no tener unos renos voladores, que el camino es más lento —volví a reír.

—Vamos a tomar un café, que estoy de los tacones hasta el gorro ya.

—Es que solo a ti se te ocurre ponerte los botines de tacón para ir de tiendas, hija mía —volteé los ojos.

—¿Qué iba a saber yo que me iba a enamorar de cada tienda que veía?

—Eso, y que te gusta un regalito más que a mí un bombón de chocolate.

—Tú es que eres una golosa, Martina —rio Eric.

Nos acomodamos en una de las cafeterías y justo desde ahí veíamos la fila de los niños esperando para poder entregarles sus cartas a los Reyes Magos y hacerse la foto con ellos.

—Es como estar en el centro comercial de Seattle donde los niños esperan para ver a Santa —dijo Janet con una sonrisa.

—Sí, aquí los peques aprovechan para darles sus cartas a él también.

—Vaya, doble día de regalos, qué listos son estos niños.

Mientras me tomaba el café me llegó un mensaje de Alec, no podía aparecer ese hombre en peor momento, de verdad, era experto en romper mi paz.

Alec: *¿Dónde mierda estás, Martina? Esta gente me ha destrozado el coche nuevo, ¿en qué coño piensas? Pídele a tu jefe que te dé el puto dinero antes de que me maten.*

Suspiré mientras me recostaba en el respaldo del sofá donde estaba sentada, y Janet no tardó en quitarme el móvil de la mano.

—Este tío está loco, en serio. A ver si le rompen las piernas por imbécil y deja de meterse en líos, y de meterte a ti. Menos mal que te viniste aquí. ¿Vas a contestarle? No, mejor deja que yo lo hago.

—Janet, no, dame el móvil —intenté quitárselo, pero no hubo suerte, la jodida era rápida de movimientos y se apartó para seguir tecleando.

—Listo, a ver si ya con esto deja de dar "porculo" —carraspeó—. Alec, me he ido de misionera a la Antártida, no me busques más, paga tus deudas que son tuyas, no mías.

—No le has puesto eso —dije mientras veía que Eric le cogía el móvil.

—Sí que se lo ha puesto, sí —rio.

—Con suerte, el gilipollas de tu ex coge un vuelo a la Antártida y se pierde buscándote —dijo Janet.

—No lo veo, la verdad —reí.

—Pues debería, o buscarse otra novia, claro que no le deseo ese mal a nadie —suspiró, cogiendo el café para dar un sorbo.

Cuando nos lo acabamos, y tras volver a coger todas nuestras bolsas de compras, pasamos por delante de la poca fila de niños que había en ese momento esperando para darle sus cartas a los Reyes Magos, y a Janet no se le ocurrió otra cosa que ponerse en ella.

—¿Qué haces? —preguntó Eric frunciendo el ceño al verla.

—Quiero hacer mi petición, a ver si ellos sí me traen el regalo que no me ha traído Santa —contestó.

—Janet, por Dios, que no tienes cinco años —reí.

—No, tengo treinta, pero ya sabes lo que dicen, no debemos dejar morir nuestra niña interior —se encogió de hombros.

—Madre mía, de esta nos echan del centro comercial y ponen nuestra foto para que nos prohíban la entrada de nuevo —dijo Eric suspirando.

Y ahí se quedó mi amiga, en la fila esperando su turno, ese que, cuando llegó, la hizo sonreír como una niña pequeña.

—¡¡Hola!! —gritó saludando en un perfecto español, con su característico acento americano, a los tres reyes que estaban ahí sentados en sus tronos.

—Vaya, parece que tenemos una última petición esta tarde —dijo Baltasar.

—En realidad son dos, pero Martina no se atreve a venir —contestó ella—. ¿Me puedo sentar en tu regazo, Gaspar?

—Claro —rio este.

Los tres chicos que estaban allí sentados no debían tener más de treinta y pocos años, y al ver a Janet allí, sentándose en las piernas del pelirrojo, debían estar flipando en colores.

—Madre mía, Martina, este rey mago va al gimnasio, menudos brazos tiene.

—Janet, por el amor de Dios —protesté.

—Janet, bonito nombre. No es muy común en Málaga, que digamos —comentó el rey Melchor.

—No, pero en Estados Unidos, que es de donde yo soy, sí.

—¿Y qué hace una estadounidense como tú por Málaga? —preguntó Gaspar, que era quien la tenía sentada encima.

—De vacaciones, que Martina es de aquí, pero vive allí, y hemos venido con sus padres.

—Haces bien en venir a tu tierra, niña —me dijo Baltasar.

—Bueno, así que vosotros sois como Santa Claus, y cumplís deseos, ¿verdad? —curioseó Janet.

—Salvo porque él tiene un poco más de barriga, y en vez de en camello, viaja con renos voladores —rio Gaspar.

—Pues quiero pediros mis regalos.

—¿Regalos, en plural? —preguntó Melchor, que por su cara debía estar pasándoselo pipa con Janet, igual que los otros dos.

—Sí, uno a cada uno de vosotros, para cada uno de nosotros —nos señaló a Eric y a mí, además de a ella.

—Vale, somos todo oídos —dijo Baltasar.

—Quiero que para quien no hemos encontrado el amor, el de verdad, ese que te hace sentir mariposas en el estómago, nos llegue pronto. Para quien lo ha perdido, que lo recupere, y para quien ya lo tiene, que lo tenga siempre —pidió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Vale, ¿y podemos saber quién es cuál en esa petición? —quiso saber Gaspar.

—No, eso es trabajo de la magia que hacéis —sonrió de nuevo.

—Caballeros, esta joven estadounidense nos ha puesto un reto. ¿Lo aceptamos? —preguntó Melchor.

—Por supuesto que sí, lo aceptamos —respondieron ambos al unísono.

—Pues me voy más contenta que unas castañuelas, como dicen por España —dijo Janet levantándose de las piernas de Gaspar—. Feliz Año Nuevo, y no trabajéis mucho mañana por la noche.

—Tú déjanos una taza de chocolate en el árbol, que nos vendrá bien un descanso.

—Uy, que me iba sin mi foto —dijo la muy loca sacando el móvil, y los tres reyes empezaron a reírse a carcajadas.

A ver, que Janet sabía que esto no era más que una locura, de esas que a veces habíamos hecho los tres, pero no era menos cierto que esas locuras nos gustaban a Eric y a mí, tanto como a ella, y acabamos dejando que nuestra amiga nos arrastrara con ella para hacernos una foto con los tres Reyes Magos para tener un bonito recuerdo de esas Navidades.

Después de hacernos ni sabría decir cuántas fotos, nos despedimos de ellos para volver al hotel donde mis padres me habían dicho que nos esperaban para cenar.

Por muy magos y milagrosos que fueran sus Majestades los Reyes de Oriente, el milagro de que yo recuperara el amor que había perdido era difícil de conseguir.

No, Dereck no sentía lo mismo que yo y eso me había quedado claro, más que claro, cristalino, cuando vi cómo se besaba con otra delante de mí.

Pero no iba a dejar que eso me estropeara el final de las fiestas, y mucho menos ahora que estaba en mi tierra.

Capítulo 34



Estaba en la cama, en la comodidad de aquel colchón, calentita bajo las mantas, con una cuadrilla entera de albañiles martilleándome la cabeza, cuando, de repente…

—¡¡Despierta, dormilona, que ya han venido los Reyes con sus regalos!! —gritó Janet entrando en mi habitación, como si fuera la suya propia.

Y no contenta con eso de gritar, sentí que se subía a mi cama y empezaba a zarandearme un poco.

—Vamos, Martina, levanta que tus padres quieren abrir los regalos en su habitación.

—Dios, ¿cómo es posible que estés tan fresca? —protesté cubriéndome la cabeza con la sábana.

—Será porque anoche no bebí tanto como tú, ¿querías acabar con las existencias del bar? No te habíamos visto beber así, nunca.

—Bueno, ya sabes, para ahogar las penas amorosas, lo mejor, unas copas.

—Unas copas, cariño, no todo el champán de bar —volteó los ojos—. Venga, date una ducha y vístete que tus padres quieren que vayamos a la habitación para abrir allí los regalos.

—¿Te han traído los Reyes ese amor que esperabas? —pregunté dejado ver solo mis ojos.

—Sabes que lo que pedía era más para vosotros, porque me gusta veros felices —contestó con una sonrisa y me dio un beso en la mejilla—. Nos vemos en diez minutos.

Asentí, y finalmente salió de mi habitación para dejarme sola.

Miré al techo unos segundos, como si allí fuera a encontrar las respuestas a las preguntas más antiguas de la humanidad, suspiré y acabé optando por levantarme de la cama.

Lo de los albañiles que había mencionado antes era mentira, en realidad tenía en la cabeza a toda una horda de obreros martilleando, picando, taladrando y cualquier otra palabra acaba en "ando" relacionada con las obras.

Dios, me iba a estallar, necesitaba un analgésico antes de empezar el día.

Me tomé una pastilla con una botella de agua del mini bar y fui a ducharme, cuando acabé y llevando solo una toalla con la que cubría mi cuerpo, saqué unos pantalones, un jersey, los botines del armario y me vestí.

En cuanto acabé de secarme el pelo salí de la habitación para ir a la de mis padres, que estaba en mí misma planta, al final del pasillo.

—Buenos día, cariño —me saludó mi madre al abrir—. ¿Cómo te sientes?

—Buenos días, mamá. Digamos que tengo un ligero dolor de cabeza.

—Es que anoche bebiste mucho, hija —dijo mi madre, abrazándome—. Vamos a abrir los regalos y después bajamos a desayunar, que van a servir chocolate caliente y roscón.

—Oh, por fin voy a poder probar ese dulce, es que tiene una pinta buenísima —comentó Janet.

—Mira que eres golosa, en serio —rio Eric.

—Venga, cada uno a su montón de regalos —ordenó mi madre con una palmada.

Había cinco montones con paquetes, cada uno de ellos junto a una bota de Navidad con nuestro nombre bordado.

Nos sentamos en el suelo al más puro estilo indio y fuimos abriendo los regalos como si fuéramos unos niños. Janet sonreía y gritaba con cada cosa que veía, y es que todo le gustaba.

Mis padres nos compraron un reloj a cada uno, además de que nos dieron un sobre en el que había un vale canjeable por quinientos dólares cuando llegásemos a Seattle. Era para matarlos, pero en los tres años que llevaban viviendo allí cerquita de mí, nos mimaban mucho a los tres.

Después de abrir todos los regalos y llevarlos a nuestras respectivas habitaciones, bajamos a la cafetería del hotel donde ya estaban sirviendo una taza de chocolate caliente y un trozo de roscón.

Nos acomodamos en una de las mesas y disfrutamos allí de aquel desayuno, y pedimos café cuando lo acabamos.

Escuché mi móvil sonar con una notificación de mensaje, pero imaginaba que se trataría de Alec, por lo que no hice ni el intento de sacarlo del bolsillo de mi pantalón, y seguí charlando con mi familia.

Pero mi ex era insistente y volví a recibir otro mensaje, y después otro, y otro más.

—Dios, qué pesado —dije sacándolo por fin.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó mi madre.

—Nada, es que hay un pesado que… —pero no seguí hablando, me quedé callada al ver en la pantalla el hombre de Dereck.

Leí alguno de esos mensajes por encima, y me centré en el último, ese que me había llamado mucho más la atención porque no podía ser posible lo que se me acababa de pasar por la cabeza al leer aquellas palabras.

Dereck: *Ese jersey rosa te queda perfecto, estás preciosa.*

No, sin duda alguna no era lo que estaba pensando, seguramente Eric había compartido con Kate una de las fotos que nos habíamos hecho mientras desayunábamos, y ella se la habría enseñado a Dereck, como diciéndole de algún modo: "mira lo que te pierdas por idiota, hermano" o algo parecido.

Vale, eso se lo diría yo, si le enviara un mensaje con una foto mía en ropa interior, pero no era el caso porque nunca le enviaría fotos de ese tipo a Dereck, ni a ningún otro hombre con el que saliera o tuviera una aventura.

—Martina, ¿estás bien? —miré a Janet, y fruncí el ceño.

—No, no estoy bien, estoy alucinando. Eric, ¿le has enviado alguna foto en la que salgo yo, a Kate?

—No, ¿por qué?

—Porque entonces que alguien me explique cómo es posible que Dereck me haya enviado este mensaje —contesté enseñándoles el móvil.

—A ver si es que te tiene pinchado el móvil, y te ve a través de la cámara.

—¿Qué Dereck, cariño? ¿Tu jefe? —preguntó mi madre.

—Sí, ese.

—¿Y por qué te escribiría si estás de vacaciones?

—Jimena, es que tu hija y su jefe…

—No te atrevas, Janet —le advertí.

—¿A qué no se tiene que atrever, hija? ¿A decirnos que tienes algo más que una relación laboral con tu jefe? —miré a mi padre sin poder creer lo que me estaba diciendo.

—¿Por qué crees eso?

—No lo creo, lo sospechaba, pero tu cara me lo acaba de confirmar.

—Y a mí —esa era mi madre, que tenía una sonrisa de oreja a oreja—. He visto fotos suyas, y es un hombre muy guapo.

—Sí, y un mujeriego. Le faltó tiempo para liarse con otra cuando ni siquiera había roto conmigo, porque no me dijo que hubiéramos roto, simplemente supongo que él lo dio por hecho, y ya —resoplé.

Entonces miré hacia la barra de la cafetería y allí, como aquel día en la revista cuando desayunaba con Janet y Eric, lo vi. Estaba apoyado en ella con una leve sonrisa de medio lado, ese gesto apenas perceptible para quien no conocía a Dereck Evans, pero sí para mí, que había tenido delante de mis ojos a ese hombre más veces de las que podría enumerar.

Llevaba unos vaqueros, un jersey beige y un abrigo de paño que le sentaba de maravilla, se veía mucho más guapo de lo habitual y no podía dejar de mirarlo.

¿Qué estaba haciendo él aquí, en Málaga, y en el mismo hotel en el que nos habíamos alojado nosotros? Porque no entendía nada, de verdad que no.

—¿Esto es cosa vuestra? —les pregunté a Janet y Eric— ¿Le habéis dicho dónde estábamos?

—A ver, John, Steven y Kate sabían que veníamos a pasar unos días a Málaga, y si le preguntó por ti a John imagino que se lo diría —contestó Janet.

—Vale, pero, ¿y aquí en el mismo hotel? Porque dudo mucho que John sea adivino y supiera en qué hotel estábamos —miré a Eric.

—Está bien, sí, yo le dije a Kate dónde nos alojábamos, por si necesitaba localizarnos.

—Pues nos ha localizo el hermano Evans equivocado —resoplé.

—Yo creo que os ha localizado el hermano correcto —dijo mi madre con una sonrisa.

Volví a mirar a Dereck, y para mi sorpresa, comenzó a caminar hacia la mesa sin apartar la vista de mí. Con cada paso que daba me ponía más nerviosa, hasta que llegó a mi altura, dio los buenos días, y luego volvió a mirarme para hablarme a mí directamente con ese tono de voz que tanto me gustaba y había echado de menos.

—Martina, me alegro de verte. ¿Podemos hablar?

No podía creer que estuviera allí, como si nada, después de lo que había pasado solo unos días antes.

Pero acabé accediendo, solo por no armar un escándalo allí y tampoco delante de mis padres. Asentí, me levanté y salimos juntos hacia el jardín.

Capítulo 35



No me podía quedar quieta en un mismo sitio, así que una vez que salimos al jardín comencé a caminar por él, aferrándome al abrigo bajo el aire frío de esa mañana de enero.

—¿Qué haces aquí, Dereck? —pregunté para comenzar cuanto antes aquella conversación y poder regresar con mi familia.

—He venido a buscarte, Martina.

—No sé por qué, y tampoco para qué, sinceramente.

—Porque quiero que hablemos.

—Una llamada de teléfono habría bastado, y tampoco, porque me quedó claro en la fiesta de Fin de Año que no quieres saber nada de mí.

—Eso no es cierto, preciosa —dijo cogiéndome la mano para que me detuviera.

En ese momento sentí un escalofrío recorriéndome el cuerpo ante su contacto. Cuando me atrajo hacia él sentí el calor de su cuerpo de nuevo envolviéndome y al mirarlo a los ojos, sentí esas mariposas en el estómago de las que habló Janet cuando estuvimos con los Reyes Magos.

—Sé que he cometido un gran error, y quiero pedirte perdón.

—Tranquilo, no estábamos juntos cuando empezaste a salir con esa mujer a la que llevaste a la fiesta de la empresa y besaste delante de todos, que seguían pensando que aún estabas conmigo, pero que debíamos haber roto al verte en las revistas.

—Lo siento, por todo.

—¿A qué te refieres con todo, exactamente?

—Principalmente a no haber creído que el beso con tu ex no significó nada. No debí dudar de

eso, no debí creer que esas imágenes reflejaban lo que él quería que viera. Por no hablar de que cuando me dijo que quería dinero por haberme mostrado la clase de mujer que eras, pensé que tenía razón y que eras como Stella.

—Oh, eso es genial.

—Fui un estúpido, y aún más cuando dudé no solo de ti, sino de lo que John me contaba.

—Bueno, es lo que pasó. Mi ex me engañó inventándose una amnesia que no tenía para conseguir que me ablandara, intentar que volviera con él, y que pagara su deuda. Por su culpa entraron en casa de mis padres con aquel aviso, y a mí me abordó un tipo diciéndome que tenía una semana para darle el dinero. Semana que por cierto expiró hace tres días. Y sí, me dolió que no me creyeras a mí y si lo que viste.

—Tú no me diste tiempo a explícame tampoco cuando viste ese beso con Stella en mi despacho. Lo peor que llevé fue eso, que me dijeras que te sentiste traicionada y tú me hacías lo mismo a mí.

—Creo que tu ex y el mío deberían conocerse, sin duda serían la pareja perfecta de locos.

—Mejor que no, quién sabe lo que se les podría ocurrir —suspiró, y noté que me rodeaba con los brazos por la cintura al tiempo que apoyaba su frente en la mía—. Lamento haberte hecho pasar por todo esto, Miranda no significa nada para mí. La vi en Manhattan, cenamos una noche, estuvimos a punto de irnos a la cama juntos, pero no pude. No pude porque no era ella a quien quería en mi cama.

—La besaste la noche de Fin de Año —le recordé, porque esa imagen no se me olvidaría fácilmente.

—Lo hice para que sintieras el mismo dolor que yo sentí al verte con tu ex, y lo lamento, preciosa, lo lamento mucho. No quiero a nadie que no seas tú, Martina, te amo más de lo que soy capaz de expresar y no quiero que nada ni nadie se interponga entre nosotros nunca más.

—¿Y si siempre es así? ¿Y si la sombra de la duda siempre está ahí? ¿Qué pasa si cada cierto tiempo aparecer una ex que quiere que vuelvas? No podría con eso, Dereck, de verdad que no.

—No hay ninguna ex como Stella.

—¿Tan obsesionada y loca como ella? —pregunté arqueando la ceja.

—Sí —sonrió—. Las mujeres con las que estuve después de Stella no fueron más que relaciones de poco tiempo, algunas solo de sexo, y te aseguro que ninguna intentaría quitarte a tu hombre.

—Necesito tiempo, Dereck —contesté tras unos segundos, cerrando los ojos y evitando llorar tal como deseaba hacerlo en ese momento—. Necesito pensar. Si en apenas unas semanas hemos pasado por la duda y el engaño, ¿quién nos asegura que no ocurra de nuevo?

—Entiendo —me dio un beso en la frente antes de cogerme ambas mejillas para mirarme fijamente a los ojos—. Estoy aquí para lo que necesites, solo quiero que sepas que haré lo que haga falta, lo que sea necesario para recuperar tu confianza.

—Gracias, eso significa mucho para mí.

—No miento cuando digo que te amo Martina, porque lo hago de verdad. Tendrás todo el tiempo que necesites, solo espero que podamos superar esto juntos —se inclinó y sin pensarlo, posó sus labios en los míos para darme un beso suave, cálido y breve, de esos que solía darme después de hacer el amor.

Se apartó y mientras me miraba fijamente a los ojos y me acariciaba las mejillas.

—No te preocupes por tu ex, John me puso al tanto de todo después de llamarme gilipollas sin cerebro —sonrió y se me escapó una risilla—, y estamos con ese asunto.

—No le des el dinero, Dereck, no lo hagas o esa gente…

—Tú no preocupes, ni pienses en ello, preciosa —me cortó—, he dicho que yo me encargo —se inclinó y me dio un beso en la frente que me hizo cerrar los ojos para sentirlo aún más.

Nos quedamos así unos minutos, en silencio, tan solo disfrutando del tacto del otro, hasta que le quité las manos de mi cara y me fui de vuelta a la cafetería donde solo estaban Janet y Eric esperándome.

—¿Cómo ha ido? —preguntó ella.

—Me ha pedido perdón, por todo.

—Según me dijo Kate, entre la diseñadora de joyas y Dereck no pasó nada —dijo Eric.

—No, pero estuvo a punto de pasar —suspiré—. Y aunque no pasara la besó delante de mí, y dice que lo hizo para que sintiera lo que él sintió al verme besando a mi ex. La verdad que ese beso se lo podía haber ahorrado, porque ya me sentía mal por todo lo que estaba pasando.

—¿En qué habéis quedado?

—En que necesito tiempo, Janet —suspiré—. Necesito tiempo para pensar si creo en sus palabras cuando dice que me ama, y en si sería capaz de estar con él mientras me pregunto cada día o cada semana si aparecerá una ex suya queriendo recuperarlo, o un ex loco mío que me

engañe y quiera sacarle el dinero a mi novio.

—Bueno, por suerte para ti no tienes muchos ex —dijo Eric—. El que fingió la amnesia puede acabar mal si no paga a ese tipo dueño de la droga que le robaron, y el arquitecto sigue casado y le quedó claro que no querías volver a verle.

—Sí, y a la carrocería de su coche también, y a las ruedas pinchadas, los cristales rotos… —añadió Janet.

—Os pasasteis mucho ese día —reí.

—¿Pasarnos? —resopló, al tiempo que volteaba los ojos— El coche necesitaba una manita de pintura, le hicimos un favor.

—Claro que sí, tú siempre siendo una buena samaritana —rio Eric.

—Sor Janet, la llaman —dije, recordando su disfraz de monja en la fiesta de Halloween de la empresa.

—Yo solo quiero decirte una cosa, cariño —Janet me cogió la mano entre las suyas—. Dereck Evans es el hombre que estabas esperando, ese capaz de demostrarte que el amor puede con todo.

Tal vez tenía razón, pero necesitaba tiempo para pensar y aclarar mis ideas, para estar segura de que nunca más tendría dudas de Dereck, ni él volvería a dudar de mí.

Capítulo 36



Regresar a Seattle fue duro, porque en esa vuelta, de la que ya había pasado una semana, tuve que enfrentarme a la realidad de nuevo.

Seguía siendo la asistente de Dereck Evans y John Collins, les organizaba las agendas, programaba las reuniones y hacía informes sobre esas propiedades que les interesaba comprar, pero evitaba cualquier tipo de contacto con Dereck, por no hablar de que procuraba no quedarme a solas con él más tiempo del estrictamente necesario.

John lo entendía y se había proclamado a sí mismo terreno neutral entre nosotros. Evitaba que Dereck me diera mucho trabajo y se encargaba de mandármelo él.

Ese día había amanecido bastante lluvioso, así que llegar desde mi apartamento a la revista me llevaría más tiempo del habitual entre la lluvia y el tráfico.

Me tomé solo un café después de vestirme y cogí el coche para ir al trabajo.

No llevaba ni veinte minutos de camino y en medio de un atasco, cuando escuché un ruido fuerte, como el estallido de un petardo, y entonces el coche se me movió un poco, hasta que noté que se quedaba ligeramente ladeado.

Cogí el paraguas y salí bajo aquella lluvia, mientras muchos coches adelantaban, y vi que se me había pinchado una rueda. Esto era sencillamente genial.

Volví a meterme en el coche con las luces de emergencia encendidas y cogí el móvil, que por alguna extraña razón no tenía batería, así que lo puse a cargar un poco. ¿Alguna cosa más que pudiera pasarme en ese momento?

Pues estaba visto que sí, porque alguien chocó conmigo haciendo que me desplazara hacia delante.

—Dios, en serio, ¿es que hoy no va a ser mi día? —grité mientras salía del coche con el paraguas abierto.

—Lo siento, no la he visto —me dijo una mujer con uniforme de enfermera—. Acabo de salir del trabajo y con esta lluvia apenas se ve.

—No pasa nada, mi coche ha decidido que este era el mejor sitio para que se le pinchara una rueda, y mi móvil no tenía apenas batería —suspiré.

—Bueno, voy a llamar al seguro para que me manden una grúa, ¿quieres que llame al tuyo?

—Uf, pues te lo agradecería, la verdad.

—¿Martina? —me giré al escuchar la voz de un hombre y vi que era Dereck— ¿Qué ha pasado?

—Que no ha pasado sería la mejor pregunta —suspiré—. He pinchado, no tengo casi batería y con la lluvia ella no me ha visto.

—Vale, voy a aparcar delante de ti —dijo, y así lo hizo. Bajó del coche con el abrigo puesto y el móvil en la mano, y se acercó—. Dame los papales del coche.

—Pero, ¿cómo se te ocurre bajar sin paraguas con esta lluvia? —le reñí, porque sí, solo faltaba que mi jefe se cogiera una pulmonía, vaya.

—Tú tienes paraguas, me cubres —me hizo un guiño—. ¿Te encuentras bien, te duele algo por el golpe?

—No, no, estoy bien, no ha sido fuerte. ¿Tú cómo estás? —le pregunté a quién me había dado.

—Bien, tranquila —sonrió mientras esperaba a que le cogieran el teléfono.

Dereck se sentó en mi coche como si fuera suyo, abrió la guantera y cogió los papeles para llamar al seguro. Diez minutos después colgó diciendo que la grúa venía de camino.

No había sido un golpe fuerte, pero sí que tenían daños ambos coches que los tendrían unos días en el taller.

Mientras hacíamos los papeles para ambos seguros Dereck habló con el dueño del taller donde llevaba su coche, que no dudó en decirle que llevara el mío y se encargaría de todo.

Cuando llegaron ambas grúas, además del taxi que el seguro le había puesto a ella, Dereck y yo recogimos mis cosas para meterlas en su coche y nos subimos.

—Estamos calados —resoplé.

—Vamos a tu casa y te cambias, que te has mojado mucho más que yo.

—No, no, tranquilo, que ahora en la revista voy a secarme un poco al baño —dije mientras me abrochaba el cinturón.

—Martina, tienes los pies completamente mojados.

—No pasa nada, de verdad.

—Dios, qué testaruda eres —protestó y puso el coche en marcha.

Ni siquiera me molesté en decirle que no debería dar la vuelta para ir a mi casa porque yo sería testaruda, pero él era cien veces peor que yo.

Cuando llegamos al menos no llovía, por lo que pudimos bajar del coche sin calarnos más.

Le preparé un café y lo dejé en la cocina tomándoselo mientras ponía el abrigo a escurrir un poco en la entrada, él también se había mojado y debería cambiarse de ropa, así que se lo diría cuando terminara yo.

Entré en el cuarto de baño y me sequé tanto como pude, incluso cogí el secador para ello y, como estaba ropa interior, fue todo más fácil.

—Martina.

—¡Joder, qué susto! —grité al escuchar su voz cuando apagué el secador, y como me estaba quitando un poco de humedad del cabello, inclinada hacia delante, ni lo había visto llegar.

—Lo siento. Te ha llamado John por teléfono, espero que no te importe que lo haya cogido, le he dicho lo que ha pasado y se ha quedado más tranquilo.

—Vale, no te preocupes, a fin de cuentas, es tu socio —sonreí.

Le vi tragar saliva con algo de dificultad mientras me observaba. El frío y la lluvia habían hecho que tuviera los pezones ligeramente erectos, por lo que esa parte apuntaba directamente hacia mi jefe.

Y estaba en ropa interior delante de él, con un conjunto de encaje negro monísimo, pero el tanga era minúsculo.

Noté que me estremecía al recordar las veces que ese hombre y yo habíamos estado juntos, besándonos, acariciándonos, y a juzgar por el modo en el que me miraba ese momento a los ojos, con deseo en su mirada, supe que estaba pensando en lo mismo que yo.

—Debería vestirme —dije tras dejar el secador en el mueble del lavabo, y al pasar por su lado me rodeó con el brazo por la cintura dejando la mano en mi cadera.

—No te vistas, no todavía —me pidió en un leve susurro.

—Dereck…

—Solo déjame verte, Martina. Solo eso —me acariciaba la cadera con la mano y no podía evitar estremecerme aún más.

Entonces vi que llevaba su otra mano a mi barbilla, la sostenía con dos dedos y hacía que le mirase.

—Dime que no me deseas, dime que no sientes nada, y me voy ahora mismo —me pidió.

Y en ese instante la que tragó con dificultad fui yo, porque no podía decirle aquello, ya que sería mentirle a él, y mentirme a mí misma.

—Dímelo, Martina.

—No puedo decírtelo, porque sería mentira.

—¿Qué sientes por mí, preciosa? —Me acarició la barbilla sin apartar la mirada de mis ojos.

—Te deseo, te quiero, te echo de menos —incliné la mirada.

—Yo también te echo de menos, cariño —apoyó la frente en la mía.

—Dereck.

—Dime.

—Bésame.

—No sabes cuánto deseo hacerlo, y no solo eso —se inclinó y sus labios se apoderaron de los míos.

El beso empezó como tantas veces, un roce tierno y suave al principio hasta que su lengua se abrió paso buscando la mía y ambas se encontraron en un beso aún más fiero y frenético.

No dudé en quitarle a Dereck la chaqueta, esa que lancé a alguna parte de mi habitación y a la que siguieron la camisa y la corbata.

Cuando le desabroché el pantalón él mismos se lo quitó, así como el bóxer, y me cogió en

brazos para recostarme en la cama, donde comenzó a besarme despacio por cada rincón de mi cuerpo mientras me quitaba el tanga y el sujetador.

Comenzó a jugar con la lengua en mi zona íntima, lamiendo el clítoris una y otra vez, ese que también mordisqueaba haciéndome gritar mientras arqueaba la espalda. No tardó en penetrarme con dos dedos y acabó llevándome al orgasmo en cuestión de minutos.

Volvió a besarme mientras se abría paso con su miembro erecto, penetrándome despacio y sin detenerse, avanzando hasta alcanzar lo más hondo de mi ser.

Gemí mientras clavaba ligeramente las uñas en su espalda, arañando despacio la piel de esa zona, y los dos comenzamos a movernos al unísono.

Aquel fue un encuentro breve, pero intenso, compartiendo el mismo deseo de estar juntos, de entregarnos una vez más sin reservas, y cuando alcanzamos el clímax, entre gemidos y gritos de absoluto placer, nos quedamos abrazados y jadeantes en la cama.

Dereck me besó el cuello antes de mirarme y sonrió.

—No quiero salir de aquí en todo el día —dijo, acariciándome la mejilla.

—Pues lo tienes fácil, eres el jefe, puedes quedarte. Yo en cambio, tengo que ir a trabajar.

—¿Y eso quién lo dice? —Arqueó la ceja— Le recuerdo que soy su jefe, señorita Díaz, y puedo darle el día libre.

—¿Está intentando seducirme, señor Evans?

—Sí, así que —empezó a moverse de nuevo, entrando y saliendo con su miembro aún semi erecto—, déjate seducir preciosa.

Volvió a besarme y no pude resistirme, le dejé hacer en todo momento y no salimos de la cama hasta la hora de comer, que llamó para pedir comida asiática que tomamos en el salón viendo una comedia romántica.

Capítulo 37



Hacía tres días que Dereck y yo habíamos retomado nuestra relación de manera oficial, y como mi coche estaba en el taller después del leve golpe que me dieron, se pasaba a recogerme cada mañana.

Insistía en que me fuera a pasar la noche con él, pero le pedí que fuéramos despacio, ya que aún tenía en mi mente ese beso que le dio a otra en mis narices.

Al igual que tantas otras veces antes de que todo se fuera al traste, entramos en la revista cogidos de la mano, lo que captó las miradas de muchos de los empleados que sonreían al vernos.

Mientras esperábamos el ascensor le llegó un mensaje, sacó el móvil del bolsillo y lo leyó de camino a nuestra planta. Estuvo tecleando y al abrirse las puertas salimos y al igual que los dos días anteriores, me dio un beso rápido en los labios al dejarme en mi escritorio.

Encendí el ordenador, dejé mis cosas y fui a preparar los cafés, pues John no tardaría mucho en llegar. Y no me equivoqué, ya que poco después escuché el ascensor anunciando su llegada.

Tenían que hablar de unas propiedades que querían visitar la semana siguiente así llevé sus cafés al despacho de Dereck, ya que, John, estaría allí con él. Dejé el mío en el escritorio, abrí la puerta sin llamar y entré sonriendo.

Solo que ese gesto se me borró de la cara cuando vi a Stella Jackson allí, en ropa interior, apoyada en el escritorio mientras Dereck estaba sentado en el sillón.

—Vamos, sabes que esa niñita nunca te dará lo que yo puedo darte —le decía.

—Vete de aquí, Stella —contestó, mientras se levantaba y entonces me vio—. Martina.

Al escuchar mi nombre, Stella se giró para mirarme por encima del hombro, con esa sonrisa burlona en el rostro.

—Oh, vaya, mira a quién tenemos aquí —Stella se puso de pie—. Y trae café, perfecto.

—Stella, te he pedido por las buenas que te vayas —le dijo Dereck.

—No me voy a ir, sabes que no hay mejor mujer que yo para darte todo aquello que necesitas.

—Sal de aquí, y no vuelvas.

Yo no sabía qué hacer, no decía nada y ni siquiera me movía, solo observaba aquella escena mientras ella se pavoneaba en ropa interior por el despacho.

—¿De verdad vas a cambiarme por ella? Vamos, Dereck, no puedes hablar en serio.

—Stella, o te vas de la revista y desapareces de mi vida para siempre, o me encargaré yo mismo de que te echen a la calle.

—No deberías tratarme así, con todo lo que he hecho por ti.

—¿Y qué se supone que has hecho? Porque te recuerdo que me engañaste con un actor solo para conseguir un papel en esa telenovela.

—Fue un pequeño desliz, como los que has tenido tú en estos años con otras mujeres. Pero sabes tan bien como yo que soy la mujer perfecta para ti.

—Se acabó —Dereck cogió el teléfono del escritorio y llamó a recepción—. Karen, envíe a seguridad a mi despacho, por favor. Gracias —colgó.

—Si me echas de aquí, te aseguro que te arrepentirás, Dereck.

—Correré el riesgo. Y ahora, ponte al abrigo si no quieres que te saquen del edificio en ropa interior.

Ella me miró de nuevo por encima del hombro, cogió su abrigo y el bolso y no tardamos en ver a dos hombres de seguridad entrar al despacho, a quienes Dereck les pidió que se llevaran a Stella fuera del edificio y le prohibieran la entrada de ahora en adelante.

Cuando nos quedamos solos, noté las manos de Dereck sobre las mías quitándome los cafés, esos que sin darme cuenta había estado agarrando con todas mis fuerzas.

—No hay nada entre Stella y yo, me crees, ¿verdad? —preguntó, sosteniéndome ambas mejillas entre sus manos.

—Sí, es solo que… Me ha sorprendido verla, eso es todo.

—Quiero que confíes en mí, cariño, nunca habrá otra —se inclinó y me dio un beso en los labios.

—¿En serio han sacado a Stella los de seguridad? —nos giramos al escuchar a John.

—Sí, ha venido para tratar de convencerme de que estaría mucho mejor con ella.

—Por favor, esa mujer estaría mucho mejor en un centro psiquiátrico —resopló—. Oh, mi café, lo necesito —cogió la taza y le dio un sorbo—. Vale, ¿echamos un vistazo a esas propiedades? Tengo una videollamada que hacer dentro de una hora para hablar con un posible comprador del hotel que compramos.

Dereck asintió, me dio un beso rápido y salí dejándolos en el despacho para trabajar tranquilos mientras yo hacía el mío.

A la hora del descanso cogí el móvil para ir a la cafetería a desayunar con Janet y Eric.

—Buenos días —saludé sentándome con ellos, tras coger mi café con tostadas.

—Buenos días. Oye, ¿qué es eso de que seguridad ha sacado a Stella Jackson del edificio? —preguntó Janet.

—Vaya, las noticias vuelan.

—Martina, estamos en una revista, lo raro sería que no fuera así —dijo Eric con una leve sonrisa.

—Fue a ver a Dereck, y yo la encontré allí en ropa interior cuando llevaba el café.

—Así que ha querido usar todas sus armas de seducción, menuda víbora —contestó Janet.

—Pero no lo ha conseguido —escuchamos a Kate y al mirar la vimos de lo más sonriente—, mi hermano la ha invitado amablemente y sin reparos a abandonar el edificio acompañada de los de seguridad. Hola, amor —se inclinó para darle un beso a Eric—. Mi hermano te quiere a ti, Martina, que no se te olvide nunca. También te digo que un poco capullo es, no vamos a negarlo, pero es que esa mujer se las hizo pasar muy mal.

—Bueno, como suele decirse, el pasado, pasado es —dijo Eric—. ¿Te vas ya?

—Sí, tengo cita en una hora y no quiero llegar tarde.

—Te acompaño si quieres.

—No te preocupes, amor, que solo es una revisión y la ginecóloga no se pone cachondilla al

verme las partes bajas —respondió con una sonrisilla, y tanto Janet como yo nos reímos.

Kate le dio un sorbo al café de Eric y, tras despedirse con un beso de él, nos dijo adiós a nosotras con la mano y fue hacia la puerta de la cafetería para salir.

Nos quedamos los tres allí desayunando y Janet comentó que nuestro jefe quería preparar un especial de San Valentín para la revista y hacer una fiesta en la que nuestros lectores también pudieran asistir, así que le estaba ayudando con ese asunto.

Tras el descanso cada uno regresó a su puesto y al llegar a mi planta escuché a Dereck y John hablando sobre la venta del hotel. Me asomé al despacho y los dos sonrieron diciéndome que teníamos una celebración por delante, pues el comprador interesado sí quería el hotel.

John me pidió que redactara un borrador para el contrato, para enviárselo por e-mail y que le echara un vistazo, así que siguiendo sus indicaciones lo redacté, ambos lo leyeron y se lo envié al comprador.

A la hora de comer Dereck quería llevarme a un restaurante italiano y acepté, solo que acabamos cambiando los planes antes de subir al coche. Mi móvil empezó a sonar y al ver que era mi madre sonreí.

—Hola, mamá —la saludé cuando estábamos llegando al coche.

—Martina, cariño —estaba llorando, y eso no era bueno.

—¿Qué pasa, mamá? —Me detuve en medio del parking y Dereck lo hizo a mi lado.

—Es tu padre, cariño. Le han —apenas podía hablar, las lágrimas no la dejaban—. Le han atropellado, Martina.

—¿Qué? ¿Dónde estáis? —Comencé a caminar un poco más deprisa y él me siguió.

—Yo voy hacia el hospital, él ya está allí, me acaban de llamar.

—Vale, vamos para allá, ahora te veo.

—Vale, mi niña.

—¿Qué ha ocurrido? —me preguntó Dereck mientras abría el coche con el mando a distancia.

—Han atropellado a mi padre, tenemos que ir al hospital.

—Joder. ¿Y tu madre?

—De camino en un taxi.

Nos subimos al coche y durante todo el camino fui nerviosa, temiéndome lo peor de lo que podría haberle pasado a mi padre. No sabía nada más que lo que mi madre me había contado, así que necesitaba llegar al hospital y que alguien me dijera algo.

Capítulo 38



Dereck no me soltó la mano en ningún momento, acariciando el interior de la muñeca de manera que trataba de calmarme, y sí, lo conseguía al menos un poco.

Cuando entramos en la zona de urgencias y a pesar de que era la hora de comer para mucha gente, había varias personas allí en la sala de espera.

Las paredes de un suave color azul sin duda estaban pintadas en ese tono para transmitir calma, pues en un momento de nerviosismo e incertidumbre, sin duda alguna eso era lo que todo el mundo que entraba allí necesitaba.

Había varias camillas y sillas de ruedas con pacientes en el pasillo tras las puertas, esos a los que vi cuando entró una enfermera, todos con equipos médicos para monitorear sus constantes y un gotero suministrando algún calmante.

El murmullo de los que esperaban en la sala, así como del personal era constante, en ocasiones estos últimos incluso se mostraban nerviosos por el trabajo, y lo que peor llevaba yo, y odiaba de los hospitales, era ese ligero olor a desinfectante que había en el aire.

—Martina —escuché a mi madre llamándome y vi que estaba sentada en una de las sillas de la sala de espera.

Me acerqué a ella y se echó a llorar cuando la abracé.

—¿Te han dicho algo? —pregunté y ella negó.

—Nada todavía, solo que lo metieron en el box de urgencias. Dereck, hijo, gracias por venir —le dio un abrazo a él.

—¿Cómo no iba a hacerlo, Jimena? Sois mi familia ahora —contestó acariciándole el brazo —. Voy a preguntar, ahora vuelvo.

Asentí y me senté con mi madre, que no dejaba de llorar, nerviosa y asustada como era lógico.

Le pregunté qué le habían dicho cuando la llamaron y dijo que solo lo que me había dicho a mí, que habían atropellado a mi padre.

Dereck regresó poco después sin grandes noticias, solo que teníamos que esperar a que saliera el médico, y eso hicimos, esperar durante media hora más.

—¿Familiares de Raúl Díaz? —preguntó un hombre de unos cincuenta años, al entrar en la sala.

—Sí, nosotros —contesté mientras nos poníamos los tres en pie e íbamos hacia él.

—Buenas tardes, soy el doctor Montgomery.

—Buenas tardes, doctor. ¿Cómo está mi marido?

—Su marido ha sufrido un atropello, como imagino que le indicarían los médicos de la ambulancia, y ha llegado con varias lesiones —mi madre asintió—. Tiene una fractura en la pierna izquierda, contusiones en el tórax y una leve conmoción cerebral. Ahora mismo siguen atendiéndolo y está estabilizado.

—¿Es grave? ¿Mi padre se recuperará bien? —pregunté, porque mi madre a esas alturas seguía llorando y en shock por las palabras del médico, lo sabía.

—Aunque son lesiones de carácter serio, no son mortales. Su padre es un hombre sano y fuerte, por lo que hemos constatado en su historial médico tiene una salud de hierro y un corazón fuerte. Con el tratamiento adecuado y un poco de tiempo, esperamos que se recupere completamente. La fractura en la pierna requiere cirugía, por lo que van a llevarlo a quirófano en breve, y la conmoción cerebral será monitoreada de cerca todo el tiempo.

—¿Cuánto tiempo estará aquí?

—Es difícil de decir con exactitud, señora Díaz, pero es muy probable que esté en el hospital unos días para recuperarse, cuando esté mejor podrá irse a casa, tomándose las cosas con calma y paciencia, eso sí, y una vez que la fractura de la pierna esté perfectamente soldada, podrá empezar con la fisioterapia y rehabilitación. Cuando lo hayan operado y le subamos a planta podrán verlo, por el momento solo puedo decirles que deben esperar.

—Gracias, doctor.

—No hay de qué. Cualquier cosa que necesiten, o si hay algo que quieran preguntar, no duden en pedir a las enfermeras que me llamen.

—Así lo haremos.

—Doctor, quiero que mi suegro tenga los mejores cuidados —le dijo Dereck—, no importa el precio.

El doctor Montgomery asintió y se fue hacia el pasillo, abracé a mi madre que seguía llorando y le dije que todo iba a estar bien.

Dereck propuso ir a comer algo a la cafetería y a pesar de que mi madre no quería salir de aquella sala, acabamos convenciéndola para que viniera con nosotros cuando él dejó su número de teléfono en el mostrador de información para que lo avisaran si había algo urgente.

Después de coger la comida y acomodarnos en una de las mesas, Dereck llamó a John para decirle que no volveríamos a la revista y le contó lo que sabíamos, me dijo que había dicho que esperaba que saliera todo bien y que mi padre se recuperase pronto.

Estábamos tomando café cuando me llegó un mensaje que, sin duda, no esperaba recibir, pero que arrojaba luz a lo que había pasado.

Alec: *Lo de tu padre es otro aviso, si no quieres perderlos a los dos, paga lo que te piden.*

—No me lo puedo creer —dije.

—¿Qué pasa, preciosa? —preguntó Dereck, colocándome un mechón de cabello tras la oreja.

Le di el móvil para que lo viera por sí mismo y cuando me lo devolvió para llamar a John y preguntarle si sabía algo de Alec, mi madre me miró con el ceño fruncido.

Días atrás les había contado lo de la falsa amnesia de mi ex y lo que me pedía, no hizo falta que le dijera que los destrozos en su casa fueron cosa de esa gente, y claro, tonta no era y entendió que también estaban detrás del atropello.

—No puedo creer que ese hombre sea así —dijo.

—Más que él, que también tiene su parte, es la gente con la que se mezcló en su día —suspiré.

Dereck regresó y dijo que teníamos que poner una denuncia en comisaría contra Alec y avisarles de que esa gente, que no sabíamos aún quiénes eran, estaban detrás de todo.

Llamé a Janet para que viniera a quedarse con mi madre y que no estuviera sola, y no vino solo ella, sino que Eric y Kate la acompañaban.

—Volveremos cuando antes, mamá —le di un abrazo.

Dereck y yo salimos del hospital y en cuanto me subí al coche grité con todas mis fuerzas por la rabia y la frustración que sentía en ese momento.

—Si le pasa algo a mi padre, te juro que Alec lo pagará —dije cuando me abrazó.

—No vamos a permitir que le pase nada, cariño. No sabemos quién es esa gente, pero sí dónde se reúnen para hacer sus negocios.

—¿Cómo lo sabes? —Fruncí el ceño.

—Porque quien ha estado vigilando a Alec hasta que se largó de Seattle como la rata que es, le siguió a un edificio donde se vio con esa gente. Tengo un investigador con ese asunto, le he mandado un mensaje para que me envíe lo que tenga sobre ellos y poder denunciarlos. Además, en cuanto les digamos lo del atropello, y con la copia del parte médico que hemos pedido para la denuncia, la policía pedirá las grabaciones de las cámaras más cercanas y podrán averiguar algo.

—Gracias Dereck, sin tu ayuda no sabría ni por dónde empezar —suspiré.

—Martina, eres mi mujer, y tus padres ya son mi familia, haré siempre lo que pueda y esté en mi mano para ayudarlos —me dio un beso rápido en los labios antes de poner el coche en marcha.

—No soy tu mujer —sonreí.

—Todavía —hizo un guiño y a pesar de todo lo que tenía en la cabeza en ese momento, consiguió que me echara a reír con ganas.

Fuimos a comisaría y pusimos la denuncia con todos los datos que teníamos, así como los mensajes amenazantes de Alec en mi móvil.

Ahora tocaba esperar, ver si él, o la gente que también me amenazaba para forzar que les pagara su deuda hacían algún otro movimiento, y nos dijeron que pondrían vigilancia en el hospital donde estaba mi padre para evitar que le hicieran algo y, si lo intentaban, poder detenerlos en ese momento.

Ojalá todo esto acabara pronto, pues necesitaba librarme de Alec y todo lo que le concernía a él.

Capítulo 39



Mi padre llevaba tres días en el hospital y tal como nos dijo el doctor Montgomery, estaba mucho mejor.

La conmoción cerebral no supuso ningún riesgo mayor, no perdió la memoria y eso sin duda fue un alivio para todos. En cuanto a la fractura de la pierna, la operación salió bien y su recuperación conllevaría más tiempo.

Las contusiones del tórax habían dejado unos grandes y feos moratones que irían desapareciendo con el paso de los días, y aunque sentía una ligera molestia a la hora de respirar, se encontraba bien.

Mi madre se quedaba en el hospital cada noche, a pesar de que mi padre insistía en que no lo hiciera, pero como era igual de testaruda que él, acababa ganando la batalla.

Yo iba a cubrirla a mediodía y por la tarde, de modo que ella pudiera descansar al menos unas horas.

Y aquí estaba, sentada en el sillón, al lado de su cama, comiéndome una ensalada que una enfermera me había traído junto con la comida de mi padre.

—Estoy deseando salir de aquí para ir a casa y comerme un buen asado —dijo con un suspiro mientras cogía un poco de sus verduras—. Esto no tiene apenas sal, y sabe a hierba.

Me eché a reír al escucharlo, y él lo hizo igual solo que paró enseguida porque la presión del tórax le molestaba un poco.

—Lo dices como si hubieras comido hierba muchas veces.

—Ninguna, pero seguro que sabe así.

—Bueno, tienes que ser paciente porque aún te quedan unos días para estar aquí.

—Qué bien, voy a dar una fiesta para celebrarlo —volteó los ojos—. En cuanto salga de este lugar, pienso encerrarme en la cocina de casa para prepararme paella, guisos y pucheros.

—Imagina que ese es uno de los guisos que hacéis mamá y tú.

—Mucha imaginación tengo que echarle a eso, hija.

—Si no quieres más verdura, cómete el pescado, es asado y esas patatas tienen buena pinta.

Comió un par de bocados más de las verduras y la dejó a un lado para comerse el pescado, no tardé en escucharlo suspirar de nuevo.

—Hija, mañana necesito que me traigas un poco de sal, que aquí no se lo echan a nada.

—¿Ahora quieres que sea contrabandista de sal? Si me pilla mamá deja de hablarme —reí.

—Desde luego, capaz es —resopló.

Seguimos comiendo y cuando terminamos, aproveché que pasó una enfermera para llevarse la bandeja y otra para darle las pastillas y salí por un café a la máquina y llamar a Dereck, tenían una reunión para comer con el comprador del hotel y quería saber cómo había ido.

—Hola, preciosa —respondió al primer toque.

—¿Qué tal con el comprador?

—Muy bien, la venta está prácticamente hecha.

—Me alegro.

—¿Y tu padre? Me pasaré cuando acabe para verlo.

—Quejándose por la comida —reí—. Ahora quiere que le traiga sal de contrabando.

—Joder —rio—. ¿Tú cómo te encuentras? Estos días estás forzando mucho tu cuerpo, apenas duermes ni comes.

—Yo estoy bien, no te preocupes. Y sí estoy comiendo, las enfermeras me traen algo cuando dejan la bandeja para mi padre. Y no hace falta que lo niegues, porque sé que es cosa tuya.

—No hay nada de malo en que me preocupe porque mi mujer coma y esté bien.

—Gracias, de verdad, por todo lo que haces.

—Lo hago con mucho gusto, preciosa, como te dije, sois mi familia.

—Bueno, voy a volver a la habitación que he salido por un café.

—Te veo en una hora, más o menos.

—Vale. Adiós.

Colgué y cogí el café que ya estaba listo. No había hecho más que dar un sorbo y cuando me giré, el vasito se me cayó al suelo al ver allí a Alec.

—Hola Martina, cuánto tiempo —dijo con una sonrisa de lo más perversa.

—¿Qué haces aquí?

—Hacerte ver que las cosas pueden empeorar si no pagas mi deuda —contestó mientras me cogía del codo para sacarme de ese pasillo a la zona de escaleras que debía ser por donde él había entrado.

—Suéltame Alec.

—¿En serio me has denunciado a mí, y también a esa gente? Eres más estúpida de lo que creía, Martina.

—¿Has visto dónde estoy? ¿Dónde ha enviado esa gente a mi padre? ¿Es que has perdido tu humanidad, Alec? No puedo creer que seas el mismo hombre del que me enamoré.

—La gente cambia —se encogió de hombros—. Llama a tu novio, dile que traiga los cincuenta mil hoy mismo, o te aseguro que mañana estarás enterrando a tu madre.

—¿Qué le has hecho a mi madre? —grité, dándole un empujón en el pecho.

—Yo nada, pero esa gente no se va a andar con tonterías a partir de ahora. Lo de tu padre no ha sido nada grave, lo que le pase a tu madre depende de ti. Llama y dile que traiga el dinero.

—No voy a llamar a nadie, no voy a pagar tu deuda porque te volvieras un inconsciente y te mezclaras con la gente equivocada. No fue mi decisión sino la tuya hacerlo, no me corresponde a mí pagar nada.

—Haz esa puta llamada ya, Martina —dijo cogiéndome del cuello con tanta fuerza que cada vez que apretaba me costaba un poco más respirar—, o hazte a la idea de que tu madre no verá amanecer mañana. Tu novio es multimillonario, cincuenta mil dólares para él no es más que un poco de calderilla.

—Suéltame —le pedí casi sin voz, notando cómo se me cortaba el aire cada vez más.

—Llama a tu novio —exigió mientras me quitaba el móvil de la mano—. O mejor, lo voy a llamar yo.

Lo vi manejar mi móvil y no tardé en escuchar el tono de llamada, ya que había conectado el altavoz.

—Dime, preciosa —contestó, y yo traté de hacer algún sonido, el que fuera, pero Alec apretó más fuerte mi cuello.

—Tu chica está un poco ocupada ahora mismo intentando respirar —le dijo—, así que escúchame a mí. Quiero que me traigas cincuenta mil dólares y, ni ella, ni su madre, sufrirán un accidente. De lo contrario, tu preciosa Martina puede caerse por las escaleras, y su madre no despertar mañana. Tienes una hora para traerme el dinero, o atente a las consecuencias.

—Si le haces daño a Martina, juro que te mataré con mis propias manos.

—Para cuando quieras atraparme habré desaparecido de la ciudad. Una hora, ni un minuto más —colgó y volvió a darme el móvil—. Y ahora, nos vamos a quedar aquí esperando a que llegue tu novio, quien espero que sea inteligente y traiga el dinero —dijo mientras me soltaba y pude respirar un poco.

Me llevé ambas manos al cuello y sentía tal ardor que me costaba poder tragar. Lo fui haciendo despacio, respirando también con calma para no colapsar, y cuando vi que Alec cogía su móvil para hacer una llamada, escribí un mensaje a Dereck para pedirle que por favor no cediera al chantaje de mi ex y que enviara a alguien a casa de mi madre para comprobar que estuviera bien.

Cuando vi que Alec volvía a centrarse de nuevo en mí me quedé allí sentada en la escalera sin nada más que hacer que esperar. Sabía que Dereck ya habría avisado a los policías que estaban por el hospital para que estuvieran atentos a cualquier cosa, además de que se habría asegurado de que mantuvieran a mi padre mucho más vigilado.

La espera se me hacía interminable y más de ver a Alec caminando de un lado a otro con el móvil en la mano.

Me apoyé en la pared con los ojos cerrados y empezó a sonar mi móvil. Al ver que era Dereck suspiré.

—Dime —respondí.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿En qué parte del hospital estáis?

—¿Es tu novio? —preguntó Alec— Dame el teléfono —me lo quitó de la mano y se lo acercó a la oreja—. En las escaleras del pasillo de las máquinas de comida en la planta en la que está tu suegro. Más vale que vengas solo —y colgó.

Me dio el móvil y ahí esperamos los dos hasta que la puerta se abrió y vi a Dereck.

—¿Y el dinero? —gritó Alec al ver que había aparecido con las manos vacías.

—Está a buen recaudo.

—¿Quieres que su madre muera? Porque, si es así…

—Lo que quiero es que la dejes irse, que lo que sea que quieran hacerle a su madre impidas que lo hagan, y entonces te daré el dinero.

—No, colega, las cosas no son así. Tú me das el dinero y yo dejo que ella se vaya. No me lo das, y ella accidentalmente cae por las escaleras.

—Si te atreves a hacer eso, eres hombre muerto.

—Llama a quien sea que tiene el dinero y que lo traiga.

—Dereck —lo llamé y cuando me miró, eché un vistazo disimuladamente hacia la parte baja de la escalera, por donde veía subir a un par de policías.

—Todo va a ir bien, tranquila —me dijo.

—Irá bien si traen el dinero, me largaré de aquí y todos contentos.

—Vale, está bien, llamaré para que lo traían, pero deja que Martina se aleja de la escalera.

—No, ella es mi garantía de pago.

Dereck sacó el móvil del bolsillo, pulsó el botón de llamada y esperó hasta que alguien respondiera.

Alec y yo estábamos junto a la escalera, sabía que en cualquier momento si se le cruzaba un cable podría hacerme caer, así que me retiré tanto como pude mientras por el rabillo del ojo seguía viendo a los dos policías subir sigilosos.

—Tráeme el dinero —dijo Dereck, y colgó—. Ya está. Ahora deja que ella venga conmigo.

—No, hasta que tenga el dinero.

Solo unos minutos después todo pasó demasiado rápido. La puerta se abrió y aprovechando que Alec miraba hacia allí, uno de los policías me cogió por la cintura para alejarme, Dereck se ocultó tras la puerta y quien apareció fue otro agente de policía que no dudó en usar uno de esos inmovilizadores Táser para reducir a Alec, que cayó al suelo al recibir la descarga.

Cuando me permitieron ir con Dereck me abrazó con fuerza mientras besaba mi cabeza y decía que ya había pasado todo. Pregunté por mi madre y dijo que estaba bien, que la policía había encontrado a unos hombres en un coche vigilando la casa y los habían detenido.

Y no solo a ellos, al parecer al contarles a la policía lo que estaba pasando, estos aprovecharon para ir al edificio en el que se encontraba esa gente con la que mi ex había estado haciendo negocios para detenerlos a todos por tráfico y venta de drogas, así como por extorsión, allanamiento en la casa de mis padres y el atropello de mi padre.

A Alec se lo llevaron aturdido por las mismas escaleras por las que subieron los dos policías, de modo que pudieran ir hasta el parking donde se encontraban el resto de agentes, tal como me dijo Dereck, y evitar así un escándalo y que pudiera llegar a la prensa.

—Martina, hija —la cara de mi padre era de terror, y en el momento en el que me abrazó lo escuché suspirar—. Dios, mi niña, me alegro de que estés bien. ¿De verdad todo esto ha sido cosa de Alec y la gente a la que le debía dinero? —preguntó con el ceño fruncido.

—Sí papá, y lo siento mucho.

—No se te ocurra disculparte, cariño, no es culpa tuya.

—Pero mira dónde y cómo estás.

—Me voy a poner bien, y sabes que mejor que me pasara a mí, que no a tu madre y a ti. No lo habría soportado, cariño.

—Lo sé.

—Ya ha terminado todo, ¿no es así, Dereck?

—Sí, ya ha terminado todo, Raúl.

—Pues en cuanto salga de este sitio, preparamos un buen arroz en casa para celebrarlo con una botella del mejor vino —sonreí al escuchar a mi padre, que se notaba que estaba hasta el gorro de ese hospital y de la comida sin sal y con sabor a hierba.

Dereck y yo nos quedamos haciendo compañía a mi padre hasta que llegó mi madre para pasar la noche con él. Cuando le dijimos que ya no había nada de qué preocuparse, suspiró de alivio, me abrazó y le dio las gracias a Dereck por cuidarnos a todos.

Cuando nos marchamos mi chico insistió en que cogiera algo de ropa y me quedara con él en su casa, no quería dejarme sola en ningún momento porque decía que por primera vez en su vida había sentido el miedo de perder a alguien a quien amaba y esa sensación no se la deseaba a nadie.

Metí algo de ropa en una bolsa y cuando regresábamos al coche Janet me envió un mensaje para preguntar cómo estaba, pues se había enterado por Eric, a quien se lo había dicho Kate.

Le dije que todo estaba bien y que iba a pasar la noche con Dereck y no se lo ocurrió otra cosa que decirme que le agradeciera a mi chico con un buen revolcón de su parte el que me hubiera salvado la vida, así que solté una carcajada a la que él se unió cuando leyó el mensaje.

—Estoy abierto a ese revolcón, sin duda alguna —dijo, haciéndome un guiño mientras entrábamos en el parking de su edificio.

Sonreí, porque con él no podía hacer otra cosa, y más ahora que me había vuelto a demostrar que el nuestro, era uno de esos amores de verdad que podría con todo.

¿Sería verdad que había conquistado su corazón?

Capítulo 40



Los días habían ido pasando desde aquel en el que me libré de Alec para siempre, a quien tenían aún en prisión a la espera de juicio para ver qué condena recibía por los diversos delitos cometidos.

Y ya estábamos en febrero, concretamente en ese día en el que celebrar el amor, aunque sí, yo era de las que lo celebraba cualquier día del año, pero, ¿qué era del día de San Valentín sin que el amor estuviera más vivo que de costumbre?

Turner Magazine había lanzado su número más especial para ese día desde que se publicaba, y es que en el interior de sus páginas había dos entrevistas que estaban siendo el centro de todas las conversaciones y tertulias televisivas de programas del corazón, dos entrevistas a las personas más buscadas en el mundo del corazón, que eran ni más ni menos que Dereck y Kate Evans.

Ambos contaban al mundo lo felices y enamorados que estaban en ese momento, y que se alegraban de poder compartir con sus parejas no solo el amor, sino el trabajo.

Cuando Eric y yo vimos lo que había en la revista no nos lo podíamos creer, ambos hermanos estaban abriendo su corazón al mundo para que todos supieran que dejaban de estar solteros para estar felizmente emparejados.

Y fue Kate quien se encargó de hacerme llegar el precioso vestido que llevaría esta noche a la fiesta de San Valentín que la revista *Turner Magazine* celebraba en el club de siempre, uno donde estarían invitados cien afortunados de los miles de lectores que teníamos y quienes habían recibido una invitación a sus correos electrónicos.

Y fue precisamente Kate, mi cuñada, pues quería que la llamara así, al igual que ella me lo llamaba a mí, quien se había encargado de hacernos llegar a Janet y a mí los vestidos para lucir esta noche.

Acababa de terminar de maquillarme cuando sonó mi móvil con una videollamada de mi madre.

—Hola —sonreí al verla junto a mi padre.

—Hola, cariño. Pero mírate, estás preciosa. ¿Verdad Raúl?

—Sí que lo está, sí. Si no fuera porque ya tienes un hombre en tu vida, te diría que esta noche encontrabas al definitivo.

—Ya será menos —reí.

—No, no, estás realmente preciosa. Haz caso a tu padre —rio mi madre.

—¿Cómo estás papá?

—Mucho mejor, deseando que me quiten la escayola y poder volver a caminar sin esta silla, pero bueno, paciencia como me dijo el médico.

—Al menos ya comes en casa —reí.

—Cierto, que iba a salir de allí aborreciendo la verdura.

—No te olvides de mandarnos fotos, ¿eh? Que no quiero esperar a verlas mañana en las redes de la revista —me dijo mi madre.

—No te preocupes, que en cuanto llegue al club, le digo a Janet que me haga mil fotos para enviarte todas.

—Y pocas le parecen a tu madre —rio él—. Diviértete cariño, y no olvides nunca que te queremos mucho.

—Y yo a vosotros, papá. Adiós.

Corté a videollamada y me eché un último vistazo en el espejo antes de ponerme el abrigo y coger el bolso para salir de casa.

El vestido era una auténtica maravilla. Blanco y elegante que se ajustaba perfectamente a mi figura, con un sutil escote y mangas largas de encaje que cubrían la parte del corpiño también. La tela me encantaba, tan suave y con una caída perfecta, brillaba ligeramente, dado que era de raso y claro, captaba la luz en cuanto me daba.

La falda caía en suaves pliegues y me llegaba a los tobillos, con casa paso que daba esta se movía con sutileza.

Me había recogido el cabello en un moño bajo siguiendo un tutorial de Internet y llevaba un pasador con pequeñas perlas blancas adornándolo.

En cuanto al maquillaje era de lo más sutil y natural, con los ojos ahumados realzando el color de mis iris y los labios de un suave tono rojo.

Me puse el abrigo y tras guardar el móvil en el bolso y coger las llaves de casa, bajé a la calle donde estaba esperándome el taxi. Le dije a Dereck que nos veríamos en la fiesta directamente puesto que si me hubiera ido a casa con él no me podría haber arreglado tranquilamente, porque cuando estábamos juntos ninguno podíamos apartar las manos del otro cuando nos invadía la pasión.

Le mandé un mensaje a Janet para decirle que ya estaba de camino y me dijo que ella acababa de llegar y también lo habían hecho Eric y Kate.

El camino lo pasé contemplando las calles de Seattle y la gente que paseaba por allí, parejas cogidas de la mano que seguramente irían a disfrutar de una cena romántica, familias sonrientes, incluso hombres y mujeres solos que sonreían de igual modo al pasar ante un escaparate donde el amor era el principal protagonista.

Cuando llegué al club entré y una de las chicas cogió mi abrigo para guardarlo.

No podía apartar la mirada de aquel lugar donde, sin duda alguna, se notaba que celebrábamos San Valentín.

El modo en el que estaba decorado mostraba un ambiente de lo más acogedor y romántico, perfecto para el día que era.

Las luces que iluminaba todo era tenue, las mesas estaban hermosamente vestidas con manteles de seda roja y blanca con un centro de mesa con dos velas encendidas parpadeando de manera suave junto a una rosa blanca, aquello le daba un delicado toque íntimo a la estancia.

Todas las paredes estaban decoradas con corazones rojos de papel y guirnaldas de flores blancas y rojas dando una armonía perfecta al club con ese toque maravillosamente romántico de las canciones que sonaban de fondo.

A un lado había un rincón realmente precioso y especial, con un fondo de flores y corazones, así como un letrero en el que podía leerse: “Tú eres mi San Valentín” donde quien quisiera podía tomarse fotos.

Mirase donde mirase había grupos de compañeros charlando y riendo copa en mano, todos disfrutando de la noche.

Vi a mis amigos en la barra y me acerqué a ellos, Janet estaba preciosa con aquel vestido rojo al igual que Kate.

—Por favor, pero qué guapa estás Martina —dijo mi amiga, dándome un abrazo—. Kate, dile

a tu hermano que no se despegue de ella, no sea que se la roben.

—La madre que te parió —reí—. Vosotras estáis preciosas también.

—Kate tiene un gusto para la ropa que es una maravilla —dijo Janet.

—Desde luego.

—Hasta que venga tu novio, soy el hombre más afortunado y envidiado del lugar —comentó Eric, que tenía a Kate rodeada por la cintura con un brazo, y una copa de vino en la otra mano—. Ahora mismo soy como Charlie, y vosotras mis ángeles.

—Toma ya lo que ha dicho —rio Janet—. Oh, pero eso me ha dado una idea para una foto. Vamos allí, chicas —nos cogió a Kate y a mí de la mano.

—¿Qué se te ha pasado por la cabeza ahora, Janet? —preguntó Kate que no dejaba de reír.

—Martina, tú en el centro y nosotras cada una a un lado, venga, a posar para varias fotos.

—¿Siempre es así? —rio Kate mientras se ponía en posición.

—Y está muy tranquilita de momento —reí yo.

Acabamos posando para varias fotos que Janet dijo que iban a quedar perfectas para las redes de la revista. Volvimos con Eric y lo vimos acompañado de nuestro jefe, Steven, y de Dereck y John.

—Vaya, estás impresionante, cariño —me dijo Dereck, cogiéndome la mano para hacerme girar sobre mí misma y poder verme mejor.

—Gracias, tú también estás muy guapo —le di un beso en la mejilla y me pegó a su cuerpo.

—Esta noche te vienes a mi casa, y no acepto un no por respuesta.

—Uy, qué mandón, señor Evans.

Sonrió de medio lado y me dio un beso rápido en los labios. Nos unimos a la conversación con los demás y Steven cogió una de las bandejas de canapés que llevaba la camarera en la mano para quedarnos con ella y picar algo.

El fotógrafo se iba mezclando por las mesas haciendo fotos para después subir a las redes y muchos otros posaban en el rincón del amor como lo había llamado Steven, donde nos habíamos hecho nosotras tres varias de ellas.

La noche iba pasando entre charlas, risas, canapés y copas de vino, y Derek no se alejaba de mí, ni dejaba de tocarme o besarme en ningún momento.

—¿Quiere bailar, señorita Díaz? —me preguntó en un momento dado— ¿O debería pujar para conseguir un baile?

—Que no te escuche Steve, a ver si le vas a dar la idea de hacer todos los años una fiesta para San Valentín con una rifa de besos o de bailes —reí.

—Vale, no le doy ideas —rio—. Ven, vamos a bailar.

Dejamos las copas en la barra y me llevó de la mano hacia el centro, donde muchos otros bailaban pegados.

No tardé en escuchar una suave melodía que reconocí enseguida, incluso antes de que Ed Sheeran comenzara a cantar.

"I found a love, for me…[4]"

—Sabes, he estado pesando mucho en nosotros últimamente —dijo Dereck mientras me miraba fijamente a los ojos.

—Ah, ¿sí? —sonreí— ¿Y qué es lo que has estado pensando?

"I found a girl, beautiful and sweet…[5]"

—Cada momento que hemos compartido —contestó, acercándose mi mano a los labios para besarla—. Lo feliz que me haces sentir, el saber que contigo lo tengo todo. Y no puedo ni quiero imaginar una vida sin ti.

—Yo siento lo mismo —sonreí, nerviosa.

"Your heart is all I own, and in your eyes, you're holding mine…[6]"

—Por eso quiero dar un paso más, quiero que demos un paso más —dijo sin dejar de mirarme —. Porque te amo con todo mi corazón, Martina, y eres la persona con la que quiero compartir mi vida.

—Al final me vas a hacer llorar. ¿Quieres que me vaya a vivir contigo? —pregunté, porque sin duda debía ser eso en lo que estaba pensando.

—Quiero que haga algo más que eso, preciosa.

—¿Algo más? —Fruncí el ceño.

—Sí, y esta es la noche perfecta para ello.

Y mientras Ed Sheeran seguía cantando de fondo, Dereck se fue arrodillando poco a poco mientras sacaba una pequeña cajita del bolsillo.

—Dereck, por Dios —me llevé las manos a la boca.

—Martina, quiero construir un futuro contigo, quiero que seas mi amiga y compañera, así que, ¿me harías el honor de casarte conmigo? —preguntó mientras abría la caja y me mostraba un precioso anillo de oro con un diamante.

—¡¡Dile que sí, Martina!! —gritó Janet que estaba en la barra y vi que, además de ella y los demás, estaban mis padres.

—¿Has traído a mis padres esta noche? —le pregunté a Dereck.

—Quería que estuvieran con nosotros.

—Claro que me caso contigo, Dereck —dije con lágrimas en los ojos, y él me puso el anillo —. No me puedo creer que esté prometida con el hombre que pagó cien mil dólares por un beso mío —reí.

—Y los volvería a pagar si eso me trajera a este momento —me dio un beso en los labios—. Vamos, ven —tiró de mi mano para ir al rincón a hacernos una foto.

Después de varias vi que se acercaba un cura, y dado que esta no era una fiesta de disfraces…

—¿Qué hace un cura aquí, Dereck?

—Casarnos —sonrió de medio lado—. ¿O pensabas que iba a esperar más tiempo para que fueras la señora Evans de pleno derecho?

—¿Casarnos? ¿Hoy? ¿Aquí?

—¿Por qué crees que hemos venido, hija? —preguntó mi padre.

—O sea, que todos —señalé a mis padres, a mis amigos, mis jefes y mi cuñada— sabíais esto. Por eso mi vestido es el único blanco de la fiesta.

—Culpables —contestaron todos al unísono.

—Cuando quiera, padre —le dijo Dereck al cura, mientras entrelazaba nuestras manos.

—Estamos esta noche aquí reunidos, un lugar inusual para mí, debo decir —sonrió y los demás reímos— para unir en matrimonio a Dereck y Martina.

Desde ese momento no faltaron las miradas cómplices entre nosotros, las sonrisas ni los apretones de mano, rodeados de una suave melodía y de todos nuestros compañeros de la revista.

Hasta que Dereck me cogió ambas manos y mirándome fijamente, tomó la palabra.

—Martina, hoy frente a nuestros seres queridos, quiero prometerte que seré tu compañero en cada paso del viaje que ahora comenzamos juntos. Prometo que te amaré todos los días, tanto en los que rías como en los que llores. Eres el amor de mi vida y siempre lo serás, y quiero que también seas mi mejor amiga y mi confidente. Te apoyaré siempre, y prometo ser tu refugio en los momentos difíciles. Hoy eres mi San Valentín, y te elegiré siempre para que lo seas. Y delante de tus padres y mi hermana, te prometo que mi amor por ti solo crecerá más con cada día que pase.

—Dios, estoy llorando —escuché decir a Janet y la miré sonriendo, fue Steven quien le dio un pañuelo y le pasó el brazo por los hombros.

—Vale, no tengo nada preparado así que, allá voy —cogí aire antes de empezar—. Dereck, en este día tan especial quiero que seas mi todo. Prometo amarte sin condiciones con todo mi ser y que seré tu apoyo incondicional. Prometo ser tu consuelo en los momentos de tristeza y la que te haga sonreír cada día. Juntos enfrentaremos todos y cada uno de los desafíos que la vida nos ponga como hemos hecho hasta ahora, y celebraremos cada triunfo por pequeño que sea. Eres el motivo que he tenido para sonreír en más de una ocasión desde que nos conocemos y quiero que sigas siéndolo. Hoy eres mi San Valentín, y te elegiré siempre para que lo seas. Y delante de tu hermana y mis padres, te prometo que mi amor por ti será eterno.

—Los anillos, por favor —dijo el cura cuando acabé, y fue John quien se acercó con ellos en la mano.

—Martina, eres y siempre serás la mujer de mi vida —Dereck me puso el anillo y sentí que se me saltaban las lágrimas.

—Dereck, eres y siempre serás el hombre de mi vida —le puse el anillo y lo vi sonreír.

—Por el poder que la Santa Iglesia me otorga, yo os declaro marido y mujer.

—¡¡Ya puedes besar a tu mujer, hermano!! —gritó Kate, y ambos sonreímos mientras nos acercábamos.

Sentí los labios de Dereck posarse en los míos mientras me rodeaba por la cintura con ambos brazos y yo llevaba los míos alrededor de su cuello.

Estaba en ese momento como en una nube sin poder creerme que me acaba de casar con él.

—Te quiero, señora Evans —susurró apoyando la frente en la mía.

—Y yo a ti, señor Evans, a pesar de que estés completamente loco —dije y él sonrió.

—Supe desde la noche que te besé que serías mi mujer, y no quería esperar más para ello. Y como dije antes, esta era la noche perfecta —volvió a besarme y sentí que sí, esta era la noche perfecta para casarme con él.

Epílogo



Cinco años después…

Decir que en estos cinco años el matrimonio con Dereck había sido perfecto e idílico, era faltar a la verdad.

Porque, aunque sí que nos seguíamos queriendo tanto o más que al principio, como cualquier otro matrimonio habíamos tenido que lidiar con altibajos que no hicieron sino fortalecer nuestra relación, nuestro amor, y enseñarnos el significado de la complicidad.

Dereck y yo siempre la tuvimos, desde el principio, pero hubo momentos en los que me preguntaba si no nos habríamos precipitado en casarnos tan pronto, dejándonos llevar por esa pasión arrolladora que nos envolvía cuando estábamos a solas.

Pero borraba cualquier negatividad de mi mente y esas dudas cuando lo veía con nuestra hija en brazos.

Sí, en estos cinco años Dereck y yo nos habíamos convertido en padres, lo que nos llevó a enfrentar un reto aún mayor para ambos.

Me quedé embarazada la noche que nos casamos y lo descubrimos un mes después tras una reunión con un hombre interesado en comprar un par de propiedades que Dereck y John habían adquirido un par de semanas antes.

Sin duda fue un bebé para nada planeado ni esperado, pero que llenó la casa de alegría, así como de noches sin dormir en las que descubrí que mi marido era el mejor padre del mundo cuando se levantaba para cuidar de nuestra pequeña Grace.

Mis padres y mi cuñada la adoraban, y con el paso de los años la consentían más que el anterior.

Kate se había convertido en esa hermana que nunca tuve, al igual que lo era Janet, y el ir a su casa o que ella y Eric vinieran a la nuestra era una de esas costumbres que no perderíamos nunca.

Ellos se casaron un par de meses después de que naciera mi hija, y un año más tarde nació su hijo Mark, a quien mis padres malcriaban tanto como a mi hija, porque decían que era su nieto, aunque no llevara su sangre.

Como anécdota cabía destacar que todos los niños de nuestra familia aprendieron a decir abuela y abuelo en un perfecto español antes que mamá y papá, que de eso se habían encargado Don Raúl y Doña Jimena.

Tanto Dereck como yo, nos adaptamos bien a las rutinas en casa como padres de familia, y aunque procurábamos no mezclar el trabajo con el hogar, en alguna ocasión era inevitable no hacerlo y acabar discutiendo por una pequeñez sin importancia a la que dábamos rápida solución.

Siempre estuvimos ahí el uno para el otro, apoyándonos, ayudándonos en todo y sin perder esa chispa que prendió desde el primer momento en el que nos conocimos.

Cada sábado Dereck me llevaba a disfrutar de una cena romántica y al volver a casa me hacía el amor con la misma pasión y deseo, con el cariño y el amor que siempre habíamos compartido.

Grace tenía tres años cuando la vida nos dio una nueva alegría con la llegada de mi segundo embarazo, y nuestro pequeño Jake ya tenía un año.

Eran inseparables, mi hija a pesar de tener solo cuatro años ejercía de hermana mayor a las mil maravillas, siempre pendiente de su hermano mientras jugaban o coloreaban para que no se llevara nada con lo que pudiera atragantarse a la boca.

Con Jake, la familia estaba perfectamente completa, y cada día que pasaba sentía un amor mayor por mi marido y mis hijos.

Siempre nos apoyamos y celebramos cada logro, por pequeño que este fuera, confiábamos el uno el otro y los miedos que una vez me surgieron de si volvería alguna mujer buscando recuperarlo se esfumaron como el humo para siempre.

Quien también lo hizo fue Alec, pues desgraciadamente estando en la cárcel, poco más de un año después de haber sido juzgado y sentenciado, uno de los hombres que fue detenido por formar parte de esa organización con la que se mezcló en su día, lo asesinó en venganza por verse todos ellos encarcelados por su culpa.

No me alegré de eso, ni mucho menos, nadie merecía una muerte así por cruel que hubiera sido, y como aun con el paso del tiempo seguía apreciando a sus padres, me hice cargo de su funeral y lo enterré con ellos.

Me había engañado y a punto estuvieron de arrebatarme a mi familia y la posibilidad de ser feliz por sus malas decisiones, pero no quería que acabara en cualquier lugar enterrado que no fuera junto a sus padres.

John también encontró a su media naranja, y lo hizo en una reunión de trabajo en la revista, cuando conoció a la dueña de una firma de ropa que estaba entrando con fuerza en el mundo de la moda.

Solo un año después se casaron, y de eso ya hacía tres años.

Janet también acabó encontrando a ese hombre que le hiciera sentir mariposas en el estómago, uno que la trataba como una reina y la amaba con locura, uno al que conocía desde hacía años y que jamás pensó que se convertiría en su marido.

Sí, aquel hombre no era otro que Steven Turner, nuestro jefe, que le acabó confesando a su asistente lo que sentía por ella en la fiesta de Halloween cuando pujó la cantidad más alta para recibir su beso, cansado de ver cómo otros la besaban.

Y aunque de eso habían pasado cuatro años, solo hacía dos que se habían casado y tenían un hijo de un año al que llamaron Zack y que algún día tomaría el mando de la mundialmente conocida *Turner Magazine*.

Si había algo que podía decir sin temor a equivocarme, era que tanto Dereck, como yo, mirábamos siempre en la misma dirección, hacia el futuro y lo que este nos tuviera preparado, con esperanza y sabiendo que de lo que trataba la vida era del presente y esos nuevos retos por conquistar.

—¿Estás lista? —me preguntó Dereck entrando en la habitación donde estaba terminando de ponerme los pendientes.

—Sí —sonreí mirándolo a través del espejo.

—Feliz aniversario, preciosa —dijo cuando me giré, con una caja alargada en la mano.

Nuestro aniversario, ese que celebrábamos cada año el día de San Valentín y que, al igual que ocurría con la fiesta de Halloween de la revista, Steven había hecho que fuera otra tradición celebrarla en el club con todos los empleados.

—Dereck, es preciosa —me emocioné al ver aquella pulsera de oro blanco con tres diamantes engarzados con forma de corazón.

—Esos corazones simbolizan el mío, y los de nuestros hijos, para que siempre los lleves contigo.

—Me vas a hacer llorar —sonreí mientras él me la ponía—. Muchas gracias, mi amor —lo abracé y nos besamos.

—No, las gracias te las doy yo a ti porque durante estos años has confiado en mí, has

caminado conmigo de la mano y no me has soltado nunca. No imagino mi vida sin ti y los niños, y tampoco quiero imaginarla.

—Pues no lo hagas, porque no me iré a ninguna parte. Te amo, Dereck, y sigo manteniendo la promesa que te hice hace cinco años. Eres y siempre serás el hombre de mi vida, y mi amor por ti será eterno.

Lo besé mientras me abrazaba con fuerza y pensé que él sí era el hombre perfecto para mí, y que, si tuviera que volver a la noche en la que un hombre enmascarado y desconocido pagó cien mil dólares por un beso mío, volvería sin pensarlo con tal de vivir una y mil veces todos los momentos que habíamos compartido cada día estos cinco años.

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: Sarah Rusell
Instagram: @sarah_rusell_autora
Página de autora: relinks.me/SarahRusell
Twitter: @ChicasTribu

---

[1] Traducción: No quiero mucho para Navidad
[2] Traducción: Haz mi deseo realidad
[3] Traducción: Todo lo que quiero para Navidad eres tú
[4] Traducción: Encontré un amor, para mí
[5] Traducción: Encontré una chica hermosa y dulce
[6] Traducción: Tu corazón es todo lo que tengo, y en tus ojos, estás sosteniendo el mío – Canción: Perfect